

P. LINO HERRERO PRIETO CMM

A detailed oil painting of an elderly man with a long, white beard and hair, wearing a dark blue or black clerical garment. He is looking slightly to the left of the viewer with a serious expression. The background is a soft, warm, golden-brown color.

En la senda
del Abad Francisco



Siervo de Dios, Abad Francisco Pfanner
[1825-1909]

Fundador de la Trapa de Mariannhill en KwaZulu-Natal [Sudáfrica]

MARIANHILL ESPAÑA



Siervo de Dios

Abad Francisco Pfanner

[1825-1909]

**Fundador de la Trapa de Mariannahill
en KwaZulu-Natal [Sudáfrica]**

Tenía casi 55 años, cuando el entonces Prior del Monasterio de Maria Stern en Bosnia, P. Francisco Pfanner, se ofreció voluntario para fundar una Trapa en África del Sur: “Si nadie va, iré yo”.

En la Colina de María y de Ana, con un reducido grupo de monjes que le siguió, fundó la Trapa de Mariannahill el 26 de diciembre de 1882. De ella llegó a ser su primer abad y desde ella dirigió la fundación de 28 misiones filiales en el tiempo récord de veinte años.

Guiado por la máxima benedictina ‘Ora et Labora’, con los casi 300 monjes que la Abadía llegó a tener y con la ayuda inestimable de las Hermanas Misioneras de la Preciosa Sangre, por él fundadas, el abad Francisco trabajó sin descanso para hacer realidad su sueño evangelizador, que queda sintetizado en el lema: Mejores campos, mejores casas, mejores corazones.

En medio de tanta actividad misionera, el abad Francisco confió siempre en la Providencia de Dios. Convencido del valor sin precio de la Preciosa Sangre de Cristo y movido por el Espíritu Santo, supo unir contemplación y actividad.

EN LA SENDA
DEL ABAD FRANCISCO

MARIANHILL
España



P. Lino Herrero Prieto CMM

EN LA SENDA DEL ABAD FRANCISCO

A detailed pencil-style portrait of Abad Francisco Pfanner, an elderly man with a long, full white beard and mustache, wearing a dark clerical cap and a dark coat. The portrait is centered on the page and serves as a background for the text.

Siervo de Dios
Abad Francisco Pfanner [1825-1909]

Fundador de la Trapa de Mariannahill
en KwaZulu-Natal [Sudáfrica]

MARIANHILL
España



© Lino Herrero Prieto [frlinuscm@gmail.com]

© Misioneros de Mariannhill [España]

Madrid, 2021

ISBN: 978-84-09-30077-8

Depósito Legal: M-15389-2021

Portada: “Abad Francisco”, óleo y fotografía de Mercedes García Azumendi [España]

Diseño y maquetación: Carmen Borrego Muñoz [emecarmen@gmail.com]

Impreso en: Kadmos

C/ Río Ubierna, naves 12-14 • Pol. Ind. El Tormes • 37003 Salamanca [España]

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción de ninguno de los contenidos de este libro sin el permiso escrito del editor.

[PRESENTACIÓN]



El siervo de Dios, Dom Francisco Pfanner, fundador y primer abad de la Trapa de Mariannhill, gozó de una personalidad poliédrica. Manteniendo siempre una coherente unidad de vida, fue *un buen cristiano, un sacerdote entregado, un religioso fiel y un misionero celoso.*

[Un cristiano llamado Wendelin]

Bendito el que viene en el nombre del Señor.

Wendelin, el chaval de Langen, el adolescente en la Secundaria de Feldkirch, el joven universitario en Innsbruck y Padua, fue siempre un cristiano hasta la médula. Bautizado en el nombre del Señor, llevó una vida de fe coherente, al vivir las renunciaciones y promesas bautismales. Si luego admiramos en él al sacerdote, al monje y al misionero, no deberíamos olvidar que este edificio se levantó dotado de aquella solidez que tiene su origen en el cimiento de su correspondencia generosa a la vocación cristiana. Los clásicos afirman que la gracia supone la naturaleza y es que poco puede hacer aquélla donde falta ésta. La buena semilla del Evangelio tiene que encontrar terreno preparado para que produzca el fruto esperado. En este cristiano la gracia tuvo que emplearse a fondo, trabajando lo suyo, pero tenía, al menos, donde poder hacerlo. Wendelin no era de paja sino de madera y ésta muy dura. También era recio, inconformista, único. A fuerza de mucho trabajo, Dios logró sacar de él la talla de un santo.

[Sacerdote de Cristo]

*Nuestro auxilio es el nombre del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.*

Wendelin, confiando en el nombre del Señor que todo lo puede, pues hizo el cielo y la tierra, emprendió con garbo el camino hacia el sacerdocio. Ordenado a los 25 años, empezó a ejercer el ministerio en una parroquia rural y, pasado algún tiempo, como capellán y confesor en un convento de monjas. Sabía que su vocación formaba parte de algo grande, pues no era sino participación en el sacerdocio de Cristo. Consciente de ser dispensador de los misterios de la salvación en favor de los hombres, no descuidó vivir de ellos. Siguió ejerciendo su ministerio sacerdotal en el claustro y en la misión, sabedor de que por sus manos pasaba la riqueza sin precio de la *Sangre del Redentor*. Pobre el recipiente y preciosísimo el contenido, pero tal desproporción quedó salvada al confiar en el Señor. Con su auxilio, su sacerdocio fue siempre en línea recta. Fijos los ojos en Cristo –la meta–, ni se detuvo ni se dejó distraer.

[Monje trapense]

En el nombre del Señor marcharemos alegres.

Empezó a llamarse Francisco cuando decidió profesar la *Regla de San Benito* como monje trapense. Con alegría y en el nombre del Señor, emprendió la marcha hacia la Trapa. Realizado el discernimiento, superadas las dificultades y obstáculos, a los 38 años emprendió su éxodo personal desde el mundo a la clausura. Aquella peregrinación alegre hacia la Trapa tuvo para él aires de despedida, como si aquél fuera su último viaje. Dios se encargaría de que sólo fuera el penúltimo. Abrazó el estado de vida religiosa y en él perseveró. Las etapas de este viaje como consagrado fueron: Mariawald, Mariastern, Dunbrody, Mariannahill y Emaús, desde donde dio el salto del tiempo a la eternidad. Fue monje en el coro y en la huerta, también en sus esfuerzos y desvelos fundacionales, y no dejó de serlo en

medio de incompreensiones y malentendidos. Fue monje y padre de monjes, porque se preocupó por aumentar el número de éstos en sus monasterios. La vida en religión no fue un proyecto suyo, pues habiendo oído la llamada del Señor a un seguimiento más radical, lo dejó todo para marchar con alegría tras las huellas de Cristo.

[Misionero cincuentón]

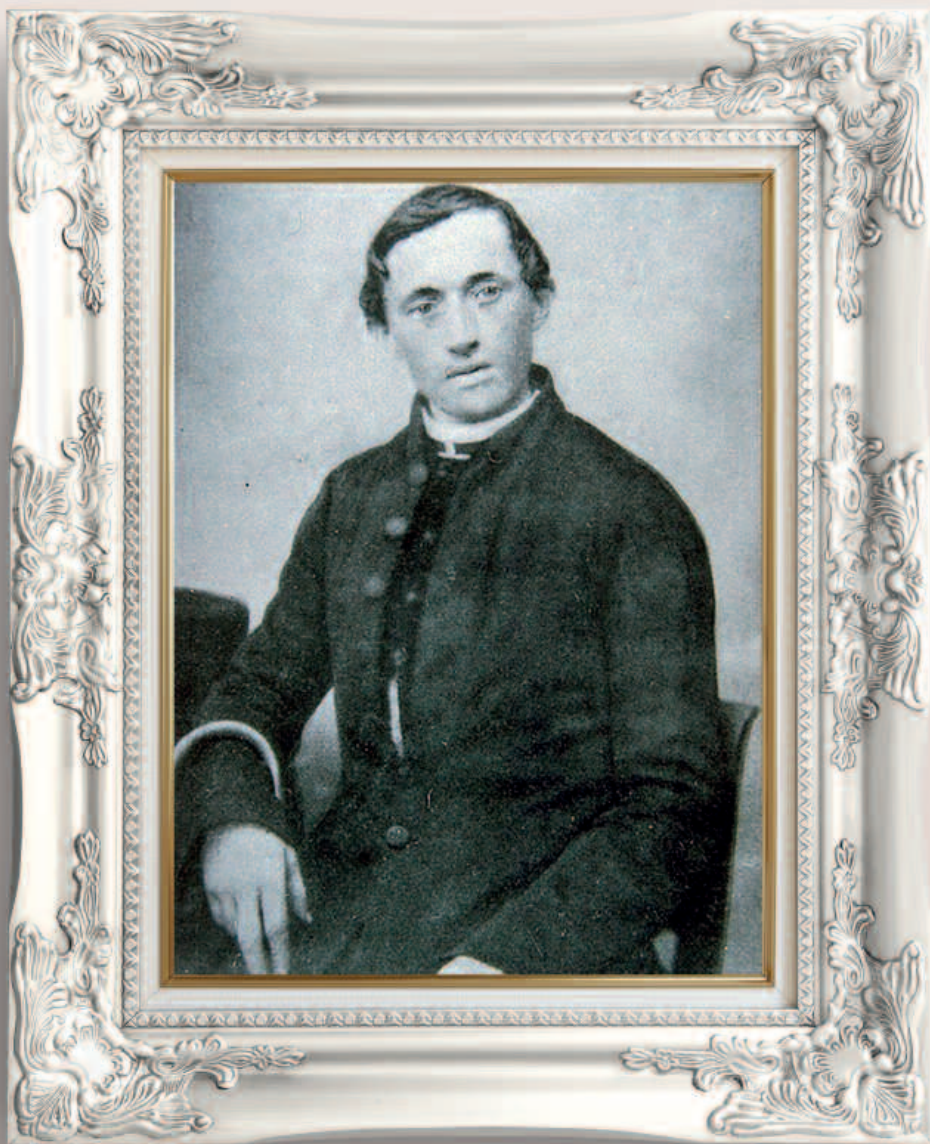
En tu nombre echaré las redes.

Francisco, así lo quiso Dios, tuvo que añadir un capítulo más a su vida, tal vez el más glorioso. A sus 54 años y obedeciendo a una indicación del Señor, echó las redes en un mar desconocido y nuevo, al sur del continente africano. Lo hizo en el nombre del Señor y la pesca fue abundante. Aparentemente, las condiciones para que el intento tuviera éxito no eran las mejores, pero lo hizo, dado que la tónica de su vida fue fiarse de Dios. Característica de su actividad misionera fue la concepción global de la misma: el hombre es una unidad y ha de ser atendido de manera mancomunada en la variedad y complejidad de sus necesidades. De ahí que el abad misionero Francisco, sin descuidar nada, atendiera al hombre en todos sus menesteres, trabajando por *mejorar los campos, las casas y los corazones*. Así evangelizó e implicó en ello a sus monjes, a las hermanas misioneras por él fundadas y a los seglares. Su actividad misionera fue un echar las redes de continuo. ■





TRAS LOS PASOS DEL
ABAD FRANCISCO



El joven Wendelin Pfanner fue ordenado sacerdote el 25 de julio de 1850, a los 25 años de edad.

[EL SACERDOTE WENDELIN PFANNER]

Cuando nació, el 21 de septiembre de 1825 en Langen [Vorarlberg/Austria], los Pfanner le pusieron de nombre Wendelin. Estudió en la escuela de su pueblo, simultaneando trabajos en el campo y con el ganado. Realizó la Secundaria en el instituto de Feldkirch. Pasó luego a las universidades de Innsbruck [Austria] y Padua [Italia]. Estando en esta ciudad descubrió que Dios quería de él algo especial: ser sacerdote. Tenía entonces 21 años.

Entró en el Seminario de Bressanone, entonces llamada Brixen, con mucha ilusión y poca salud. Fue en aquellos años cuando empezó a interesarse por la realidad de las misiones. Así nos lo cuenta, tiempo después, en sus memorias:

“En aquellos tiempos se solía recitar diariamente el salmo 50 –el Miserere–, en el que se dice: ‘Enseñaré a los malvados tus caminos y los pecadores volverán a ti’. Cada vez que se recitaban estas palabras me acordaba de los muchos que no conocen a Dios. Con el tiempo me convencí de que ‘las misiones’ eran mi único deseo. Decidí comunicárselo a mi director espiritual. Éste se lo expuso al obispo. La decisión final fue que, dada mi débil situación física, nunca podría ir a América. En aquellos días sólo se pensaba en América al hablar de las misiones”.

Por ello, cuando el 28 de julio de 1850, a los 25 años de edad, fue ordenado sacerdote, su destino no fue América sino la parroquia de Hasels-tauden. Feligresía dura y difícil que logró cambiar a base de mucho tacto, tenacidad y confianza en Dios. Los problemas con los que allí se encontró

tampoco le ayudaron a mejorar su salud. Con todo, impulsado por su indomable talante luchador, se ofreció voluntario como capellán castrense, al declarar Napoleón III la guerra a Austria en 1859.

Andando el tiempo, su obispo le pidió participar en otra competición: ser capellán en un convento de Hermanas de la Caridad en la ciudad de Agram, en la antigua Yugoslavia. Él mismo nos lo cuenta:

“Ciertamente no sé por qué el obispo me honró con este nombramiento. Sospecho que sería por las siguientes razones: Habría oído del superior de los pasionistas que yo tenía experiencia de confesionario, al ayudarles cuando daban misiones en los pueblos; o quizás por el interés que había mostrado de ir como capellán ‘al frente’. Pero tal vez la verdadera razón fue que el obispo me tenía por hombre firme y que un poco de mano dura era necesaria para guiar a las monjas en su vida espiritual. Fuera por la razón que fuera, el caso es que yo me fui a Agram”.

Y allí, en el convento, se puso manos a la obra: liberar de los escrúpulos de conciencia a muchas de las monjas que en el lugar vivían. Y fue allí donde empezó a acariciar la idea de entrar en religión en alguna comunidad. Pensó en los jesuitas, con quienes había estudiado en Innsbruck. Él mismo nos lo refiere:

“Mientras dudaba qué hacer, llegaron dos hermanos trapenses al convento. Tuvimos una larga conversación, fascinándome su forma de vida. Mientras hablaba con ellos, una idea se cruzó en mi mente como un relámpago: ‘Esto es para ti’. Despedí a los hermanos y a solas, en mi cuarto, pensé: ‘Esto es para mí; aunque es duro, pero sobre todo porque es duro’. Este paso será la mejor preparación para mi muerte. Ahora ya no me importan los jesuitas. He decidido que si tengo que morir, mejor será haciendo penitencia que estudiando”.

Pidió permiso a su obispo, el de Brixen, y en espera de su respuesta, emprendió una peregrinación a Tierra Santa. A su vuelta persistió en su petición hasta que, por fin, consiguió el permiso de entrar en la Trapa. El día

antes de partir hacia su nuevo lugar de competición se despidió de los suyos en casa, con una carta en la que explica:

“Lo hago, porque creo que es la voluntad de Dios, como hace trece años me hice sacerdote por el mismo motivo... No quiero ser rico ni alcanzar puestos de honor en este mundo, sino vivir pobre y desconocido en la soledad... Vivid de forma que un día nos volvamos a encontrar en el cielo... No me compadezcáis. Elijo libremente esta vida austera. Nadie me obliga a ello. Al contrario, tuve que librar una enconada batalla para poder salir de aquí”.

Preparó luego la maleta y se despidió de las monjas:

“Mañana por la mañana me voy de viaje; me marcho a la Trapa de María Wald”.

El capellán pelirrojo, de sotana y misa corta, como así le llamaban, se les iba.



El sacerdote Wendelin Pfanner ingresó en la Trapa el 9 de octubre de 1863, a los 38 años de edad.

[EL TRAPENSE FRANCISCO PFANNER]



El sacerdote Wendelin Pfanner fue admitido en la Trapa de María Wald [Renania/Alemania] el 9 de octubre de 1863, a la edad de 38 años.

Dejó de llamarse Wendelin para ser desde entonces conocido como el P. Francisco. Una vez allí, la vida regular, la dieta frugal y el duro trabajo manual devolvieron el vigor a su salud quebrantada. Y así, el que entró en la Trapa para prepararse a bien morir, encontró también, junto con la salud recobrada, la paz interior.

Su entrada en el monasterio estuvo guiada por la más recta de las intenciones. De él mismo es este testimonio:

“En el monasterio las personas cambian. Hasta el superior. Ahora uno bueno, luego otro tibio. Pero las personas no hacen el monasterio. Sería señal de gran imperfección entrar en el monasterio por afinidad hacia una persona u otra; o abandonar el monasterio, porque un hermano, aunque sea el superior, no es de nuestro gusto. Se entra en el monasterio por Dios y no por los hombres”.

Esta firme convicción, con la que entró en religión y abrazó la vida en comunidad, le será de gran utilidad a la hora de ir superando las dificultades, sobre todo de índole comunitaria que, no tardando mucho, le iban a ir saliendo al paso.

Integrado en la vida de aquel monasterio, muy pronto empezó a ocupar puestos de responsabilidad en el mismo. Tan en serio se tomó su nuevo género de vida y tanto fue el alto grado de exigencia para consigo mismo que, aunque no era su intención el imponerla a los demás, sucedió que, entre los miembros de aquella comunidad monástica hubo quienes empe-

zaron a sentirse incómodos con él, haciendo saber a sus superiores su descontento.

Con el fin de acallar aquellas quejas, se le encargó la fundación de un nuevo monasterio en algún lugar dentro de los límites del entonces imperio austriaco. Ocupado en sacar adelante la encomienda recibida, le llegó una carta de los superiores de la Orden, en la que se le aconsejaba: “*Vuelva usted al mundo. Abandone la Orden*”. Desorientado por ello, pidió consejo canónico a su amigo, el obispo Fessler, quien le dijo: “*Apela a Roma*”.

Ya en Roma, esperando que se resolviera su caso, el P. Francisco y el Hno. Zacarías, que le acompañó desde la salida de la Trapa de María Wald, recibieron de parte de los superiores de la Orden el encargo de reconstruir el monasterio en ruinas de Tre Fontane, que se encontraba en las afueras de Roma. Él mismo nos refiere un hecho un tanto insólito, que allí le ocurrió:

“Mientras trabajaba en la huerta, me sorprendió la presencia de un anciano de pelo blanco. Tras darle un pedazo de pan, según la costumbre, seguí trabajando; pero el anciano continuaba mirándome. Me dijo: ‘¿Por qué perder el tiempo aquí? Vete a Turquía; allí tendrás más trabajo que en Roma’. Ciertamente que me fascinó aquel anciano. Al mirar de nuevo, el anciano misterioso había desaparecido sin dejar rastro...”

A los pocos días de este suceso, un tanto singular, le informaron que el contencioso había quedado resuelto a su favor. En la sentencia se le comunicaba que su temperamento fogoso era demasiado para la comunidad de la Trapa de María Wald, que seguía siendo miembro de la Orden y que quedaba en pie el mandato de fundar un nuevo monasterio.

Con la alegría recibida por el resultado de la sentencia, el P. Francisco y el Hno. Zacarías emprendieron el viaje hacia el este de Europa. Después de tantear varias posibilidades para la ubicación del nuevo monasterio, llegaron a Bosnia, que entonces formaba parte de Turquía. Tras no pocas dificultades legales, fundaron la nueva comunidad monacal que, con el paso del tiempo, llegaría a ser la más grande de las trapas de la Europa de entonces.

María Stern fue el nombre que el P. Francisco le impuso. Estando allí, una nueva visión le anunció que le esperaba una nueva fundación. Él mismo nos cuenta el suceso:

“En 1874 decidí visitar a la famosa visionaria de Wittelsheim en Alsacia. Entre las cosas desconcertantes que me anunciaba, decía verme en conexión con una nueva fundación monacal dedicada a Santa Ana, en cuyo seno se encuentra la Virgen María con el Niño. Me decía que veía a la Virgen María llevando un ancla en la mano. Esto último fue lo más desconcertante para mí”.



El trapense Francisco Pfanner llegó a África del Sur el 28 de julio de 1880, a los 54 años de edad.

[EL TRAPENSE FRANCISCO PFANNER SE CONVIERTE EN MISIONERO]



El P. Francisco, en cuanto prior del monasterio de María Stern, asistió en septiembre de 1879 al Capítulo General Anual de los trapenses en Sept-Fons [Francia]. En el transcurso de esa reunión, junto a todos los presentes, oyó la intervención de monseñor Ricards, obispo en la Provincia del Cabo [África del Sur], quien, con una carta de recomendación del Papa León XIII debajo del brazo, andaba buscando monjes para fundar un monasterio en aquella parte del mundo. El silencio en la sala capitular quedó roto cuando se oyó una voz:

“Si nadie va, iré yo.”

Si grande fue la sorpresa por el atrevimiento de la frase misma, mayor aún lo fue al darse cuenta todos los presentes de quién era el que la había pronunciado: el P. Francisco Pfanner, prior de María Stern, quien, en el curso de las sesiones de aquella reunión, iba a ser nombrado abad del monasterio por él fundado.

Realizados los arreglos pertinentes y las negociaciones previas, el prior Francisco Pfanner de María Stern, convertido ahora en misionero, regresó al monasterio de Bosnia para recoger sus enseres y llevarse con él a treinta y dos monjes, que le acompañarían en la aventura.

El 28 de julio de 1880, la expedición trapense llegó a Dunbrody, al terreno que el obispo Ricards había escogido para la nueva fundación. Aquello se parecía más a un desierto que a aquella tierra, en la que manaba leche y miel, de la que tanto les había hablado el obispo. Al día siguiente, el P. Francisco, en presencia de monseñor Ricards, pronunció un discurso en el que hizo toda una declaración de principios:

“A Bosnia llegué con solo cuatro hombres; aquí he traído más de treinta. Allí encontré un gobierno degenerado y no tuve protección jurídica alguna; aquí encuentro un gobierno y una administración regulares. En Bosnia tuve primero que comprar el terreno; aquí ya lo tengo. Allí tuve que conseguir por mí mismo los medios financieros; aquí cuento con un tesoro y protector: el señor obispo. Por eso estoy decidido a vivir y morir aquí. Como los españoles cuando llegaron a Méjico, que quemaron las naves para verse obligados a seguir adelante, yo quemo el puente declarando públicamente: ‘No retrocederé jamás’.”

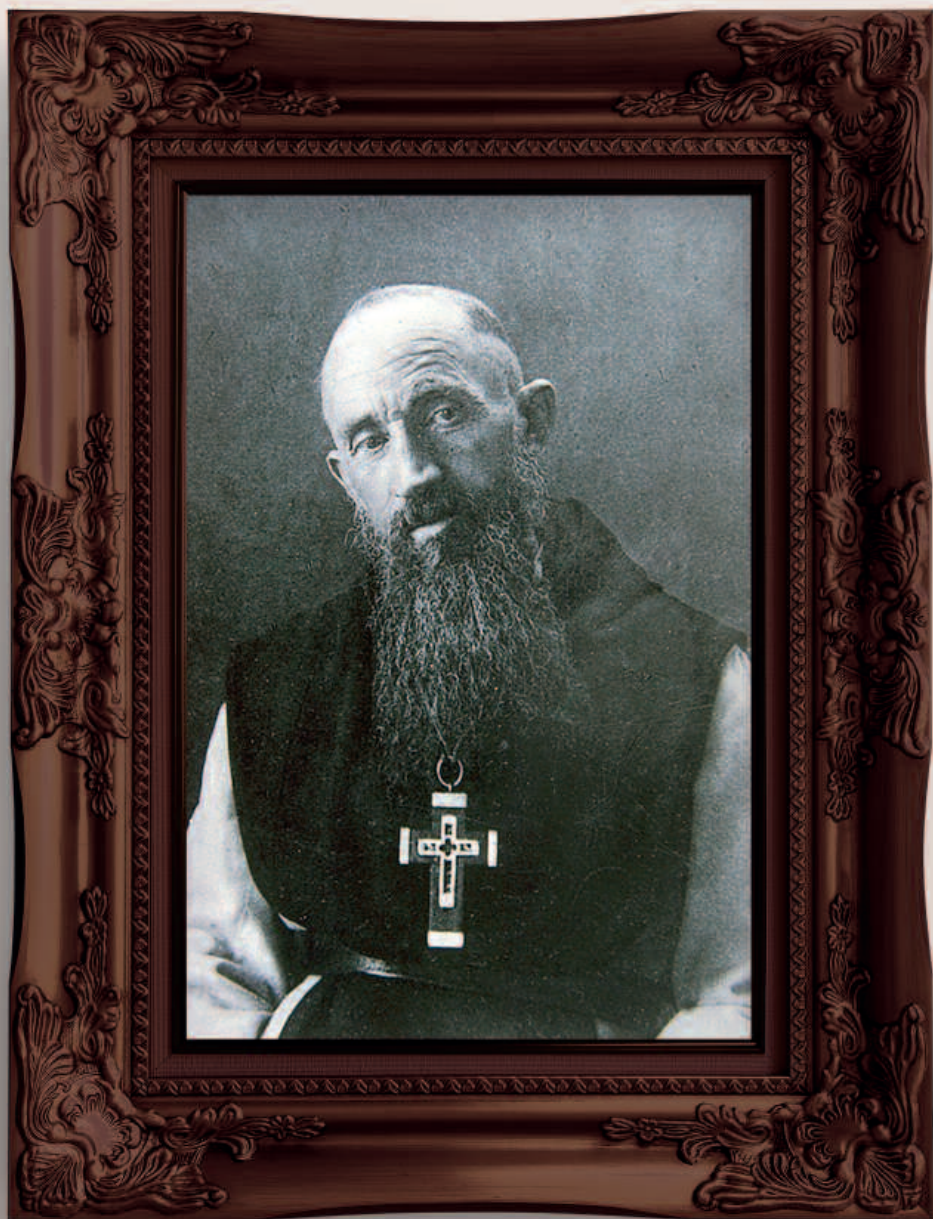
Dos años después, la tierra no daba el fruto esperado y al obispo se le acabaron los recursos para mantener a los monjes. El P. Francisco volvió a Europa en busca de medios materiales y colaboradores. Él mismo nos ha contado acerca de aquella campaña de propaganda:

“Recorrí desde el mar del Norte al mar Mediterráneo, y desde el mar Negro al océano Atlántico... Di la voz de alarma, predicando y pidiendo..., por activa y por pasiva. Me presenté en catedrales e iglesias rurales, en capillas y casas de labranza, en centros de todo tipo, llegando a veces a pronunciar tres o cuatro sermones o conferencias en un mismo día... Durante todo este tiempo nunca estuve afónico ni constipado, ni siquiera cansado. En estos viajes comí habitualmente de mi bolsillo: pan y fruta.”

Estando en plena campaña, el P. Francisco se enteró de que el obispo Ricards había presentado quejas contra él y, aunque luego el prelado se retractaría de tales acusaciones, el P. Francisco, desde Europa, ordenó a sus monjes que salieran de Dunbrody. Él emprendió viaje de vuelta y sus monjes partieron hacia el Natal, donde el obispo Jolivet les acogió benévola-mente. Recién llegado de Europa, se le ofreció un terreno para la nueva fundación, que no convenció al P. Francisco:

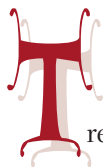
“He cometido ya una tontería y no quiero que se cometa otra.”

El mismo P. Francisco se encargó de comprar el terreno más idóneo para sus propósitos. El 4 de diciembre de 1882 formalizó la compra de una finca cerca de Pinetown. Los monjes celebraron la Navidad en las afueras de Durban y, al día siguiente, todas las carretas de aquel “monasterio rodante” se pusieron en marcha, en dirección a lo que sería después la fundación de Mariannahill.



El prior Francisco Pfanner se convirtió en el primer abad de Mariannhill el 27 de diciembre de 1885, a los 60 años de edad.

EL ABAD FRANCISCO PFANNER FUNDADOR DE MARIANNHILL



res años después de la fundación de Mariannhill, el P. Francisco fue elegido primer abad de aquella abadía. Su consagración fue calificada por los periódicos del país como algo jamás visto. El nuevo abad escogió como lema: “*Currite ut comprehendatis*” y puso en su escudo una sartén, aludiendo a su apellido.

Cuando, al terminar la celebración, el nuevo abad de las barbas rojas salió a la explanada, delante de la iglesia del monasterio, revestido con la capa y la mitra, con el báculo, el pectoral y el anillo, todos doblaron la rodilla y un grito unánime salió de las gargantas de los zulúes, cristianos, catecúmenos y de todas las personas allí congregadas: “*INKOSI*”, que significa “Señor”. Los aplausos siguieron en aumento, las vocaciones también y, pasados los años, el monasterio llegó a tener hasta trescientos monjes: la Trapa más grande de la Iglesia. Las monjas de la Preciosa Sangre, por él fundadas, superaban el medio millar, y las estaciones misioneras, dependientes del monasterio, se multiplicaban.

Pronto comenzaron los silbidos al competidor: En mayo de 1890, el vicario general de la Orden envió un documento en el que se acusaba al Abad de serias faltas. Éste lo aceptó, pero su comunidad protestó e hizo llegar a Roma el siguiente escrito:

“Somos conscientes de las dificultades y obstáculos que constantemente se ponen en el camino de cualquier gran obra de Dios, en parte por la malicia del enemigo y en parte por la intriga de hombres perversos. Somos también conscientes del gran mérito que nuestro venerable padre ha ganado en cada acción y estamos dispuestos a continuar asistiéndole de palabra y obra. Pedimos al que guarda la vida de todo ser humano que nos conserve a nuestro amado superior

por muchos años más, por el bien de la Orden, de las misiones y para mayor gloria de Dios.”

Esta defensa hizo que el vicario general investigara más detenidamente el asunto. Para ello envió a un visitador, que llegó a Mariannahill en enero de 1892. El abad Francisco, para facilitar el trabajo al investigador, abandonó el monasterio. Al finalizar, el visitador dijo haber comprobado grandes fallos en la observancia de la regla trapense, lo que le llevó a tomar duras medidas contra el Abad, quien fue destituido y suspendido en sus funciones; se le prohibió toda intromisión en Mariannahill y se le mandó guardar silencio. El abad Francisco, al enterarse, dijo:

“Creo que Dios, en su sabiduría y bondad, permitió todo esto para el bien de mi alma.”

Y se retiró a *Emaús*, la última estación misionera por él levantada. Allí, recién llegado, rezó:

“Señor, te doy gracias porque me has acompañado a esta soledad. En mi pobreza haces brillar la gloria de tu resurrección, como ante aquellos discípulos que llevaban el corazón triste y dolorido. Te pido como ellos a las puertas de Emaús: Quédate conmigo, pues cae la tarde y el día está para terminar.”

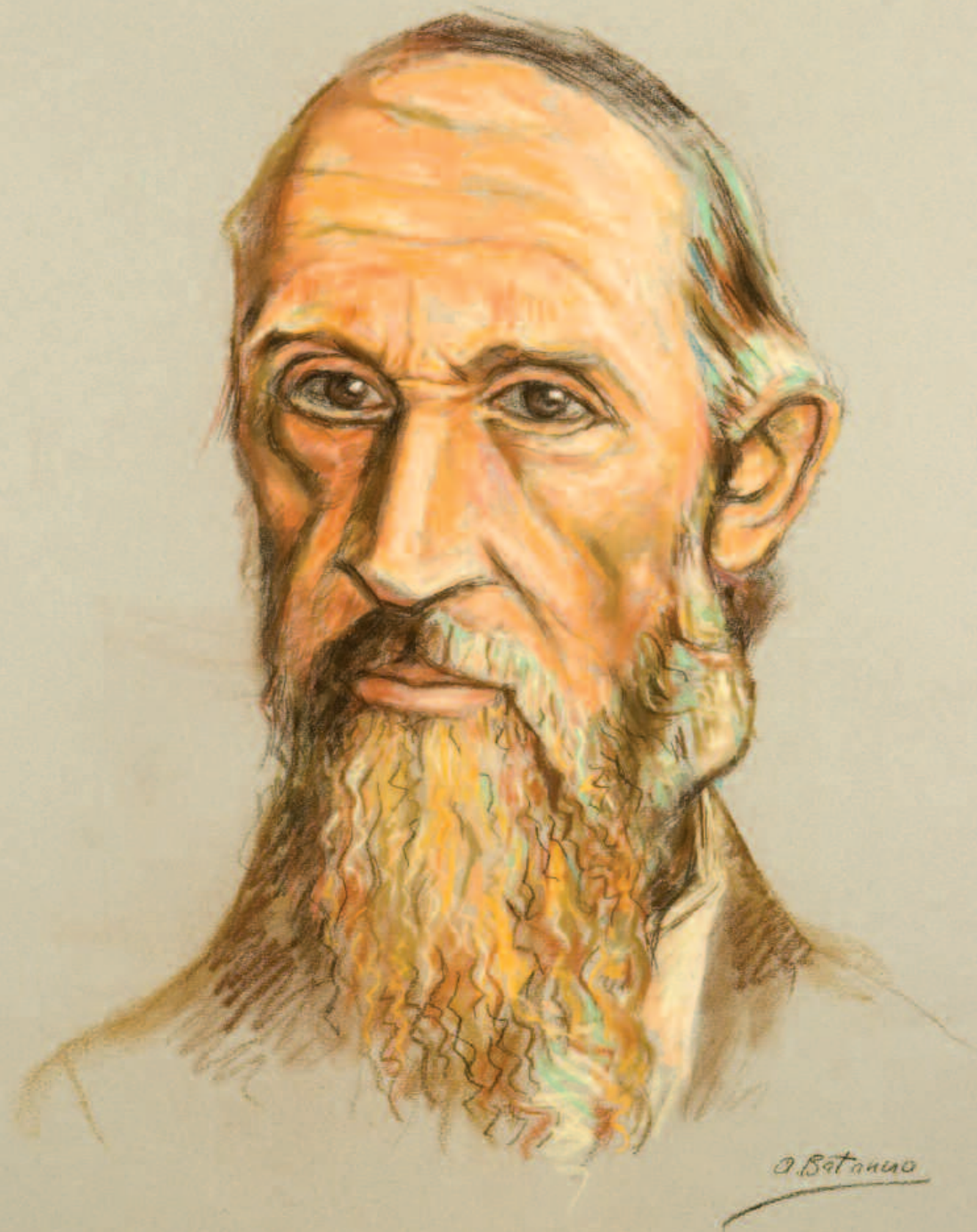
Tenía entonces 70 años. Como queriendo grabar sus sentimientos, el anciano Abad labró sobre una roca dura un *Via Crucis* que, una vez terminado, recorrería diariamente, meditando y rezando sus estaciones.

Mientras tanto, en el monasterio, las cosas no acababan de encontrar su cauce. Desde su destitución hubo dos abades y un administrador venido de la Trapa de Getsemaní, en los Estados Unidos. El 2 de febrero de 1909, el Papa S. Pío X decretó la separación de Mariannahill de la orden trapense y sus monjes pasaron a ser una congregación misionera: *Los Misioneros de Mariannahill*. Al Abad se lo ocultaron para no causarle más pena.

En Emaús pasó el abad Francisco los últimos catorce años de su vida. Escribió cartas y artículos, soñando con empresas misioneras. Y allí, en el exilio de Emaús, llevando una vida regular de oración y trabajo, permaneció hasta su muerte, acaecida en la madrugada del 24 de mayo de 1909.



TRAS LAS HUELLAS DEL
ABAD FRANCISCO



Utilizando expresiones paulinas, se podría decir que la vocación a la santidad de todo bautizado se cifra en dejar a Cristo vivir en él [Cf. Gal. 2, 20], en revestirse de Cristo [Cf. Rom. 13, 14], en tener los mismos sentimientos que Cristo [Cf. Flp. 2, 5]. En definitiva, se trataría de encarnar en la propia vida las virtudes cristianas. Veamos cómo vivió el Siervo de Dios, Wendelin-Francisco Pfanner, el elenco de las principales virtudes cristianas. Las reflexiones siguientes beben de los trabajos realizados por la Hna. Annette Buschgerd CPS.

[1]

FUERTE EN LA FE

La virtud teologal de la fe implica una relación personal entre el creyente y Dios. Desde que Wendelin-Francisco Pfanner aceptó a Dios como el fundamento de su vida, las puertas quedaron abiertas para que el Señor tomara posesión de la misma. A lo largo de su existencia, el Abad acogió de manera sostenida la verdad sobre Dios [Cf. Act. 6, 7; Gal. 5, 7ss; Rom. 1, 5], asumiendo el deber de confesarla y de anunciarla [Cf. Rom 10, 9ss].

Wendelin Pfanner tuvo el privilegio de nutrir su fe católica con el ejemplo de una familia profundamente devota. Cuando, a la edad de veintún años, decidió ser sacerdote, se embarcó en una aventura de índole sobrenatural y, por ende, creyente.

Entendiendo que la fe de muchas personas corría el riesgo de naufragar debido a las ideologías ateas de moda en aquellos años, al secundar la vocación sacerdotal, el joven Wendelin quiso ponerse al servicio, defensa y promoción de la misma fe. Durante los años que ejerció el ministerio como sacerdote secular, ya en la parroquia de Haselstauden [Austria], ya como

capellán de un convento de religiosas en Zagreb [Croacia], con mano firme fue devolviendo a la comunión de la Iglesia a los feligreses más alejados y fue erradicando la plaga de escrúpulos de conciencia de las religiosas.

Después de doce años ejerciendo el ministerio sacerdotal, a pesar de sus problemas de salud, Wendelin Pfanner, urgido por una indomable pasión religiosa, ingresó en la Orden Cisterciense de Estricta Observancia, vulgo trapenses. Estaba convencido de poder reparar así por sus propios pecados y por los pecados del mundo, mediante la oración, la penitencia y el trabajo manual.

Desde el principio mismo de su ingreso en la Orden trapense, su vocación monástica fue severamente probada, pero nunca miró hacia atrás. A los cuatro años de su entrada, los superiores le conminaron a abandonarla. Asesorado por un experto canonista, apeló a la Santa Sede y ganó el contencioso, pudiendo permanecer en la Orden. Aunque ya no volvió a disfrutar de la aceptación o del reconocimiento personal en ella, nunca dejó de obedecer a sus superiores, embarcándose, con fuerte dosis de fe, en las misiones que ellos mismos le iban encomendando.

Con frecuencia, el P. Francisco se cansaba de la burocracia eclesiástica, pero no por ello dejó de creer que el Señor sigue valiéndose de tales mediaciones. Abandonado al querer de Dios, fue descubriendo que su confianza en Él le permitía soportar cualquier dificultad. Aunque tuvo que padecer un sinnúmero de enfermedades, angustias, celos, intrigas, apuros económicos, pertrechado con la armadura de la fe, emprendió la fundación del monasterio de Mariastern [Bosnia] y, diez años después, el de Mariannahill [Sudáfrica].

La audacia de su confianza en Dios se prueba por el lema escogido para su escudo abacial, tomado de 1Cor. 9, 24: *Corred de modo que lo alcancéis*, así como por su frase favorita: *Dios proveerá*. Gracias al empuje de la misma pudo abrir un buen número de estaciones misioneras y fundar, en 1885, la *Congregación de las Hermanas Misioneras de la Preciosa Sangre*. En 1892 fue destituido del cargo porque, al dar prioridad a las necesidades de la evangelización, descuidaba algunas de las observancias de la Regla. Desde 1894 hasta su muerte en 1909 vivió su propio exilio en la *Misión Emaús*. Allí fue donde su fe en Dios quedó del todo purificada como el oro en el crisol [Cf. Zac. 13, 9].

¿Fue tentada alguna vez la fe del abad Francisco? Ciertamente, así como el mismo Jesús sufrió la tentación [Cf. Heb. 4, 15]. La santidad viene determinada por la medida de esta virtud teologal, que se fortalece en la prueba, y por la intensidad del amor a Dios y a los demás. Manteniendo la obediencia de la fe hasta el final, el abad Francisco murió el 24 de mayo de 1909 para recibir la recompensa que está reservada a los siervos fieles [Cf. Mt. 25, 21]. No solo durante el tiempo de su vida, sino especialmente después de su muerte, su fe ha sostenido la de otros. Su ejemplo e intercesión han ayudado a muchos a descubrir en primera persona la verdad del Evangelio, así como su vocación para vivir a la luz del mismo.

[2]

SEGURO EN LA ESPERANZA



Al igual que la virtud teologal de la fe, la esperanza es una virtud donada por Dios en el Bautismo que lleva a realizar, en el que la recibe, actos informados por la misma. La esperanza cristiana encuentra su quicio en la persona de Jesucristo [Cf. Col. 1, 27; 1 Tim. 1, 1], porque en Él Dios ha asumido la naturaleza humana. Gracias a Jesucristo, la historia se ha convertido en testimonio de salvación. Por la esperanza cristiana uno realiza lo que está al alcance de sus posibilidades, dejando a Dios el obrar de lo que parece imposible.

La esperanza del abad Francisco fue capaz de ‘mover montañas’ y, sin embargo, ¡cuántas veces estuvo tentado de rendirse! Cuando no contaba con los medios para financiar sus muchas iniciativas misioneras, simplemente las comenzaba, con el anhelo de que “la monedilla de la viuda”, con la que poder saldar sus deudas, ya estuviera de camino. Cuando la desapro-

bación de los tímidos le robaba el viento de las velas de su embarcación o cuando experimentaba en su propia carne la resistencia de los pusilánimes, el Abad, instintivamente, se arrojaba en manos de la Providencia del Dios. ¡Solo el Cielo sabe cuántos pueden haberse sentido impulsados a seguir perseverando gracias a la firmeza de su esperanza!

Tan grande era, de hecho, que en cierto momento en que las Hermanas Misioneras de la Preciosa Sangre (por él fundadas) experimentaron muchas dificultades, les profetizó que la Iglesia las reconocería como una Congregación. Así escribía a la Hna. Paula Emunds CPS [1865-1948], cuya esperanza se estaba desmoronando:

“Mientras vivamos, siempre hay esperanza. Lo más necio es renunciar a la misma cuando todavía nos encontramos en este lado de la tumba.”

Le asistía la seguridad de que, debido a las muchas dificultades que tuvo que soportar para sacar adelante la empresa misionera de Mariannahill, éstas producirían a su debido tiempo mucho fruto.

Consecuencia de la firmeza de su esperanza, el optimismo y el dinamismo de Francisco Pfanner fueron indestructibles. Ello le llevó al convencimiento de que una expectativa basada en *el más allá*, que no lleve al ser humano a vivir con entusiasmo en *el más acá*, no merece tal nombre. Se podría decir que el futuro también le perteneció al abad Francisco, dado que proporcionó motivos de ilusión a las generaciones que le siguieron.

Infatigable y seguro en la esperanza, al abad Francisco le resultaba difícil someter su voluntad y juicio a los menos clarividentes y audaces que él. En cierta ocasión escribió:

“Me resulta difícil creer que ellas [sus muchas ideas para la evangelización] sean casi todas proyectos ilusorios, que no sirven sino para ser arrojadas a la hoguera.”

Los desprecios y rechazos que tuvo que soportar de sus propios hermanos le llevaron al convencimiento de lo acertado de sus reivindicaciones.

Aún en medio de la amargura de sus lágrimas, al final de su existencia, pudo hacer suyas las palabras de Job: “Yo sé que mi Redentor vive y que al final se alzaré sobre el polvo” [Job 19, 25]. Él miró fijamente a los ojos de la muerte y predijo la hora de su llegada. La intrepidez de su temperamento –“No sé lo que es el miedo”– tenía bien hundidas las raíces en su esperanza ilimitada en Dios, cuya voluntad había aspirado a realizar desde su juventud:

“Vosotros, todos los Santos de Dios, por los méritos de la Preciosísima Sangre de Cristo, obtenedme la gracia de que pueda alcanzar: siempre hacer la voluntad de mi Dios...”

[3]

CONSTANTE EN LA CARIDAD

Dios es amor. Pertenece a la naturaleza y ser de Dios darse a sí mismo, libre y por entero. La respuesta humana perfecta a su amor es corresponderle del mismo modo, devolviéndole el amor que depositó en nosotros y compartiéndolo con los demás, que son también imagen suya. La caridad es, pues, la tercera de las virtudes teologales recibidas en el Bautismo. La caridad cristiana está llamada a conformar la puesta en práctica del resto de las virtudes cristianas [Cf. 1 Cor. 13, 1-13].

¿Cómo vivió Wendelin-Francisco Pfanner la virtud de la caridad? Tanto los críticos que tuvo a lo largo de su vida como los que luego ha ido teniendo después de su muerte, le dan una baja calificación a la hora de vivir la caridad en las relaciones humanas ordinarias. Quizá se deba a que

todos ellos tenían y tienen una percepción meramente externa de su comportamiento. Sus contemporáneos veían en él a un hombre austero, aparentemente dotado de poca paciencia, compasión o amabilidad, y que mostraba una gran estima de su propia valía personal. Los muros del monasterio y el silencio impuesto por la Regla les impedían conocerlo mejor. Y así se fue creando la imagen del Fundador como la de alguien insensible, arrogante e inaccesible. Desde esta perspectiva, podríamos caer en la tentación de creer que el abad Francisco no vivió de modo heroico la virtud de la caridad. Pero si la práctica de la caridad, por parte del Abad, se midiera desde la perspectiva evangélica, podríamos vencer tal tentación.

Por otra parte, el abad Francisco debería ser enjuiciado a la luz del contexto histórico y social en el que se fue desarrollando su vida, teniendo en cuenta además que su personalidad no encajaba en ningún molde preestablecido. Sus contemporáneos lo intentaron y fracasaron. En un pasaje de sus *Memorias* escribió:

“Son varias las personas que me han aconsejado que tome como modelo en la guía de las almas a san Francisco de Sales. A lo que respondo: Yo no soy san Francisco de Asís, tampoco soy san Francisco de Sales, yo soy Francisco de Mariannahill. No soy superior únicamente de religiosas sino también de monjes, hombres recios y austeros con hábito penitencial, a los que hubiere que manejar con guantes en la mano. La Regla me pide: ‘¡Arguye! ¡Increpa!’ ‘¡Amonesta! ¡Reprende!’ Además, el de Sales era francés. Los franceses son más delicados que los alemanes; de ahí que los franceses traten a los suyos con mayor suavidad que yo lo hago con los míos. Quizá a un monje trapense francés le gusta cuando el Abad le ordena algo envolviendo el mandato con la expresión ‘S’il vous plaît’. Yo soy de la opinión que cualquier superior, sea religioso o secular, debería omitir a la hora de dar mandatos añadir la expresión ‘Si lo desea’, dado que puede sonar a ridículo cuando hay veces que se ha de decir: ‘¡Cállate!, ¡Estate quieto!, ¡Lárgate!’”

Él mismo admitió sin mayor problema que carecía de especiales dotes para las relaciones sociales. En sus *Memorias* afirmó:

“Soy consciente que mi audacia ha ido degenerando en imprudencia; incluso ahora [con 63 años en ese momento] se torna con frecuencia en desnuda franqueza. Esto me sucede especialmente en dos ocasiones: cuando tengo que tratar con monjes obstinados o con hermanas dulcemente sentimentales.”

El abad Francisco apenas habló o escribió acerca del amor. Pero ello no es de extrañar, teniendo en cuenta el contexto social y cultural en el que se crió. Cuando había que permitir que el corazón hablara, era un hombre de pocas palabras. Además la Regla trapense restringía la expresión verbal a lo estrictamente necesario, siendo el lenguaje de señas el medio ordinario de comunicación.

Se nos dice que el abad Francisco tenía un corazón de roble, pero ello no quiere decir que fuera insensible. Su corazón latía con ardiente amor por Dios y sincera compasión por la humanidad sufriente. Su amor por la Preciosa Sangre de Cristo en la Eucaristía fue tan grande que, al menos en dos ocasiones, no pudo continuar con la consagración de la Misa, porque la idea misma de cuánto fue lo que Jesús sufrió hasta llegar a derramar su Preciosa Sangre lo abrumaba. Por otra parte, el amor del Sagrado Corazón fue para él la fuente de su inquebrantable energía y de su ardiente espíritu misionero. Suyas fueron estas palabras:

“Si el amor ardiente del Sagrado Corazón no puede inducirnos a mayores esfuerzos por la salvación de las almas, dejemos entonces que nos avergüence la incansable actividad de Satanás, porque éste nunca descansa.”

En cuanto a su amor al prójimo, cabría tener en cuenta que las cartas que escribió desde la misión de Emaús dan testimonio de las muestras de caridad que tuvo con los bienhechores, con sus parientes y con antiguos compañeros de estudios. La preocupación que mantuvo por Ludwig Haitinger, un viejo compañero de clase que vivía alejado de la Iglesia, es bastante conmovedora. Tampoco ocultó el gran respeto que tenía hacia las mujeres, algo inusual para su estado y tiempo.

El abad Francisco no nos dejó ningún tratado sobre la caridad. Consciente de que la vida de perfección exigía lucha, enseñó:

“No hay amor perfecto sin lucha, porque el amor propio es un dragón de siete cabezas. Una persona no es lo que se pone, pues un vestido se puede quitar en cualquier momento, pero el alma tiene que ser despojada del amor propio, que está enraizado en el infierno. Debo querer amar a Dios, de lo contrario nunca lo amaré... El amor de Dios es un amor que nace desde el corazón. Uno ha de dejar a un lado la tibieza y hacer un esfuerzo para servir a solo Dios y hacerlo con entusiasmo.”

Más que sus palabras, su vida y sus obras dieron mejor prueba de su amor a Dios y a sus semejantes. No fue una ambición egoísta lo que le llevó a ser un inquieto generador de problemas, ya sea como sacerdote, monje o misionero, sino su abrumador deseo de difundir el conocimiento de Cristo. A su parecer, la evangelización no era una opción, sino una demanda de la justicia y una obligación cristiana. Con especial énfasis repetía:

“Todos han sido redimidos a precio de la Preciosa Sangre; ¡por lo tanto, tienen derecho a conocer a Aquél que tanto los amó!”

Si la causa de su ambición hubiera sido únicamente la autoestima y la realización personal –de lo que se le acusó–, no habría tolerado el rechazo, el juicio erróneo y la soledad a la que fue sometido. Antes al contrario, su amor constante abrazó las circunstancias de su vida, ordenadas para él por un Dios amoroso. Dios purificó el corazón de su siervo y, así, su caridad se hizo mayor y más pura al pasar por la prueba del sufrimiento.

SE HIZO POBRE



El abad Francisco no fue ni social ni económicamente pobre; su pobreza fue fruto de una elección personal y de su consagración a Dios. Quizás la siguiente cita del Abad nos proporcione la clave para entender su propia comprensión de la pobreza:

“Si por Cristo ni siquiera llamo mía a la pluma con la que escribo y ello lo hago por el amor de Cristo... Ello indica que la pobreza es algo grande.”

Para el Abad, en comparación con el amor de Dios, tener posesiones o carecer de ellas no cuenta. Quería ser libre para poder dar a conocer a Cristo. Como buen hijo de san Benito, tenía una mano puesta en Dios y la otra en el trabajo; y así se lo enseñaba a sus monjes.

El estilo de vida del abad Francisco estuvo marcado por la más desnuda simplicidad. Aunque otros monasterios de la Orden llevaran una vida más relajada, él insistía a sus monjes para que sus comidas fueran frugales y que se las ganaran trabajando. Desarrolló una especial habilidad para ir buscando soluciones, adaptándose a las circunstancias. Por regla general, cuando iniciaba un nuevo proyecto –monasterio, misión, escuela, asociación–, antes de que se levantaran los edificios necesarios para albergar a sus ocupantes, éstos ya tenían invitación para formar parte del mismo. Las charlas y conferencias públicas que dictó, así como todo el despliegue de propaganda que realizó, gozaban de gran popularidad y tuvieron mucho éxito. Todo ello le reportó un gran número de vocaciones, de colaboradores, de bienhechores y de no poca envidia. Nunca se vio falto de personal, aunque sí de los medios necesarios para poder mantenerlo. Ni poseía dinero ni el dinero le poseía a él. A su parecer, atesorar era traicionar la confianza en la providencia de Dios, de ahí que solía gastar lo que no tenía.

Teniendo a san José como el gestor de todos sus negocios misioneros, decía con frecuencia:

“Nunca tuve nada y nunca me faltó de nada”.

Se hizo pobre por amor a Cristo Pobre y por amor a los pobres de Cristo. Esa fue la motivación última de su aventura africana. Afirmó:

“Sentí compasión de aquel obispo que, con lágrimas en los ojos, suplicaba hiciéramos una fundación trapense a fin de ayudarlo a difundir la Buena Nueva entre los pobres de su rebaño.”

Y en otro lugar escribió:

“Jesús no solo compartía su palabra con los pobres, sino que iba tras ellos y los buscaba.”

[5]

CASTO POR EL REINO

P

ertenece a la vida consagrada la vivencia gozosa de la castidad por el Reino de los cielos. Quien se enamora de Cristo se ve capacitado para amar a Dios con todo su corazón y para entregarse sin reservas al servicio de su Reino. Bien entendida, la castidad para un sacerdote, un monje o un misionero es una fuente de energía, pues le libera para darse por entero a Dios y a la causa de su Reino.

¿Cómo vivió el Abad su promesa de celibato sacerdotal y su voto de castidad como monje? Algo habrán visto en él todos aquellos –hombres y

mujeres– que le tuvieron como confesor y guía espiritual, dado que se sintieron animados a abrazar y a perseverar en el género de vida célibe por el Reino que él mismo llevaba. Aunque era conocido por su fidelidad a la disciplina personal y monástica, su corazón abrazaba a los débiles y a los que luchaban por ser fieles a los compromisos contraídos. Defendiendo a cierto sacerdote, que había caído en desgracia con sus superiores, escribió:

“Es posible que el Padre X no esté limpio, pero Nuestro Señor nunca desespera de nadie.”

Para Wendelin-Francisco Pfanner, la castidad, al igual que la pobreza, no era un fin en sí misma, sino un medio para estar disponible al servicio de la misión. Repetía que la alegría era el verdadero distintivo de la castidad. Sobremanera inventivo fue el Abad a la hora de entregar su tiempo, talentos, habilidades y fuerzas y, aunque aparentemente nunca le faltaban energías y ganas de vivir, a menudo se sentía enfermo y cansado. Las fuerzas de su mente y de su cuerpo se renovaban de continuo en la misma medida en que se entregaba a la causa de Dios y al bien de los demás. Tensado hasta el límite, creció más allá de sí mismo. Dedicado a Dios por sus votos, a su vez consagró todo al cuidado providente de Dios, incluso los campos y bosques de la misión y lo hacía a través de María, a quien veneraba con ardiente devoción. De esta manera, su castidad fue fructífera y una bendición para muchos.

[6]

APRENDIÓ, SUFRIENDO, A OBEDECER

La obediencia es otra magnitud integrante de la identidad del que se consagra a Dios en religión. Jesucristo, por ser Él perfectamente

obediente al Padre, es al mismo tiempo el ideal del ser humano libre. Jesús, obedeciendo hasta la muerte, inicia y posibilita al ser humano un nuevo modo de libertad.

Aunque con no pocos malentendidos con sus superiores, el abad Francisco tuvo siempre en gran estima la vivencia de la obediencia; no es por casualidad que haya pedido en la oración a lo largo de su vida luz para poder reconocer la voluntad de Dios y la fuerza necesaria para cumplirla.

La obediencia del Abad entraba en crisis cuando la fidelidad a la Regla de la Orden se anteponía sin más al servicio de Dios y de su Reino o a la misión encomendada a la Iglesia, causas a las que estaba entregado sin reserva alguna.

Aceptó las correcciones que se le hacían y, por lo tanto, pudo corregir a los demás y exigir obediencia. Y, sin embargo, varios de sus monjes se opusieron a su manera de ejercer su autoridad. Sus protestas fueron, en parte, responsables de su destitución como Abad en 1892; medida ésta, que determinó significativamente los quince años restantes de su vida.

Examinada la trayectoria de su vida, podemos decir que el abad Francisco vivió la obediencia de manera heroica; sin embargo, no se pueden negar sus frecuentes conflictos con la autoridad. De cualquier forma, hay que reconocer que, dada la probada fidelidad del abad Francisco a su conciencia y su pasión por hacer la voluntad de Dios, se puede suponer que su oposición a la autoridad fue, al menos en cuestiones esenciales, inspirada por el mayor bien de la gloria de Dios y no consecuencia de antojos egoístas personales. Y, sin embargo, este rebelde tuvo la capacidad de someterse en obediencia a sus superiores, aceptando con humilde resignación las medidas disciplinarias tomadas contra él. En una de sus cartas escribió:

“No siento pena por mí mismo sino por aquellos que, debido a lo que me está sucediendo [su destitución del oficio de Abad], también caerán en desgracia. Le agradezco a Dios de continuo que, durante estos cinco meses desde que se me impuso la censura, he aprendido a soportarlo, sin importarme todo lo malo que los demás hablen, crean o escriban sobre mí. De hecho, me complace ser completamente despreciado. Quisiera poder seguir soportando aún más por Dios.”

SABIO A LOS OJOS DE DIOS



El abad Francisco no fue sabio según las medidas del mundo, sino según la ciencia del Evangelio. Fue el mismo Cristo quien realizó el cambio de criterio en relación a la sabiduría, al reconocer que el Padre del cielo mostró a los ignorantes lo que había ocultado a los entendidos [Cfr. Mt. 11, 25]. De ahí que san Pablo confesase a Cristo como la sabiduría de Dios y, siguiendo la desconcertante lógica evangélica, afirmase que lo que parece ser la necedad de Dios es más sabio que la sabiduría humana [Cfr. 1 Cor.1, 18 y ss].

¿Las decisiones principales tomadas por el abad Francisco y su estilo de vida encarnan los criterios de la sabiduría evangélica? La respuesta a esta cuestión puede quedar articulada en estas dos afirmaciones: primera, el Abad permitió que Dios ordenara su vida de tal manera que nunca perdiera de vista la meta hacia la que se dirigía; y, segunda, que tanto en sus palabras como en sus acciones buscó siempre el bien de los demás. Se condujo en la vida, no tanto siguiendo sus propias inspiraciones, sino guiado por la luz del Espíritu Santo. Y, sin embargo, admitió sin problema que no todas sus decisiones habían sido acertadas:

“Se han cometido errores, algunos de ellos inevitables..., porque debemos admitir que sabemos muy poco”.

Contamos con algunas máximas espirituales del abad Francisco que expresan la profunda sabiduría de la que vivía y que provienen de un corazón que se fue haciendo sabio gracias a la experiencia, especialmente debido al sufrimiento. Recogemos algunas de ellas:

“El arte de hablar bien no se aprende hablando mucho, sino guardando silencio con frecuencia”.

“Doy la bienvenida a la oposición, porque sin ella no se podría confiar en nuestra causa”.

“Controlarse a uno mismo requiere más esfuerzo que gobernar muchas ciudades”.

“Bienaventurados los corazones flexibles porque nunca se romperán”.

“Es verdaderamente grandioso poder soportar con paciencia la miseria humana”.

[8]

PERSEVERÓ HASTA EL FIN

P

erseverar hasta el fin es una gracia a ser pedida y, por una actitud generosa del creyente, a ser merecida.

El abad Francisco sabía que, por sus propias fuerzas, no podría terminar la carrera [Cf. 1 Cor. 9, 24]. Por ello, pedía a los suyos:

“Rogad por mí, hijos míos... para que pueda aceptar completamente la voluntad de Dios; dado que no es suficiente hacer todo por Dios, sino que uno debe también aceptar todo tal como viene.”

El Abad, luchador inquieto por el Reino de Dios, adquirió la virtud de la santa indiferencia no sin dificultad, dado que la paciencia nunca había sido su punto fuerte. Nos dice:

“En mis años de juventud, era un tipo tan impaciente que, si hubiera dependido de mí, yo hubiera creado el mundo en un solo día... Habría incluso peleado con Dios mismo”.

Hacia el final de su vida logró dominar su impaciencia. Los que le conocieron en su ancianidad testifican que hablaba poco, lloraba mucho y nunca se quejaba.

El Abad se preparó concienzudamente para el cielo. En cierta ocasión escribió a su amigo Haitinger acerca de un proyecto ferroviario, que uniría Ciudad del Cabo y El Cairo, indicando que sería hasta divertido viajar en ese tren. Le dijo:

“Octogenario como soy, mejor será que compre un billete para el más allá, destino donde ya no se pueden comprar billetes de regreso”.

Y con cierto humor le dice a su amigo que le gustaría encontrarse con él en la gran sala de espera de acceso al cielo.

El último tramo del viaje terrenal del abad Francisco fue el más difícil. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para seguir luchando y no tirar la toalla [Cfr. 1 Cor. 9, 24]. En uno de sus sermones dijo:

“Nunca miro a la derecha, ni a la izquierda, ni hacia atrás, pues siempre mantengo los ojos fijos en lo que está por venir”.

En otra ocasión dijo:

“Sé que no soy un santo, aunque tengo muchas ganas de serlo, pero de una cosa estoy seguro: que soy un favorito de Dios.”

No es exagerado suponer que su perseverancia final se debió a los muchos sufrimientos que, con la gracia de Dios, fue capaz de soportar hacia el final de sus días.

COMO UN NIÑO EN LOS BRAZOS DE SU MADRE



La humildad de Jesús [Cfr. Flp. 2, 2-8] y la de María [Cfr. Lc. 1, 46-55] son para el creyente un referente de virtud para vivir y para saber cómo reconocer a los humildes y acercarse a los humillados. El abad Francisco dejó escrito:

“Uno debe demostrar que le asisten buenas intenciones... Debe tratar de ganar el corazón de los africanos con cosas sencillas y, cuando se presente la ocasión, hacerles ver que son iguales a nosotros y que cuentan para Dios como contamos nosotros. No puedo tolerar la discriminación racial, como si el color de la piel determinara lo que uno vale a los ojos de Dios.”

Los éxitos que tuvo el abad Francisco no le hicieron perder la conciencia de ser un siervo que hace lo que espera de él su señor:

“Todo lo bueno que poseemos proviene de Dios y, si logramos algo, solo a Él pertenece el honor.”

El Abad tuvo que luchar por conseguir la virtud de la humildad como también la virtud de la obediencia. Si, a veces, aparecía autoritario, arrogante o ambicioso de prestigio, era lo suficientemente humilde como para reconocer sus faltas, pedir perdón a aquellos a quienes había perjudicado y encomendarse a la misericordia de Dios.

Si la humildad se expresa particularmente en la aceptación de las debilidades de los demás, perdonándolos y soportándolos, el abad Francisco fue ciertamente humilde. ¡Cuántas veces fue injuriado y perdonó! Él soportó no solo sus propias debilidades sino también los fallos de otros, que le hicieron la vida difícil.



TEXTOS DEL
ABAD FRANCISCO



[TODO UN CORAZÓN: EL DE CRISTO]

*“N*o se nos ha dado otro corazón en el que podamos ser salvados, que el Sagrado Corazón de Jesús. Es muy importante identificar qué actitudes deberíamos tener hacia Él. Situarnos delante de Él, sería la primera, pues dentro de su maravilloso Corazón hay un depósito de remedios para curar nuestras dolencias, al igual que en una farmacia siempre están disponibles las medicinas, los ungüentos y las vendas... Protegernos detrás de Él, sería la segunda actitud: El Corazón de Cristo es escudo protector para no sucumbir en nuestra lucha contra el mal... Tercera actitud: guardarnos dentro de Él, ya que la paz que buscamos sólo la encontraremos dentro del Corazón de Jesús. Para entrar en Él hay que dejar fuera lo que nos esclaviza... Y la cuarta actitud: Dado que nadie va al Padre sino a través del Hijo, se salvarán y entrarán en el cielo aquellos que encuentren la puerta lateral del Sagrado Corazón y la franqueen. No hay otra puerta para entrar en el cielo sino la herida del costado de Cristo. Queremos que los africanos, a los que evangelizamos, descubran esta puerta y, atravesándola, entren en el cielo. Para esto nos hemos hecho misioneros”.

[DIOS SE DESHACE EN TERNURA]

*“H*a llegado el momento de conocer a Dios desde otro ángulo de vista: su amor y ternura hacia el hombre. El amor de Dios hacia el hombre se ha revelado especialmente en tres hechos: en la encarnación del Verbo, en la institución de la Eucaristía y en el sacrificio de la Cruz. Meditemos en el primero de los hechos: La encarnación del Verbo. Dios inmenso desciende del cielo y se hace un niño pequeño y débil. Imaginémonos por un momento que un telegrama nos trajera la noticia: ‘Dios inmenso, por amor a los hombres, se hace niño pequeño y ha bajado del cielo’.

¿Podríamos seguir durmiendo después de haber recibido este mensaje? ¿No aplaudiríamos constantemente exclamando: ¡Amor, amor, qué gran amor!? Contemplemos este misterio. Crecerá en nosotros el asombro y se hará más fuerte en nosotros el propósito de hacer todo por amor a Dios, que tanto nos ha amado”.

[URGIDOS POR EL AMOR DE DIOS]

S

i entramos en el estudio de un escultor, veremos diferentes bloques de mármol, sin forma ni figura. Si entramos en el taller de uno que trabaja la madera, nos encontraremos con muchos troncos de madera, llenos de nudos y deformaciones. Si preguntáramos al escultor qué piensa hacer con alguno de aquellos bloques de mármol, nos diría: una estatua. Si preguntáramos al experto en la talla de la madera, nos respondería: de esta pieza deforme de madera sacaré la imagen de un santo. Tú ya entiendes lo que estoy queriendo decir. Debemos llegar a ser una pieza de arte en la gran galería del cielo. Debemos, por ello, trabajar por quitar rugosidades y nudos; es decir, debemos esforzarnos por remover de nosotros las faltas y los pecados. Esto suena fuerte y te preguntas: ¿Lo lograré? ¿Encontraré a alguien, que me ayude cuando ya no pueda más? ¿Debo esperar ayuda de alguna parte? No lo dudes; mira cómo estuvo Jesús cerca de María Magdalena, de Pedro y de los demás apóstoles... Y hoy Jesús no está lejos de ti”.

[EN LA PASCUA FLORIDA Y LUMINOSA]

A

l vivir con la liturgia de la Iglesia los días de la Semana Santa, sobre todo el día de Viernes Santo, nuestro corazón se llena de dolor y tristeza. Pero cuando llega el Sábado Santo, ¡cómo empieza a cambiar todo! Incluso, aunque en

ese día sólo se nos está permitido cantar las partes del Oficio más estrictamente necesarias, sentimos dentro un deseo incontenible, que apenas podemos reprimir, de empezar a cantar el Aleluya. ¡Con qué entusiasmo cantamos el primer Aleluya, y el segundo, y el tercero! Algunas veces el entusiasmo es tal que no oímos la música del órgano, ni vemos las notas de la partitura y llegamos, incluso, a meter la pata en la misma interpretación del canto. Y todo esto porque hay mucha alegría en el corazón. Y si todo esto nos pasa a nosotros, imaginemos la alegría que tenía el Señor. Su Corazón humano era como el nuestro y sentía alegría como nosotros la sentimos. Ha pasado ya el escándalo del Viernes Santo, la agonía del huerto, el derramamiento de la sangre en la flagelación y en la coronación de espinas, la terrible crucifixión. Ahora empieza su triunfo, prenda y arras del nuestro”.

[ES PRECIOSÍSIMA, PORQUE NO TIENE PRECIO]

A

l oro y a los diamantes les llamamos piedras preciosas... Si tales cosas son preciosas para nosotros, ¿qué diremos de la Sangre de Cristo? Tiene razón la Iglesia al calificar este tesoro de preciosísimo. La Sangre de Cristo es preciosísima... Quiero ahora hablar de aquellos que viven al servicio de esta Sangre. Deseo hablar de lo que vale un sacerdote para el mundo... El sacerdote tiene el poder de hacer presente y administrar la Sangre de Cristo... Cuando el sacerdote dice en el altar: ‘Ésta es mi Sangre’, la Sangre de Cristo se hace allí en verdad presente... El sacerdote también tiene el poder de administrar la Sangre de Cristo. A través de las manos del sacerdote, Cristo entra en las habitaciones de los enfermos y en las celdas de las prisiones... ¿Qué sería del mundo sin el sacerdote? Sin el sacerdote no habría preciosísima Sangre... Si Jesús no hubiera instituido el sacerdocio en la última cena no tendríamos ahora la preciosísima Sangre en nuestros altares y en el tabernáculo”.

[HABLEMOS DE LÁGRIMAS]



e puede llorar de tristeza y se pueden derramar lágrimas de alegría. ¿Se puede llorar solo con un ojo y reír con el otro? Solo los hipócritas son capaces de ello... Hay lágrimas pecaminosas, las hay inútiles y también santas. Respecto a las primeras, abundan más de lo que nos imaginamos. Ellas suelen brotar cuando lloramos por algo pecaminoso. Mucho más comunes y numerosas son las lágrimas inútiles. Si todas ellas fueran a parar a un mismo cauce, incluso los barcos de vapor podrían navegar en ellas... Pero también hay lágrimas santas. De estas conozco dos clases: aquellas que se derraman por los propios pecados, no por el daño o vergüenza que nos causan los mismos sino, sobre todo, porque son ofensa contra Dios; y aquellas otras que se derraman porque se alarga la estancia en este valle y se tiene nostalgia del cielo y de Dios”.

[SE HA DECLARADO UN INCENDIO]



i Dios está mandando a África tanta gente para entrar en la Trapa de Mariannahill o en las Hermanas de la Preciosa Sangre, llamadas ‘Rojas’ por el color de su hábito; si Él permite que de manera tan rápida se funden nuevas estaciones de misión, la razón es tan sencilla como ésta: Quiere Dios que se declare un incendio por todas partes. Pero el número no es suficiente para que arda el mundo. Cada uno de nosotros, los trapenses, cada misionera de la Preciosa Sangre, debe ser una buena antorcha, un combustible de calidad para que las llamas se levanten altas y el fuego se propague con rapidez y fuerza. Pero para hacer de vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, un combustible de tales características, hay que usar algunos trucos inteligentes. A la madera para que arda hay que prepararla, cortándola con pericia y secándola con paciencia... El Corazón de Cristo nos dice que ha venido a provocar

un incendio en la tierra y lo que más desea es que todo empiece a arder. El manso Jesús tendrá un día una palabra terrible para aquellos que no se dejan utilizar como combustible para el fuego que quiere provocar en toda la tierra”.

[EL QUE NO CORRE, VUELA]



Un misionero católico no se da por satisfecho con solo ver que sus vecinos son católicos, sino que desea ver cómo en cada rincón todos los hombres creen lo que él cree. Su celo misionero no termina donde se encuentra el límite de su estación misionera o de su parroquia, ni en la frontera donde se empieza a hablar otra lengua que no es la suya. El misionero siempre está pensando más allá de todo ello. Sus pensamientos, aunque sus pies no puedan, llegan hasta los confines de la tierra... Desde que se inventó la máquina de vapor y la electricidad y se usan para viajar, el misionero debe incluso superarlas. Lo que yo quiero decir es que el misionero ha de llegar a los lugares antes que la máquina de vapor y que la electricidad... Cuanto más pobre sea el misionero y menos medios tenga a su disposición, más tendrá que ingeniárselas para llegar cuanto antes a los lugares desconocidos... Más rápidos que el viento y el rayo, porque quien no espabila, se queda sin postre... Nuestro campo de trabajo es una parte del Reino de Dios y éste no tiene fronteras”.

[ES HORA DE IR HACIENDO BALANCE]



Cuando se acerca el fin del año todo empresario repasa sus libros de contabilidad y hace balance de su negocio, contabilizando las ganancias o pérdidas que tuvo. Si el negocio fuera muy grande, le tendrían que ayudar contables y secretarios... Así ocurre en la vida espiritual. Cada uno tenemos un

secretario particular, el ángel de la guarda que apunta en un libro cuidadosamente cada cosa que hacemos. Será bueno echar un vistazo a lo que ya tiene apuntado en él... En la primera página están anotadas nuestras buenas obras... En otra página nuestro secretario particular ha anotado nuestras obras malas o aquellas que hicimos carentes de pureza de intención... Nos sorprenderemos al ver que algunos de nuestros actos, que creíamos buenos, no están apuntados en la página del Haber sino en la hoja del Debe. Más aún, puede darse el caso que la página del Haber esté completamente en blanco... Al acercarse al final del año, será cosa buena hacer balance para que en el caso de que el mismo resulte negativo, pongamos los medios oportunos en el nuevo año”.

[ORACIÓN A LA MADRE]

S

Señora mía, Madre mía, mi patrona y abogada, me pongo en tus manos por entero. Y como prueba de mi devoción te ofrezco mis ojos, mis oídos, mi boca y mi corazón. Y ahora que soy tuyo, Madre buena, guárdame como a propiedad tuya. Acepta, Madre amable, nuestra oración; permite que llegue a ti y atiéndela. Acepta lo que te ofrecemos: montañas y colinas y todo lo que germina y crece sobre la tierra, bosques y árboles, manantiales y torrentes, y todo lo que en ellos se mueve, el grano y la hierba de los campos, las plantas y las flores del jardín, las ovejas y los bueyes de los establos, los graneros y lo que contienen, las casas y los que en ellas moran. Acepta lo que te hemos entregado y, en respuesta, danos lo que te hemos pedido. Libranos de todo aquello que tememos. Que se me pegue la lengua al paladar si olvido lo que hoy te he prometido.”



LA VIRGEN MARÍA

EN LA VIDA DEL ABAD
FRANCISCO PFANNER



Talla de la Virgen María que el abad Francisco Pfanner quiso que presidiera el retablo mayor de la iglesia del Monasterio de Mariannahill en Sudáfrica.

© ARCHIVO CMM [Sudáfrica]



La vida del que fuera Padre y Fundador de Mariannahill estuvo marcada, inspirada y guiada por María.

Nacido el 20 de septiembre de 1825 en Langen-Hub [Vorarlberg/Austria], el niño Wendelin crecía mientras iba cultivando en él un genuino amor hacia la Madre de Dios. Ayudaron a ello los rezos diarios en el hogar familiar y las instrucciones del catecismo. La caminata semanal desde la casa paterna a la iglesia de su pueblo, donde asistía a las celebraciones litúrgicas y podía contemplar las imágenes y pinturas de María, fue labrando en él una auténtica piedad mariana.

En 1837, el adolescente Wendelin comenzó sus estudios de Secundaria en la ciudad de Feldkirch [Vorarlberg/Austria]. Para siempre quedará grabado en su memoria el viaje que su padre y él realizaron a pie desde Langen-Hub a Feldkirch, mientras rezaban los quince misterios del Santo Rosario.

Antes de su ordenación sacerdotal, que tuvo lugar el 28 de julio de 1850, el seminarista Wendelin realizó una peregrinación al Santuario de la Virgen Negra de Einsiedeln [Suiza], para pedir a María llegar a ser un celoso y entregado sacerdote de su Hijo.

A las pocas semanas de su ordenación, el ya sacerdote Wendelin recibió del obispo de Brixen [Tirol/Austria] su primer destino pastoral: la parroquia de Haselstauden, donde predicó su primer sermón el día 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María.

En los años que estuvo allí destinado –y entre otras muchas cosas que realizó– el párroco Wendelin mandó colocar en la iglesia dos vidrieras dedicadas a María: los misterios de la Anunciación y de la Visitación. Reorganizó también en la parroquia la Asociación del Rosario Perpetuo.

En 1858 solicitó de su obispo la vacante de rector del Santuario de Maria Bildstein [Vorarlberg/Austria], con la intención de poder revitalizar en él la devoción mariana. Quizá fue debido a su proverbial sinceridad, por lo que no obtuvo dicho destino, pues al ser preguntado por los méritos que poseía para obtener ese puesto, contestó que no tenía ni poseía ninguno.

En 1863, después de servir algunos años como capellán de monjas en Zagreb [Croacia], Wendelin Pfanner ingresó en la Trapa de Mariawald [Eifel/Alemania], pasando a ser conocido desde este momento como el P. Francisco.

Antes de entrar en el claustro de esta Orden, especialmente erigida en honor de la Santísima Madre de Dios y siempre Virgen María, hizo una peregrinación a Tierra Santa, donde pudo honrar con especial devoción las huellas de la Madre de Dios, que en aquella bendita tierra han quedado impresas para siempre.

Una vez concluido el noviciado, el nuevo monje trapense emitió sus primeros votos religiosos el día 21 de noviembre de 1864, fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen María.

En 1867 el P. Francisco recibió el encargo de fundar un monasterio en los límites del imperio austrohúngaro. Mientras se resolvía un contencioso y estando todavía en el Monasterio de Tre Fontane [Roma/Italia], escribió:

“Conocer y amar a María, eso sí que es fortuna y sabiduría”.

Habiéndose decidido que la fundación del nuevo monasterio se realizara en las cercanías de la ciudad de Banja Luka [Bosnia-Herzegovina], el P. Francisco comenzó la vida monástica en los terrenos adquiridos a tal fin, el 8 de septiembre de 1869, fiesta de la Natividad de la Virgen María. Dio a esta nueva fundación el nombre de *Mariastern* –Estrella de María–. Y lo justificó así:

“María, la Estrella de la mañana de nuestra salvación, con el resplandor de su virtud, pureza y belleza, todo lo sobrepasa y ante ella todo se desvanece... Así también este monasterio tiene que...”

En 1878 la floreciente comunidad de Mariastern vivió tiempos difíciles, al verse amenazada por los levantamientos turcos. Mientras los monjes se preparaban para defender el edificio principal del monasterio, no dejaban de implorar la protección de la Virgen. A mediodía del 15 de agosto, fiesta de la Asunción de María, se conoció que la insurrección turca había cesado. Al atardecer de ese día y durante el canto de las Segundas

Vísperas, el *Magnificat* de María resonó en el interior de la iglesia monacal con un gozo especial.

El 12 de septiembre de 1879, fiesta del Dulce Nombre de María, el prior Francisco aceptó la invitación de fundar un monasterio en tierras africanas.

En 1880 realizó un primer intento de fundación en Dunbrody [Sudáfrica]. A los dos días de haber llegado al lugar elegido, en la fiesta de la Asunción de María, afirmó en la homilía:

“Hoy, en este lugar desierto, alabamos a la Bienaventurada Virgen María. A Ella le consagramos esta fundación. María será la poderosa guardiana de este Monasterio, que podría ser llamado más propiamente ‘Maria in deserto’”.

Fracasada esta primera iniciativa de fundación, el incansable prior Francisco realizó un segundo y definitivo intento. El día 26 de diciembre de 1882, en las cercanías de Durban [KwaZulu-Natal/Sudáfrica], fundó un monasterio que llamó *Mariannahill*. Así justificó ante sus bienhechores la elección de este nombre:

“Y se llamará ‘Mariannahill’; María: porque nuestros monasterios están siempre dedicados a María...; Ana: porque éste en particular está dedicado también a Santa Ana; y Hill: porque se levantará sobre un majestuoso cerro.”

El 8 de septiembre de 1885, fiesta de la Natividad de la Virgen María, el prior Francisco, que ya había sido elegido como primer abad de Mariannahill, fundó la Congregación de las Misioneras de la Preciosa Sangre o Hermanas Rojas.

En mayo de 1886 el abad Francisco adquirió una granja cerca del río Polela, a unos 200 km de Mariannahill. Allí fundó una misión, que llamó *Reichenau*. Así se llama una isla en el Lago de Constanza, donde se levanta una abadía benedictina del mismo nombre.

En un corto espacio de tiempo, el abad Francisco fue poblando con otras estaciones misioneras el trayecto entre Mariannahill y Reichenau. Estas

nuevas fundaciones fueron todas ellas dedicadas a la Madre de Dios y los nombres de las mismas fueron tomados de famosos santuarios marianos centroeuropeos.

La primera de dichas estaciones, a un día de viaje desde Mariannahill, fue llamada *Einsiedeln*. Escribió:

“Hemos llamado a esta misión Einsiedeln, porque esperamos que desde este lugar se extiendan la cultura y el cristianismo, como así ocurrió desde el famoso Einsiedeln en las montañas suizas”.

En los primeros días de mayo de 1887 el abad Francisco fundó otra estación misionera en las cercanías de Pinetown, que dedicó a la Virgen de Loreto, bajo cuya advocación se venera a la Madre de Dios en el famoso santuario mariano en tierras de Italia.

En junio de 1887 el Abad abrió otra misión a medio camino entre Mariannahill y la misión de Reichenau. A esta nueva fundación le dio el nombre de *Mariathal*, que es el nombre de un reconocido santuario dedicado a María en Alsacia [Francia].

En agosto de ese mismo año inauguró la misión de *Ötting*, en recuerdo del célebre santuario de la Virgen Negra de Altötting en Baviera [Alemania].

A inicios del año 1888 comenzó el abad Francisco las negociaciones para adquirir unas fincas, donde fundó meses después la misión de *Lourdes*, conocidísimo santuario mariano en el Pirineo francés.

En mayo de aquel mismo año puso en marcha la misión de *Kevelaer*, denominándola así como el famoso santuario mariano alemán, en la frontera con Holanda.

El 15 de agosto siguiente abrió otra estación misionera de camino a Durban, que fue llamada *Rankweil*, según una afamada iglesia dedicada a María en tierras de Vorarlberg [Austria].

Y a las pocas semanas fundó otra misión, llamada *Centocow*, dedicada a la Reina de Polonia, la Virgen de Chestocova.

El 1 de mayo de 1889 el abad Francisco bendijo el internado femenino levantado en Mariannahill. Y dirigiéndose en aquella ocasión a las chicas que lo iban a ocupar, les dijo:

“Pienso que debemos llamarlo ‘Casa de María’. Cualquier paso que deis en la vida, recordad que estáis llamadas a imitar y seguir el ejemplo de María. Ella es la Inmaculada Virgen y la Madre de Dios. Debéis imitar de ella todo lo que podáis: su modestia, su diligencia... Esta Casa de María debe ser el lugar para que estas chicas puedan llegar a ser un día buenas esposas”.

En 1890 fundó la misión de *Ratschitz*, tomando el nombre de un famoso santuario dedicado a Nuestra Señora la Virgen de los Dolores, en Bohemia [República Checa].

El 12 de diciembre de 1892 el abad Francisco fue suspendido en sus funciones de abad. Aceptó el veredicto sin oposición alguna. Al día siguiente, muy de mañana, salió en dirección a la estación de Lourdes, la más alejada de Mariannahill.

Al pasar por la misión de *Einsiedeln*, buscó consuelo en su Virgen Negra. Lloró ante ella y demostró su sometimiento colgando del cuello de la imagen de la Virgen su cruz pectoral y poniendo en sus dedos el anillo abacial.

En 1894 se pudo instalar en la última de sus fundaciones, la misión de Emaús. En ella construyó una gruta dedicada a la Madre de Dios. Ante ella rezaba:

“En María Dios ha hecho maravillas... Debemos acudir a María, refugio de pecadores”.

En 1903, y debido a su debilidad, el anciano Abad obtuvo de Roma el permiso de poder celebrar la Eucaristía, recitando a diario las oraciones de la Misa de la Virgen, que repetía de memoria.

El día 24 de mayo de 1909, día en que la Iglesia celebra a María como Auxilio del Pueblo Cristiano, moría en la misión de Emaús este nuevo juglar de la Virgen, que vivió y trabajó para cantar las glorias de la Madre de Dios.

El rosario de estaciones misioneras por él fundadas, dedicadas todas ellas a María, se ha convertido hoy en una red de comunidades cristianas, donde la veneración a la Virgen va pasando de generación en generación.





EL ABAD FRANCISCO

Y

SANTA ANA



Santa Ana, Patrona de Mariannahill: Imagen situada en la cara exterior del pórtico del Monasterio de Mariannahill en KwaZulu-Natal [Sudáfrica].

Antes de acceder al recinto monástico de la Trapa de Mariannahill en KwaZulu-Natal [Sudáfrica], el visitante puede contemplar, en el pórtico de la misma, un conjunto escultórico, integrado por Santa Ana y la Virgen Niña. Aparece Santa Ana, sentada y con porte noble, enseñando a la Virgen María. Por debajo del conjunto escultórico, se puede leer: *Mariae Annae Collis Patronae Illustrissimae. O.P.N.* [Colina de María y de Ana, Patronas ilustrísimas, rogado por nosotros]. Sabe así quien entra en dicho Monasterio que las dos Patronas ilustrísimas de Mariannahill son *María y Ana*.

[UNA IDEA DEL ABAD FRANCISCO]



El sábado 20 de enero de 1883, tres semanas después de llegar al lugar de su nueva fundación, habiendo fracasado el intento de Dunbrody, el prior Francisco envió a sus bienhechores el número 5 de sus *Hojas Volantes* desde Sudáfrica; y en ella escribía:

“¿Cómo van las cosas en el Monasterio de Pinetown?... El nombre de Pinetown es solamente provisional. Yo no quiero robarle a un posible padrino la oportunidad de dar nombre a la criatura, porque quizá cuando él escoja el nombre, se presente con un regalo de nacimiento debajo del brazo”.

Pero, por lo que se ve, el prior Francisco tenía prisa. En el siguiente número de sus *Hojas Volantes*, enviado el sábado 10 de febrero de 1883, el remite no pone Sudáfrica sino Mariannahill y en dicha Hoja escribe así:

“Mariannahill es su nombre. Durante las últimas semanas no he dejado de sentir el peso de esta pregunta: ¿Cómo debería llamarse el nuevo monasterio? No queriendo enredarme en una respuesta complicada, rompo por fin mi silencio y hoy –10 de febrero de 1883– he puesto por escrito: “Mariannahill es su nombre”. En honor de «María» deben estar dedicados todos nuestros monasterios; «Santa Ana», a la que tenemos gran estima, es nuestra querida abuela; y añadido «hill», porque este Monasterio será construido sobre un majestuoso cerro, desde donde podemos ver toda nuestra propiedad, la vecindad que nos rodea e incluso el océano Índico. Esperemos que algo grande salga de este Mariannahill.”

[BUSCANDO UNA RAZÓN]

hasta aquí las palabras del entonces prior Francisco, más tarde primer Abad de Mariannahill. Cabe preguntarse: ¿Qué llevó al entonces prior Francisco a escoger a santa Ana como especial protectora de su nueva fundación en tierras africanas? Es verdad que su madre se llamaba Ana Maria Fink y que la segunda esposa de su padre se llamaba Maria Ana Hörburger. Algunos dicen que la bienhechora más importante que tuvo el Monasterio se llamaba Ana. Junto con estos hechos, no conviene olvidar que el fundador de Mariannahill era un hombre práctico, también en todo lo referente a la vida espiritual y apostólica, y aquel nuevo Monasterio era precisamente una empresa de índole espiritual y apostólica. Tres razones le asistían al P. Francisco Pfanner para escoger a santa Ana como especial protectora de Mariannahill.

El fundador de Mariannahill quería que su Monasterio fuera un hogar. Y ¿qué mejor que acudir a santa Ana, que fue el alma de aquel hogar de Nazaret, donde nació su niña María y donde el Verbo de Dios se hizo carne en el vientre de ella, tras el anuncio del ángel?

El fundador de Mariannahill quería que su Monasterio fuera un taller de trabajo. Y ¿qué mejor que acudir a santa Ana que gobernó su casa de Nazaret como una perfecta esposa y madre israelita?

El fundador de Mariannahill quiso hacer de su Monasterio un foco de evangelización misionera. Y ¿qué mejor que acudir a santa Ana que supo transmitir los valores de la religión, como madre, a María y, como abuela, a Jesús?

Por estas tres razones Mariannahill reconoce en santa Ana a su Patrona ilustrísima. Y, en el devenir de los años, Mariannahill no ha dejado de experimentar su ayuda y protección en estos tres campos. Muchas de nuestras casas y capillas están dedicadas a santa Ana; a ella se le reza una novena perpetua en la Congregación; en nuestras misiones hay florecientes movimientos apostólicos femeninos bajo la protección de la abuela de Jesús.

[LA GRANDEZA DE SANTA ANA]



Santa Ana es llamada en la liturgia: *La madre de la bienaventurada Virgen María*. Y en este título se encierra el secreto de su grandeza. La gloria de esta abuela le viene por la hija y, radicalmente, por el nieto. Grande es santa Ana por ser la madre de aquella María, de la cual nació Jesús, Hijo de Dios y Redentor de los hombres. Recordar a santa

Ana es hacer memoria del Redentor y de su obra de Redención. Celebramos a santa Ana como la abuela de Nuestro Señor Jesucristo según la carne. Su conexión con Jesús y con la Madre de éste es la raíz de su grandeza.

La grandeza de santa Ana descansa también en el hecho de haber colaborado a que viniera Jesús y en haber cuidado de él. Nada nos impide ver a santa Ana pendiente de la educación de Jesús y prestándole los servicios que cualquier abuela realiza con sus nietos. No nos podemos figurar a la madre de María y abuela de Jesús de otra manera que como una mujer noble, fuerte y juiciosa.

Santa Ana encarna en su vida el ideal cristiano de la santidad y del compromiso apostólico y misionero. Se hizo santa en su vida ordinaria, en sus quehaceres cotidianos, sacando adelante a los suyos y llevando las tareas de la casa. Sin saber apenas de ella, la liturgia nos la presenta como la mujer creyente ideal, que cumple bien con sus obligaciones, pero movida siempre por el amor de Dios. Además en santa Ana vemos cómo la vocación a la santidad va unida a la vocación misionera. A la hora de transmitir la fe no hay edades. De hecho muchas veces la fe cristiana no pasa de padres a hijos, sino de abuelos a nietos. Y como la fe es vida y no teoría, los abuelos y mayores suelen ser los que mejor transmiten las vivencias auténticas de la fe cristiana.

Cuando contemplamos a figuras como la de santa Ana, siempre pensamos en lo afortunadas que fueron, por haber vivido y tomado parte tan de cerca en la obra de Jesús. Pero más afortunados nosotros, que hemos visto y oído lo que ellos desearon, quedándose a las puertas. Muchos justos, y entre ellos santa Ana, esperaron ver y oír lo que nosotros hemos visto y oído. Si ellos vieron amanecer, a nosotros nos cabe la dicha de haber visto el sol en todo su esplendor. Según las palabras de Jesús, somos nosotros más dichosos y afortunados. [Cf. Mt. 13,16-17]

El Libro de los Proverbios [31, 10-31] describe a la mujer ideal y anónima que encarna el prototipo de la perfecta ama de casa israelita. A ella se le dedican 22 elogios, que son un canto a la laboriosidad, a la entrega, a la abnegación, al esfuerzo, a la vida comprometida, al quehacer dedicado. Oyendo los elogios de esta mujer, todos intuimos que hay algo que la anima, impulsa y mueve; que hay algo que la empuja a la actividad. Esta mujer busca cumplir con el querer de Dios y hacer el bien a los que la ro-

dean. Y así fue santa Ana: cumplió con la voluntad de Dios e hizo –nos hizo y sigue haciendo– mucho bien. Mariannahill tiene en la madre de María y la abuela de Jesús a una poderosa protectora.

En el Libro del Eclesiástico [44, 1.10-15] encontramos un elogio a los mayores y, detrás de estas palabras, fácilmente podemos descubrir la figura portentosa de santa Ana: *“Hagamos el elogio de los hombres de bien, de la serie de nuestros antepasados. Fueron hombres de bien: su esperanza no se acabó, sus bienes perduran en su descendencia, su heredad pasa de hijos a nietos. Sus hijos siguen fieles a la alianza, y también sus nietos, gracias a ellos. Su recuerdo dura por siempre, su caridad no se olvidará. Sepultados sus cuerpos en paz, vive su fama por generaciones; el pueblo cuenta su sabiduría, la asamblea pregona su alabanza.”*

[LA BELLEZA DE UNA LEYENDA]

Nada se dice de santa Ana en los evangelios canónicos. Hacia el año 200 el *Protoevangelio apócrifo de Santiago* empieza a hablar de Joaquín y de Ana, como los padres de la Virgen María y como una buena y piadosa pareja judía. Un libro medieval, titulado *La leyenda dorada* y cuyo autor es Santiago de Vorágine, dice de este matrimonio judío que *“ambos eran justos y, para cumplir rectamente la voluntad de Señor, hacían tres partes de lo que ganaban: una la daban para el templo y para los que estaban al servicio del mismo, otra para los peregrinos y pobres, y la tercera la guardaban para ellos y su familia.”* El matrimonio sufría una honda pena, porque les fue denegada la bendición de tener descendencia,

y por ello las doncellas de Nazaret se burlaban de Ana y a Joaquín se le prohibía ofrecer sacrificios en el Templo. Para sus vecinos la esterilidad de aquella pareja era signo de maldición divina.

Joaquín recibe la visita consoladora de un ángel del cielo, que le dice: *“Joaquín, tus oraciones han sido escuchadas y tus limosnas han subido a la presencia del Señor. He visto tu vergüenza y he oído los reproches de esterilidad que te han hecho sin razón... Te nacerá una hija, a la cual pondrás por nombre María. Desde sus más tiernos años será consagrada al Señor y llena del Espíritu Santo.”* Parecida revelación tiene Ana: *“No temas, Ana, ni imagines que es un fantasma lo que ves. Yo soy el ángel que ha llevado vuestras oraciones y vuestras limosnas a la presencia de Dios, y que ahora ha sido enviado para anunciaros el nacimiento de una hija, que se llamará María y que será bendita entre todas las mujeres. Llena de la gracia del Señor desde el instante de su concepción, permanecerá en la casa paterna durante los tres años de su lactancia. Después, consagrada al servicio del Altísimo, no se apartará del Templo hasta la edad de la discreción. Tu hija, Ana, aun siendo virgen, dará a luz un hijo, y aun siendo sierva, engendrará a su Señor.”* Habiendo recibido ambas revelaciones por separado, Joaquín y Ana corren a la Puerta dorada del Templo para dar gracias a Dios. Y la que llamaban estéril se llenó de hijos.

La tradición dice que Ana tuvo tres hijas y siete nietos. Uno de ellos fue el mismo Jesús y de los seis restantes, cinco fueron luego apóstoles de Jesús.

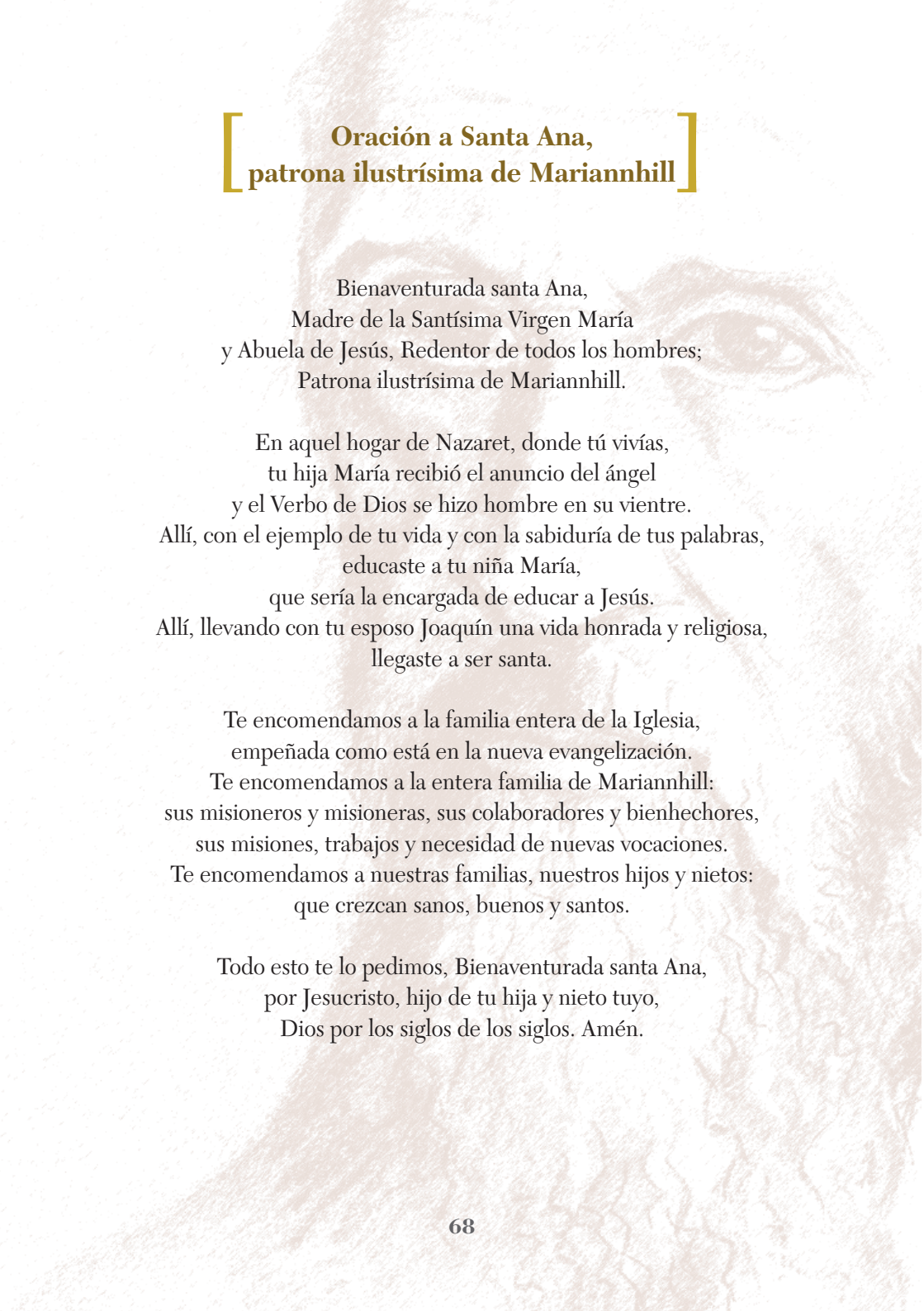
Se casó Ana con Joaquín y engendró a la Virgen María, de la cual nació Jesús. Se casó en segundas nupcias con Cleofás y engendró a otra hija, llamada también María, que fue la madre de tres apóstoles del Señor: Santiago el Menor, Judas Tadeo y Simón el Celotes, y madre también de un tal José, apodado *el piadoso*. Se casó por tercera vez con Salomás y engendró a otra hija, llamada también María, que vino a ser la madre de otros dos apóstoles del Señor: Santiago y Juan, los Zebedeo. Con todo lo dicho, no es de extrañar que la tradición otorgue a santa Ana el título de *Abuela de la Iglesia*.

[EL CULTO A SANTA ANA]



El culto a santa Ana es más antiguo y popular que el culto a san Joaquín. El culto a santa Ana se introdujo en la Iglesia oriental en el siglo VI, cuando hacia el año 550, el día 25 de julio, se le dedicó una basílica en Constantinopla. Y en ese día se celebraba su fiesta en todas las Iglesias del Oriente. Los cruzados trajeron esta fiesta a Occidente en el siglo X, celebrándola el 26 de julio. En el año 1584 la fiesta quedó fijada para toda la Iglesia. El culto a san Joaquín es más reciente. Se introdujo hacia el siglo XVI. La fiesta se celebraba, primero, el 20 de marzo; luego, en 1738, se trasladó al domingo siguiente a la Asunción de la Virgen María; y finalmente el Papa san Pío X la fijó el día siguiente de la Asunción, el 16 de agosto. A raíz de la reforma litúrgica del concilio Vaticano II, y siguiendo una tradición que se encuentra en las liturgias franciscanas, en 1969 se unió la conmemoración de los dos padres de María en una única fiesta, la antigua fiesta de santa Ana, el 26 de julio. Y así ahora celebramos unidos en un mismo día a aquellos que vivieron unidos.

Así elogia san Juan Damasceno a estos santos esposos: *“¡Oh bienaventurados esposos Joaquín y Ana! Toda la creación os está obligada, ya que por vosotros ofreció al Creador el más excelente de todos los dones, a saber, aquella madre casta, la única digna del Creador... Bienaventurada Ana, tú eres conocida por el fruto de tu vientre. Si por los frutos se conoce al árbol, por tu hija sabemos de la nobleza de tu corazón...Niña María, bienaventurado el vientre que te llevó, los brazos que te cogieron y los labios que te besaron”*. [Cf. Sermón 6, sobre la Natividad de la Virgen María, 2.5.6: PG 96,663.667.670]



**Oración a Santa Ana,
patrona ilustrísima de Mariannahill**

Bienaventurada santa Ana,
Madre de la Santísima Virgen María
y Abuela de Jesús, Redentor de todos los hombres;
Patrona ilustrísima de Mariannahill.

En aquel hogar de Nazaret, donde tú vivías,
tu hija María recibió el anuncio del ángel
y el Verbo de Dios se hizo hombre en su vientre.
Allí, con el ejemplo de tu vida y con la sabiduría de tus palabras,
educaste a tu niña María,
que sería la encargada de educar a Jesús.
Allí, llevando con tu esposo Joaquín una vida honrada y religiosa,
llegaste a ser santa.

Te encomendamos a la familia entera de la Iglesia,
empeñada como está en la nueva evangelización.
Te encomendamos a la entera familia de Mariannahill:
sus misioneros y misioneras, sus colaboradores y bienhechores,
sus misiones, trabajos y necesidad de nuevas vocaciones.
Te encomendamos a nuestras familias, nuestros hijos y nietos:
que crezcan sanos, buenos y santos.

Todo esto te lo pedimos, Bienaventurada santa Ana,
por Jesucristo, hijo de tu hija y nieto tuyo,
Dios por los siglos de los siglos. Amén.



LA PROTECCIÓN
DE SAN JOSÉ
SOBRE MARIANNHILL
SEGÚN EL ABAD FRANCISCO



San José, Protector de Mariannahill: Imagen situada en la cara interior del pórtico del Monasterio de Mariannahill en KwaZulu-Natal [Sudáfrica].

[INTRODUCCIÓN]



Podemos decir que Mariannahill –Monasterio trapense fundado en 1882 cerca de la ciudad de Durban [KwaZulu-Natal/Sudáfrica] y hoy Casa Madre de los Misioneros de Mariannahill– no se entiende sin aquél que fue su fundador, el abad Francisco Pfanner. Pero el mismo abad Francisco nos corrige: Mariannahill no se entiende sin san José.

Al fundar el Monasterio de Mariannahill, el abad Francisco se embarcó en una aventura misionera que requería gran cantidad de medios materiales para su ejecución y que precisaba de religiosos santos para poder ser llevada a cabo. Y todo ello con el único fin de acercar la salvación de Cristo a los pueblos africanos del sur del continente. A fin de llevar a buen puerto la nave de Mariannahill, así diseñada, el abad Francisco se buscó como experto marino y práctico a san José. Por ello Mariannahill reconoció desde un principio en san José a su Protector.

Presentamos en este capítulo las líneas básicas de la peculiar visión del abad Francisco sobre san José y sobre la misión de éste en la Historia de la Salvación y en la pequeña historia de Mariannahill.

Se pueden identificar *siete escritos* del abad Francisco en los que trata directamente sobre san José. De ellos *cinco* fueron publicados ya en vida del abad Francisco dentro de una revista, por él iniciada, que se llamaba precisamente “*La hojita de San José*” [Josephblättchen]. Los otros

dos restantes fueron sermones predicados y no publicados. Estos *siete escritos* en cuestión fueron publicados en 1967 en su versión original alemana como parte de la obra *Der Geist des Gründers (I)* del P. Timotheus Kempf CMM, ocupando las páginas 204-228. La traducción inglesa de esta obra fue realizada por la Hna. Adelgisa Herrmann CPS y vio la luz en 1985 con el título: *The Spirit of the Founder (I)*, ocupando dichos escritos las páginas 179-200. Esta versión inglesa es la que se ha seguido en el presente estudio.

El pensamiento del abad Francisco sobre san José, que emerge de estos escritos, puede quedar sistematizado en torno a cuatro afirmaciones. A saber: 1. San José: el primer misionero en África / 2. San José: arquitecto, administrador y financiero / 3. San José: modelo de santidad, maestro espiritual y formador de religiosos / 4. San José: protector en la tierra y guía seguro hacia el cielo.

[1]

SAN JOSÉ: EL PRIMER MISIONERO DE ÁFRICA



El desarrollo de esta intuición se encuentra principalmente en la segunda parte del sermón identificado como *Escrito n° 1*. Recuerda el abad Francisco que en los días de la antigua alianza hubo un José, hijo de Jacob que, vendido a unos nómadas por sus propios hermanos, fue llevado a Egipto y llegó a ser jefe de la Casa del Faraón. Cuando años después se dio a conocer a sus hermanos, les dijo: “*para vuestro bien me ha enviado Dios a Egipto delante de vosotros*”. Estas palabras también las podía repetir con propiedad el mismo san José, pues para bien de la tierra africana y de todos sus moradores llevó al Redentor a un país en el

norte del continente africano. San José llevó al Redentor al país de los gentiles. [Cf. E1, 179]

Dando por probable que pocos eran los medios con los que contaba san José para tal empresa, el abad Francisco afirma a continuación que los trapenses, cuando llegaron a Sudáfrica, aunque poco era lo que tenían, era mucho en comparación con lo poquísimo de lo que, por entonces, disponía san José:

“Podemos suponer con toda probabilidad que ni ha encontrado un establo para refugiarse, sino que tuvo que pasar las noches bajo el cielo raso... Cuando nosotros llegamos a esta parte de África y pudimos ofrecer descanso a nuestros cuerpos fatigados sobre la hierba, cubiertos con mantas y bajo tiendas, ¡qué ricos fuimos en comparación con san José! San José probablemente no tenía una tienda donde protegerse del sol y de la lluvia”. [E1, 181]

Situado en el valle del Nilo, san José no se preocupó únicamente de atender a las necesidades materiales de los tesoros que Dios le había encomendado a su custodia, Jesús y María, también se preocupó de la salvación de la gente que vivía a su alrededor que, atraídos por su lengua extraña y por su indumentaria diferente, se acercaban a Él. A san José:

“No le podía dejar indiferente si los indígenas conocían o no al Dios verdadero y al Salvador recién nacido”. [E1, 181]

Cierto es que san José no viajó predicando, pues no tenía encargo ni tiempo para ello; pero eso no le impedía pedir a Dios que su Reino echara raíces en aquella tierra africana. Cada día haría suyas las palabras del Cántico de Zacarías, pidiendo a Dios que ilumine a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte y guíe sus pasos por el camino de la paz. En este sentido es un consuelo saber que cada cual puede ser misionero, pues con la oración ayuda a conseguir la conversión y la perseverancia en la fe de los gentiles. [Cf. E1, 181-182]

Si lo dicho anteriormente es un consuelo para todo cristiano, dirigiéndose ahora a sus monjes, el abad Francisco añade a continuación:

“Más consolador aún lo es para vosotros, trapenses en África, porque vosotros habéis dejado atrás, igual que José, a vuestros familiares, vuestras posesiones y vuestra patria. Incluso habéis dejado un continente de clima moderado y habéis venido a África, al mismo continente al que vino él, bajo ese mismo sol de justicia con casi idéntica temperatura a la que tuvo que soportar él”. [E1, 182]

Si san José llevó a los paganos al mismo Salvador, los trapenses misioneros de Mariannahill llevaron a Jesús a África ***“construyéndole un templo y un sagrario como tronos suyos”.*** [E1, 182] Y añade el abad Francisco:

“Cuando llegamos aquí, nuestros africanos sabían de san José y del niño Jesús tanto como hace 1800 años los habitantes de Heliópolis en el valle del Nilo. La única diferencia es ésta: San José llevó a Jesús, su luz y su gracia a los africanos en la punta noreste del continente y nosotros a los que viven en estas regiones del sur”. [E1, 182]

Pasa el abad Francisco ahora a poner de relieve otra dimensión de la comparación que está realizando entre la llegada de san José al norte de África y la llegada de los trapenses al sur, señalando que san José:

“No llevó otra cosa que sus pies heridos y su ropa gastada después de tan largo y duro viaje desde el país de los judíos. Vosotros os acordáis muy bien de cómo, después de dos años de luchar contra los espinos y los cactus en nuestro hábitat anterior, estaban vuestros pies heridos y vuestros hábitos hechos jirones”. [E1, 182]

Al recordar todo esto el abad Francisco se llena de gozo pues así Dios va otorgando la victoria a los suyos y quedan descalificados los que creyeron que era una necedad dejar Bosnia para trasladarse a África, primero a Dunbrody y luego a Natal. Y la razón que aporta el Abad es clara y de peso:

“¿Acaso no es cada bautismo de uno de estos nativos que hasta ahora se tenían como cerrados e imposibles de convertir, una victoria del bien e incluso de los trapenses?... De hecho, san José ha demostrado ser no sólo nuestro tutor, sino también nuestro guía misionero. Ha escuchado nuestra oración”. [E1, 182]

Hacia el final del sermón, en el que va desarrollando su intuición sobre san José como el primer misionero en África, el abad Francisco vuelve a hacer referencia a la afirmación del Génesis, citada al inicio del sermón. La confesión que hiciera José ante sus hermanos la pone el Abad en labios de san José y dirigida a los trapenses:

“Por vuestra salvación he sido enviado a África delante de vosotros”. [E1, 182]

Esto significa para el Abad que san José se ha convertido en un modelo misionero para los trapenses:

“... para que de san José aprendáis el celo misionero”. [E1, 182]

Por todo lo dicho el Abad no dudó un momento a la hora de poner toda su actividad misionera bajo el cuidado y protección de san José:

“Por esta razón queremos poner todo lo que tiene que ver con la conversión y la cristianización bajo la protección de san José: las escuelas, el instituto para los chicos y el colegio para las chicas, las chozas para predicar y más adelante la Iglesia para la misión”. [E1, 183]

Y vuelve el Abad a poner en boca de san José las palabras de aquel otro José, hijo de Jacob, para decirles ahora a los africanos:

“Por vuestra salvación, por vuestro bien corporal y espiritual, Dios me ha enviado a vosotros y a África, para que tengáis en mí un padre, un tutor y un protector”. [E1, 183]

Se convierte así san José no sólo en una ayuda para la actividad misionera sino también en parte integrante del contenido mismo del mensaje a difundir con dicha actividad. El misionero ha de confiar en san José y ha de hablar sobre san José.

En otro de sus escritos, identificado como E4, el abad Francisco retoma la intuición, hasta aquí desarrollada, para asegurar que es deseo del mismo san José la evangelización de África y le pide su influencia poderosa por esta causa:

“Estoy convencido de que tiene que ser un ferviente deseo de san José, a quien se considera como patrono de toda la Iglesia, que aquel continente, en el cual él mismo evangelizó durante siete años, reciba por fin la luz del cristianismo... Hemos empezado la letanía a san José precisamente por eso, para que él nos envíe buenos misioneros o candidatos para la Trapa. Y tú, ¡oh san José, haz uso de tu influencia poderosa! ¡Es ahora cuando te necesitamos! Se trata de salvar millones de personas. Se trata de convertir la tierra que un día te dio cobijo. Se trata de demostrar, y de demostrar ante el mundo entero, el gran poder que tienes. Se trata de demostrar que quien se dirija a ti, de ninguna manera quedará defraudado”. [E4, 195]

[2]

SAN JOSÉ: ARQUITECTO, ADMINISTRADOR Y FINANCIERO



Para orientar bien desde un principio este segundo rasgo característico del pensamiento del abad Francisco sobre san José,

podría servir de ayuda la siguiente afirmación, un tanto contundente, del Abad:

“San José era un modesto carpintero en la pequeña ciudad de Nazaret, que le costaba Dios y ayuda procurarse para sí mismo y para su familia lo necesario para vivir”. [E7, 199]

Y junto a esta afirmación, la constatación de un hecho, según el cual el abad Francisco y sus monjes trapenses experimentaron de continuo, que en la solución de los múltiples problemas y necesidades materiales que entrañaba la empresa monástica y misionera de Mariannahill, la mano de san José siempre andaba cerca.

Para el abad Francisco y para sus monjes la confianza en la Providencia de Dios pasaba por la mediación concreta de san José. Con el fin de mantener pujante esta confianza entre sus monjes, el abad Francisco les recuerda cómo el José del Antiguo Testamento fue llevado a Egipto para que, pasado el tiempo, fuera la salvación de sus hermanos en necesidad. Y de aquel recuerdo el abad Francisco pasa a poner en labios de san José esta afirmación:

“Por vuestra salvación me he adelantado a vosotros para llegar a África con el fin de cuidaros”. [E1, 182]

Y continúa el Abad, dirigiéndose a sus monjes, afirmando que san José llegó primero a África...

“...para que en África no muráis de hambre, sino que encontréis en José, que sabe lo que es pasar necesidad en África, a un auténtico padre y tutor”. [E1, 182]

Conviene destacar el modo concreto en que el Abad va exponiendo y desarrollando su pensamiento acerca de san José en cuanto arquitecto, administrador y financiero. El Abad, a la par que expone doctrina, va haciendo aplicaciones prácticas de la misma a la situación concreta de la vida monástica y del trabajo misionero. Se podría afirmar que su pensamiento al respecto es eminentemente práctico.

Dos son los lugares principales donde puede ser encontrado dicho pensamiento: en la primera parte del sermón que hemos llamado *Escrito n°1* y en el artículo que hemos identificado como *Escrito n°4*.

2.1. San José, varón trabajador y sencillo, recuerda a los trapenses la ley severa del trabajo y la obligación de llevar una vida sencilla. [Cf. E1, 179 – 180]

Si Dios quiso que san José fuera cabeza de la Familia de Nazaret, no podemos imaginarnos que fuera un padre despótico sino bondadoso, atento más a sus obligaciones que a sus derechos:

“Se consideraba en la obligación de alimentar, vestir y procurar un techo a su Santo Hijo adoptivo y a su Madre”. [E1, 179]

Y ¿qué medios utilizó para ello? Trabajar como carpintero. Su pobreza no le permitía tener tierras que labrar. Su carácter reservado le impedía meterse en negocios que necesariamente requieren tratar frecuentemente con la gente. Su rectitud le llevó a preferir el duro trabajo manual al ejercicio de la mendicidad. Si hubiera tenido que mendigar, no se hubiera avergonzado ni negado a ello, aunque eso le hubiera causado burlas, pues sería una afrenta para uno que tenía sangre real en sus venas. [Cf. E1, 179] Y concluye el Abad:

“Hay que suponer, y por tanto debemos creer firmemente, que san José se ha defendido contra el hambre, la desnudez y la necesidad, exclusivamente con el trabajo de sus manos. ¡Qué instructivo resulta esto para la clase trabajadora y, por tanto también, para los mismos trapenses!” [E1, 180]

De lo dicho se sigue que tuvo que ser bien sencilla la manera de vivir de san José. Sencilla debió de ser su casa y, por necesidad, todo lo

que en ella había. Nada superfluo o de lujo en ella se encontraba. Y apunta el Abad:

“Su conciencia no le hubiera permitido sustraérsele a los pobres. ¡Qué enseñanza para todos los obreros, los amos y los trapenses!”. [E1, 180]

Por ello cuando la necesidad llame a la puerta hay que acudir a san José:

“Él sabe mejor que nadie lo que significa ganarse la vida, alimentar una familia y sostenerla de acuerdo con su clase social, hasta en los días de la vejez, cuando a los brazos les faltan las fuerzas”. [E1, 180]

Y además, por otro lado,

“¿Cuándo por fin entenderá el mundo que tiene que volver a llevar una vida más sencilla, si quiere esperar la llegada de tiempos mejores?” [E1, 180]

Estos tiempos, recuerda el Abad, no llegarán si no se ponen los medios adecuados para ello. La gente enloquece porque esos tiempos no llegan y no llegan porque no se quiere llevar una vida sencilla y austera.

Si los trapenses se fijan con atención en san José verán que, junto a los oficios que realizan, pueden todavía trabajar la tierra e incluso mendigar recogiendo limosnas. Y aprovecha el Abad para decir a sus monjes:

“Por cierto, a nuestro Hermano limosnero le cierran muchas veces las puertas con gesto hostil y cada día tiene que experimentar en propia carne que es más agradable dar que recibir”. [E1, 180]

Pero en honor a la verdad, el Abad reconoce también que es cierto:

“...que por otra parte se lo recompensa gente buena y amable que le reciben de todo corazón y le dan todo tipo de ayuda y de apoyo. ¡Cuántos buenos cristianos sigue habiendo que gustosamente aportan su céntimo en favor de nuestra misión y se consideran dichosos porque ponen en nuestras manos sus limosnas!” [E1, 180]

Práctico como era el abad Francisco en la solución de los mil problemas materiales con los que cada día se encontraba, no dudó en poner en relación a san José con los bienhechores de Mariannahill, al afirmar:

“Esperemos que san José mueva en Alemania muchos corazones, para que proporcionen a nuestros indígenas vestido y una casa digna y el aprendizaje de los oficios manuales, especialmente el de carpintero, que tanto amaba san José, haciendo por ellos lo que ellos no pueden hacer por sí mismos, debido a su necesidad e ignorancia”. [E1, 183]

Ahora bien, el Abad sabía que Mariannahill tenía contraída una deuda con sus bienhechores, cauces por donde llegaba la ayuda de san José, al manifestar con corazón agradecido:

“Por eso seguimos ofreciéndole a Dios gozosamente nuestras penitencias y rezando a diario nuestras oraciones y misas por nuestros bienhechores y amigos. Porque gracias a sus limosnas podemos alimentar a nuestros sesenta niños y dar vestido a innumerables personas que andan desnudas, lo que es casi imprescindible para llegar a ser cristiano”. [E1, 180]

2.2. Relato de algunos casos concretos, donde el abad Francisco afirma haber experimentado la ayuda cierta de san José [Cf. E4, 191 – 195]

Escribiendo a sus bienhechores, en el n°1 de la llamada *Hojita de san José*, correspondiente a marzo de 1887, el abad Francisco relata su proyecto de construir una iglesia católica y otras dependencias en la villa de Pinetown y confiesa la ayuda que, en concreto, le ha pedido a san José.

Comienza el Abad su relato constatando el hecho de que en Pinetown hace falta una iglesia católica para que pueda haber vida católica:

“Hasta el momento, el apeadero de Pinetown con su núcleo urbano cuenta con templos pertenecientes a varias iglesias y sectas; incluso hay una logia masónica recién fundada. Pero allí no hay un templo católico, ni un cementerio católico, ni un sacerdote católico que resida. En fin, que Pinetown no tiene nada de lo que los católicos valoran mientras viven o cuando llega la hora de la muerte. Dado que los trapenses tenemos que ir frecuentemente a Pinetown por diversos motivos, al menos una vez al día a buscar el correo, me he dicho a mí mismo: ¿Por qué la única Iglesia verdadera no va a poder tener aquí una representación y por qué va a tener que estar en la cola de la fila? ¿Por qué los niños católicos tienen que ir a las escuelas protestantes? ¿Por qué los cuerpos de los católicos tienen que descansar en cementerios protestantes? ¿Y por qué no se le va a reservar a nuestro querido Señor Jesús en esa hermosa villa de Pinetown un pequeño lugar, aunque no sea más grande del que tenía en Belén? ¿Por qué no nos vamos a esforzar un poco y mandar allí a diario un sacerdote para celebrar el Santo Sacrificio? Y dado que no sé dónde emplear las muchas hermanas misioneras que tengo, ¿no sería bueno que allí vivieran algunas de ellas, llevando una escuela y visitando a los enfermos, tanto católicos como protestantes, y así fomentasen la vida católica?” [E4, 191]

Realizada la constatación, el Abad tiene prisa en responder a la cadena de interrogantes que ha planteado y decide hacer algo. San José es requerido para que venga en ayuda de la empresa ideada. Y continúa el Abad su relato:

“Nada más hacerme estas preguntas, me fui a ver un terreno situado cerca de la estación de ferrocarril que pudiera ser comprado. Lo demás lo dejo en manos de san José. Por ello durante este mes de marzo nos hemos hecho el propósito de elevar nuestras súplicas de manera especial a san José. Triple es la petición que le hacemos: que san José nos ponga en contacto con una persona que nos pague el terreno –unas 75 libras esterlinas–; que nos ponga en contacto con otra persona que nos pague los gastos de la construcción de la iglesia –unas 190 libras esterlinas– y con una tercera que nos pague la escuela y el convento para las Hermanas –unas 360 libras esterlinas–. La escuela la vamos a dedicar a santa Escolástica, hermana de san Benito, y la iglesia la dedicaremos a san Antonio, que combatió el paganismo en el otro extremo de África”. [E4, 191]

En el mismo escrito, al que estamos aludiendo, el Abad nos cuenta otro caso concreto de urgente necesidad y cómo acude a san José solicitando su valiosísima ayuda. En esta ocasión el hecho también tiene que ver con la fundación de una nueva misión. Cuenta el Abad:

“Desde que se fundó la misión de Reichenau en las orillas del río Polela venimos haciendo la siguiente experiencia: cuando nuestro carro, tirado por 18 bueyes, transporta cargas desde Mariannahill a Reichenau, invierte normalmente de 10 a 12 días. Con un buen caballo se hace el viaje en 2 días, pues la distancia son 125 millas inglesas, lo que significa unas 42 horas de viaje. Por todo lo dicho nos conviene tener a mitad del trayecto otra estación misionera donde nuestros Hermanos y Padres puedan pernoctar, recuperar fuerzas y secar su ropa cuando lleguen calados hasta los huesos debido a las fuertes lluvias. Otra razón para construir esta misión es que hay mucha población africana en todo el recorrido. Por todo ello nos hemos decidido a comprar un pequeño terreno cerca de la Villa de Richmond, que dista del Monasterio unas 9 horas a caballo y camino ya del río Polela, para fundar en ese lugar un convento para las Hermanas. Mientras dá-

bamos vueltas al asunto, se presentó un señor que precisamente en aquel lugar deseaba vender su propiedad. En honor a la verdad hay que decir que el terreno no es muy grande, a lo sumo 22 yugadas austriacas, equivalentes a 80 fanegas prusianas, pero tiene muchos edificios y extensas huertas con gran variedad de frutales como manzanos, perales, cerezos, ciruelos, etc. Como la propiedad se encuentra a una considerable altitud, no sólo crecen allí toda clase de frutales europeos, sino que se dan ricas patatas harinosas, sin las cuales, los alemanes, sencillamente no pueden vivir. También se dan allí diferentes clases de cereales. Los edificios son tantos que para levantar una misión y una escuela son suficientes. Las Hermanas no necesitan más que instalarse. No tardamos en llegar a un acuerdo con el propietario de este hermoso terreno, dado que él no tiene herederos y prefiere especular donde las minas de oro”. [E4, 192-193]

Descrita la necesidad, el Abad pide que intervenga san José para que el proyecto pueda seguir adelante:

“Y claro que ahora necesito de nuevo a san José para que me lo pague. ¿A quién le pondrá en el corazón la sugerencia de pagarnos las 800 libras esterlinas que necesitamos? A esta nueva misión la llamaremos «Einsiedeln», con la esperanza de que, desde este lugar, la cultura y el cristianismo se extiendan tan rápidamente como se extendieron por las regiones montañosas de Suiza desde el mundialmente famoso monasterio de Einsiedeln. Tal vez haya entre los innumerables peregrinos de Einsiedeln alguno que, para agradecer gracias y favores recibidos, se sienta animado a fundar un nuevo Einsiedeln en las montañas del Natal”. [E4, 193]

Es quizá hacia el final del escrito que estamos comentando, donde el abad Francisco nos describe con viveza de trazos su peculiar visión acerca de san José como arquitecto, administrador y financiero:

“Ciertamente no es poco lo que le pido a san José... Tal vez haya quien diga que pedir tanto dinero a través de la Hojita de san José es una exageración por parte del P. Francisco. Debe creer que es el único en el mundo que necesita dinero o que sólo hay que pensar en sus Zulúes. Todo esto suena descarado. Pues mirad, yo no tengo reparo alguno en dejarme llamar descarado. Y es que los muchos años de experiencia me han llevado a tener una fe ciega en san José y a esperar todo de él. Son ya 19 años los que llevo haciendo los mejores negocios con el carpintero de Nazaret. Desde hace 19 años comienzo edificaciones nuevas sin tener un céntimo en el bolsillo. Una vez comenzada la obra, me dirijo a este maravilloso arquitecto para que me construya el edificio, sea grande o pequeño; o al menos me preste el dinero a través de sus amigos y clientes, libre de intereses, para devolvérselo en el día del último juicio. Por eso los nombres de muchas personalidades figuran en nuestro libro mayor, aunque no tengan cartilla de intereses. En su lugar todos ellos pueden recoger sus intereses de manos de un personaje mucho más rico e importante que el P. Francisco, a saber, de manos del inagotable José de Nazaret”. [E4, 193-194]

[3]

SAN JOSÉ: MODELO DE SANTIDAD, MAESTRO ESPIRITUAL Y FORMADOR DE RELIGIOSOS



El tercer rasgo más característico del pensamiento del abad Francisco sobre san José no se centra tanto en lo que san José hace

por los demás, sino en cómo fue y cómo vivió; y en lo que de ello se desprende en lo que se refiere a enseñanzas prácticas. En este sentido el Abad está convencido de que la vida espiritual y religiosa de sus monjes tendrá el vigor deseado en la medida en que los monjes miren a san José como modelo de santidad, como maestro de vida interior y como su más experimentado formador.

3.1. San José, el varón justo

Su condición humilde y el hecho de tener que trabajar no fueron impedimento para que san José alcanzara un alto grado de santidad al vivir la justicia del Reino de los cielos, pues

“...aunque estaba muy ocupado con su trabajo, su corazón conversaba continuamente con Dios en la oración y en la santa meditación”. [E7, 199]

Además:

“Todo su hacer, todo su ir y venir, todos sus esfuerzos y trabajos estaban orientados por una recta intención. Por eso san José progresaba diariamente de virtud en virtud y subía los pedáneos de una gran santidad”. [E7, 199]

De todo ello el Aabad desprende una enseñanza práctica para sus monjes, cuya vida está reglada por la máxima benedictina *Ora et Labora*. Afirma:

“¡Qué gran ejemplo nos da san José! Hay quien piensa que por sus muchas preocupaciones, tareas y trabajos no puede rezar ni progresar en la vida espiritual... San José tenía todos los días muchas preocupaciones porque tenía que alimentar a su familia y, sin embargo, fue un hombre de grandísima vida interior, porque hizo lo uno y no descuidó lo otro”. [E7, 200]

San José se hizo santo precisamente en la realización de su trabajo, nada brillante ni extraordinario. Lo cual es señal de que cualquier trabajo, realizado con buena y recta intención, vale a los ojos de Dios. Al respecto enseña el abad Francisco:

“San José tampoco tenía mucho tiempo para ir y arrodillarse y rezar en la sinagoga, pues desde muy temprano hasta muy tarde tenía que ganar el pan con el sudor de su frente para sí y su familia. De ello debemos aprender que no sólo la oración, sino también cualquier esfuerzo y trabajo, sea grande o pequeño, si se hace con diligencia, en obediencia y con buena intención, también es oración y con toda seguridad tendrá su paga”. [E7, 200]

El sermón de donde están tomadas todas estas ideas, predicado en la misión de Emaús el 19 de marzo de 1898, concluye volviendo a recordar que oración y trabajo no se han de contraponer, pues en san José han alcanzado una superación ideal:

“Siguiendo el ejemplo de san José, debemos hacer lo uno sin descuidar lo otro, es decir, compaginar el trabajo con la oración y andar continuamente en la presencia de Dios”. [E7, 200]

En otro sermón predicado justo dos años antes, en 1896, el Abad se fija en san José como modelo de santidad poniendo de relieve la manera en la que vivió la virtud de la modestia. Él, que fue predestinado desde toda la eternidad a ser el educador del Verbo Encarnado, fue un hombre modesto:

“Es ésta una virtud que en san José llama poderosamente la atención, pues cualquier cuadro o escultura de san José, si está bien realizado, nunca nos lo presenta de otra manera que como un hombre modesto”. [E6, 198]

Según el Abad, la modestia de san José se prueba de varias maneras. En primer lugar porque:

“Nadie le conocía ni sabía de él”. [E6, 198]

Al respecto, recuerda aquí el Abad la conocida leyenda según la cual vendría a ser esposo y protector de María aquel joven cuyo cayado floreciera:

“Y ¡mirad el milagro!, el cayado del carpintero pobre de Nazaret, que vivía olvidado y escondido, comienza a reverdecer y a florecer”. [E6, 198]

En segundo lugar porque se comportó siempre así, de ahí que en el Evangelio más le veamos...

“...como el servidor de María y del niño Jesús que como su amo y su señor”. [E6, 198]

Así cuando viaja de Nazaret a Belén y cuando busca en balde alojamiento para María, que va a dar a luz, san José se nos muestra como un lacayo de María. Cuando en la noche de Navidad se acercan los pastores al establo, san José...

“...se mantuvo callado y en un segundo plano. Sólo vemos a María, ocupada con el pequeño Jesús”. [E6, 198]

De igual manera cuando llegaron los sabios de Oriente:

“Nunca oímos que san José hubiera presumido de su condición de descendiente de la casa real de David o de ser padre de Jesucristo”. [E6, 198]

Cuando llegó el día de la presentación de Jesús en el templo, nos podemos imaginar a san José sirviendo a la Madre y al Niño. Y cuando el Niño se quedó en Jerusalén y fue encontrado después de tres días de intensa y angustiada búsqueda:

“Nunca oímos de la boca de san José un reproche o una reprimenda”. [E6, 199]

En tercer lugar la falta de noticias acerca de la muerte de san José es otra prueba más de su modestia. Dice al respecto el Abad:

“No sabemos cuándo murió san José, lo que de nuevo nos demuestra su vida modesta y escondida”. [E6, 199]

Advierte el Abad que la modestia de san José fue genuina virtud. Hay personas que practican la modestia, pero movidas únicamente por razones de educación o urbanidad:

“En estas personas, con frecuencia, tal comportamiento no es virtud sino una habilidad aprendida”. [E6, 199]

Según el Abad la modestia de san José...

“...fue el fruto de una grandísima humildad. Se mantenía siempre en un segundo plano porque no se tenía por digno de ejercer un oficio tan alto”. [E6, 199]

Queda aquí apuntada la otra gran virtud de san José, que da entidad a su condición de varón justo y santo.

En un artículo que publicó el Abad en 1887 y que hemos identificado como *Escrito n°3*, nos presenta a san José viviendo la virtud de la humildad. Comienza el Abad indicando:

“Cuando la Sagrada Escritura le da a san José el título honorífico de «justo», quiere con ello adornarle con todas las cualidades buenas y hermosas imaginables. Toda esta hermosura de san José la quiero resumir en dos breves afirmaciones: San José era grande; san José era pequeño. Precisamente porque era tan pequeño se hizo tan grande”. [E3, 188]

Aquella palabra del Magnificat, según la cual el Señor ensalzó a los humildes, se cumplió en María y luego en el justo José, quien vino a ser grande porque:

“Dios le encargó los oficios más importantes”. [E3, 188]

A los siervos de los reyes se les llama ministros por la importancia de sus funciones. Y san José fue ministro en aquella corte del joven Rey porque tuvo encomendados servicios muy importantes y difíciles.

Fue:

“Ministro del Interior porque tenía que organizar todo lo que ocurría dentro de aquella corte”. [E3, 188]

También fue:

“Ministro de Asuntos Exteriores porque tenía que tratar con los de fuera y proveer a la casa de lo necesario”. [E3, 188]

Hubiera sido Ministro de Finanzas...

“...si en la corte real del Hijo de Dios en Belén y en Nazaret hubiera habido algo que administrar... Puesto que él era un siervo fiel y prudente”. [E3, 188]

Fue incluso Embajador:

“Cuando se le encargó proteger al joven y débil Rey en su huida a Egipto”. [E3, 188]

Fue además Jefe de Policía porque...

“...tenía que proteger... la vida tan preciosa del joven Rey”.
[E3, 188]

Y termina el Abad la enumeración de todos estos servicios tan importantes que tuvo que realizar san José indicando que:

“Todas estas cosas importantes y difíciles las tenía que ejecutar él solo y, además, para el Rey más grande que jamás ha aparecido entre los mortales”. [E3, 188]

Más aún:

“Dios también le dio aquellos cargos que exigen una gran confianza. José no fue sólo el ministro más importante, también fue elegido como el servidor de mayor confianza del Rey..., el propio servidor personal del Niño Jesús, digamos su camarlengo. Era el mayordomo inmediato del recién nacido Rey. Servicios, que en las cortes reales sólo ejercen servidores de mucha confianza, eran los que realizaba José con respecto a Jesús”. [E3, 188]

Y de todo este repaso, el abad Francisco concluye que Dios dio cumplimiento a las palabras del Magnificat también en el caso de san José, a quien Dios mismo exaltó dándole tantas responsabilidades. Algo así como si el emperador de Alemania abdicara en su hijo y no le diera ninguno de los que le sirven:

“Sino que llama a un hombre de provincias, de un pueblo humilde y hasta despreciado, y además un hombre de clase social baja, de familia trabajadora con callos en las manos. Y a éste le da todos estos cargos y le encarga tanto de lo importante como de lo ordinario... Así lo hizo el Padre Celestial con José”. [E3, 189]

Ahora bien, si todas estas cosas grandes hizo Dios con san José, fue porque san José era humilde y sencillo. Lo fue antes de que Dios lo ensalzara y lo siguió siendo después. Como lo hiciera anteriormente hablando de la modestia de san José, recorre de nuevo el Abad la vida de san José destacando ahora su humildad.

Humilde José en Belén:

“Cuando los pastores entraron en el establo, no encontraron a José como uno que ordena y manda, en el primer puesto, sino al lado del burro y del buey, como si él mismo quisiera meterse en un rincón. No quiere hacerse importante. Se hace pequeño”. [E3, 189]

Humilde José en Jerusalén:

“Cuando luego llega el tiempo de subir al templo; cuando María presenta al Niño a los sacerdotes; cuando tratan con el anciano Simeón y la profetisa Ana, entonces José aparece totalmente en un segundo plano como si no contara, como suele comportarse la gente humilde cuando se encuentra con un personaje importante”. [E3, 189]

Humilde José en Egipto:

“José viaja estrictamente de incógnito, por eso le dejan pasar sin dificultad por todas partes”. [E3, 189]

Si un poderoso viaja de incógnito, debido al séquito que le acompaña, en seguida da a entender que es alguien importante. Él era a la vez cocinero, lacayo, mulero.

“José, este gran hombre, hace él mismo de mulero al igual que de intermediario”. [E3, 190]

Humilde en Nazaret:

“Poco o nada pinta allí porque, a los ojos de sus vecinos aparece tan insignificante, tan humilde que, cuando luego, pasado el tiempo, la gente comenta las peripecias de Jesús, concluyen que

no puede ser grande dado que es el hijo del carpintero José. Pronto José desaparecerá del todo, sin que nadie se dé cuenta. Se hace tan pequeño que ya nadie lo ve". [E3, 190]

Esta humildad de José, afanosamente buscada, fue grata sobremano a los ojos de Dios. Y Dios ensalzó a José, no sólo encargándole el cuidado de Jesús y María sino también la protección de la Iglesia, que es la obra de Jesús. Afirma el Abad:

“Y como san José es el único entre los santos que cerca de Jesús ha desempeñado todos los cargos de confianza, así ninguno de ellos ejerce un patrocinio tan universal como san José. La Santa Madre Iglesia le ha nombrado patrono y protector suyo... Ahora bien, José no nació ya como tal patrono, sino tuvo que merecerlo y llegar a serlo... José, el patrono de la Santa Iglesia y protector del Niño Jesús, sólo hay uno. Y vino a serlo. Tan grande llegó a ser porque antes se había hecho tan pequeño”. [E3, 190]

En otro de sus sermones el Abad también nos presenta a san José como protector de la Iglesia, indicando que en toda obra de envergadura ha de buscarse un protector que, por su importancia e influencia, sea capaz de ofrecer protección:

“Cuanto más grande es la obra, tanto mayor el honor para aquel que es elegido como protector. Ahora bien, san José ha sido nombrado y elegido como protector y patrono de toda la Santa Iglesia. Nuestra Santa Madre la Iglesia es la obra más grande que jamás se haya fundado sobre la tierra. Este dato nos basta para comprender lo grande que tiene que ser san José. Por eso también la Iglesia considera que bien se merece un mes entero de veneración. Y también por eso en las letanías le damos los nombres más gloriosos y nobles”. [E2, 183]

Práctico como era en todo el abad Francisco termina el sermón dando un toque de atención a nuestra soberbia:

“Y nosotros, gusanos, queremos brillar como luciérnagas. Donde hay un sillón un poco más alto allí hay diez que lo quieren ocupar. Cada uno quiere llevar la batuta. ¡Sólo se quiere estar en primera fila, llamar la atención, ser visto, impresionar!”.
[E3, 190]

3.2. San José, maestro espiritual

Una de las ocupaciones centrales de la vida de un monje gira en torno a la conversión del propio corazón. El monje vive atento a la acción de Dios en su mundo interior. La vida espiritual debe ordenar la actividad del monje. El abad Francisco está convencido que para lograr este objetivo los monjes deben mirar a san José, experimentado maestro de cosas y asuntos espirituales. Trata el abad Francisco de ello en el sermón que predicó el 19 de marzo de 1886 y lo hace desde una perspectiva que le es propia al monje trapense: el silencio. Este sermón, identificado como *Escrito n°2*, gira en torno al silencio de san José.

Comienza el Abad el sermón indicando un hecho y haciendo una invitación:

“Pues también el hecho de que fue un hombre callado ha aportado no poco a su grandeza y a su santidad. Reflexionemos sobre su silencio. En él hay mucha virtud admirable”. [E2, 183]

Pasa a realizar un nuevo recorrido por la vida de san José descubriendo que la tónica que informó todos los hitos que jalonaron su existencia fue el silencio. Así:

“Cuando san José descubrió que su novia, la Virgen María, estaba encinta, quiso despedirla en silencio; y cuando el ángel le había informado del misterio de su grandeza, la recibió en su casa en silencio”. [E2, 183]

Y por vía de contraste recuerda el Abad que en el mundo cualquier hecho inexplicable levanta curiosidad; sirve para ser hablado y comentado, rodeándolo de todo tipo de sospechas y conjeturas que dicen explicarlo. Y...

“...cuando llegó la orden tajante del emperador Augusto de empadronarse cada cual en su ciudad, José aceptó en silencio la orden y fue a Belén junto con María. ¡Cuántos motivos hubiera tenido para hablar, para excusarse, para criticar, para quejarse de la dureza de la orden! Sin embargo José guarda silencio. Hoy día esta manera de guardar silencio se ha perdido por completo... Todos quieren hablar y nadie callar”. [E2, 184]

Y el silencio de José se vuelve heroico y a la par contemplativo en la noche de la primera Navidad:

“Luego, cuando llegaron a Belén, se les cerraron todas las puertas... Pero a José no se le oye quejarse, aunque no encuentre alojamiento para su compañera debilitada. En silencio sigue su camino hasta que encuentra en un establo, fuera de la ciudad, cobijo ante la inclemencia del tiempo y un poco de paja. José guarda silencio y no se queja ni de la providencia divina, ni de las órdenes del gobierno, ni de la falta de hospitalidad de personas que, en tiempos pasados, fueron amigas. Él guarda silencio. Y cuando luego, en este lugar, María acuesta a su primogénito sobre la paja, José se arrodilla en asombrada y silenciosa adoración”. [E2, 184]

Cuando los ángeles cantando rodearon el establo; cuando en él entraron los pastores; cuando después llegaron los sabios del Oriente:

“Entonces, según criterios humanos, hubiera llegado ciertamente el momento para que José rompiera su silencio; abriera la boca y les contara a los visitantes todo acerca de María y de sí

mismo. Pero no. José guarda silencio. «Et silui a bonis» (Incluso lo bueno me lo callaba). Ahora hubiera llegado para José el momento de hacerse notar, para causar impresión y salir del anonimato. Le hubiera bastado señalar ante la ciudadanía de Belén a los nobles visitantes que se habían dignado visitar a su familia. Pero no. José guarda silencio. No abandona el establo. Él persevera en su adoración silenciosa. Y la historia demuestra que el silencio de san José fue lo más acertado, tanto para su propia virtud como para la seguridad del Niño». [E2, 184-185]

Y saca enseguida el Abad una conclusión práctica de la conducta contraria:

“¡Con cuánta frecuencia las almas reciben de Dios grandes gracias escondidas, pero las pierden todas por su vanidosa locuacidad y su locuaz vanidad”. [E2, 185]

En el momento de la Presentación en el templo, cuando las canas de Simeón y de Ana gozaron con la visión del Niño Divino y alabaron a Dios podríamos creer que:

“Había llegado para José el momento de abrirse paso y presentarse como el feliz padre legal del Niño. Pero no. José está allí y calla. No se comporta como protagonista sino más bien como uno de los últimos siervos en el cortejo de su Señor, como si fuera sólo un servidor de la Madre del Niño. En el magnífico y grandioso templo lo mismo que en el establo, José se mantiene en un segundo plano y en silencio, teniéndose por indigno de estar tan cerca de Jesús y de María”. [E2, 185]

Y qué elocuente se torna el silencio de José durante los sucesos de la huida a Egipto y de su regreso a Nazaret. Afirma el Abad:

“Su silencio suscita, sin embargo, nuestra mayor admiración en aquella noche en la que el ángel le urge a huir a Egipto.

Ninguna palabra de duda, de temor o de queja sale de su boca. Ninguna excusa por ser de noche, por su desconocimiento del camino o del terreno; ninguna objeción debido a los medios de transporte, del animal de carga o por los posibles problemas de hospedaje o en el trato con la gente. Él guarda silencio. En silencio toma su manto, su mula; coloca en ella a la Madre y al Niño; se encomienda a la protección de Dios y en silencio se pone en camino en dirección a Egipto. E igualmente, cuando el ángel le avisa, se vuelve en silencio a Israel, a Galilea. Podría haber formulado muchas preguntas; podría incluso haberse quejado de tener que ejecutar esa orden en tales circunstancias”. [E2, 185]

Y saca enseguida el Abad una aplicación práctica para la vida religiosa de los trapenses:

“¿Recibe un trapense órdenes más difíciles que las que recibió José? Aceptar tales órdenes en silencio, eso, sin embargo, es lo que caracteriza al buen trapense. Murmurar y quejarse, eso lo sabe hacer cualquier vieja, pero guardar silencio y cumplir es lo propio de un trapense callado”. [E2, 185]

Pero hay otros silencios en la vida de san José, donde humanamente hablando hubiéramos esperado una palabra, pero resuena el silencio con mayor fuerza y elocuencia que cualquier palabra. Así:

“Si no sabemos nada de toda la vida escondida de la Sagrada Familia durante su estancia en Egipto y más tarde en Nazaret antes y después de su peregrinación pascual a Jerusalén, se debe con toda probabilidad al hecho de que en todo ese tiempo José cuidaba el silencio y prefería esconderse antes que hacerse notar por sus discursos, visitas y conversaciones con el mundo exterior. ¡Cuántas virtudes esconde su silencio!” [E2, 185]

Y continúa el abad Francisco:

“Sólo en una ocasión estuvo a punto de abrir la boca. Fue cuando su hijo de doce años le había dejado y se vio obligado a buscarle. Pero también entonces juzgó mejor guardar silencio y dejó a su Madre para que le preguntara: «Hijo, ¿por qué nos has hecho ésto?» Precisamente cuando las circunstancias se vuelven tristes nos sentimos inclinados a quejarnos y lanzar reproches. José, sin embargo, al encontrar al Niño, sigue ecuánime y en silencio”. [E2, 185-186]

Más aún:

“De hecho, ¡cuántas cosas interesantes nos podría haber contado José de la niñez de Jesús en Egipto! Incluso podría haber sido un evangelista de la juventud de Jesús, pero prefirió cumplir las palabras del salmista: «Incluso lo bueno me lo callé». ¡Cuántas virtudes heroicas encierra esta actitud! Con todo derecho podría haberse mostrado al mundo como el único protector y salvador del Niño Jesús. ¡Qué honor!... Pero José no habló para nada de sí mismo. ¡Qué humildad!” [E2, 186]

Y todavía el Abad destaca otra circunstancia más donde el silencio de san José adquiere especial elocuencia. Dice el Abad:

“Otro honor ante los hombres es ser víctima de la injusticia; ser mártir de la propia fidelidad. Lo único que José hubiera tenido que hacer para ser admirado hubiera sido publicar las persecuciones que había sufrido y las dificultades que había pasado; pero él prefirió mantenerse en silencio”. [E2, 186]

Una vez que el abad Francisco ha terminado el recorrido que ha hecho por la vida de san José poniendo de relieve su silencio pasa ahora a exponer alguna aplicación práctica o lección que de dicho silencio se puede sacar o aprender. Dice el Abad:

“Por eso te digo a ti, cristiano, que si quieres ser grande como José, entonces guarda silencio como él lo hizo. No trates de ser grande y no te quejes, cuando sobre tus hombros notes una cruz grande y pesada. Entonces no te aproximes al mundo para mendigar consuelo, sino mantente en silencio, en un profundo silencio, y si tienes en tu habitación una guitarra o una cítara o tal vez un piano de cola, te aconsejo que te pongas a cantar y a tocar aquella hermosa canción que dice: «Silencio, silencio, silencio y paz. Que siempre se cumpla tu divina voluntad»”. [E2, 186]

Otra lección que del silencio de san José se puede extraer es la ecuanimidad y el desprecio de lo terrenal:

“Cuando José recibió la orden de huir a Egipto, no se preguntó primero lo que ocurriría con su casita de Nazaret; tampoco pudo encargarse de su cuidado a un buen amigo por telegrama. Callado y silencioso, puso todo eso y cuanto tenía en las manos de Dios”. [E2, 186]

Y añade el Abad:

“¡Qué preocupado se muestra un novicio de mentalidad aún mundana por un par de trajes que ha traído al convento! Está preocupado de que no estén lo suficientemente planchados en el caso de que tenga que regresar a la patria”. [E2, 186]

Y como recapitulando todo lo que se puede aprender del silencio de san José, el Abad invita a descubrir en la propia vida el valor del silencio como clave para llevar una vida virtuosa:

“¡Oh, si sólo aprendiéramos a guardar silencio como José! Ser capaz de ese silencio es tanto como ser santo. En este sentido es un gran elogio si se oye decir: Éste es un Padre silencioso o éste es un Hermano callado. Un religioso que guarda silencio, se-

guro que es humilde y paciente. No hiere ni ofende a nadie y no se queja de nada. Y también es verdad lo contrario: quien habla mucho, quien es locuaz, o habla mucho de sí mismo y de sus buenas cualidades, reales o inventadas, suele con frecuencia hablar de los otros o contra los otros o quejarse de muchas cosas. Para guardar silencio es preciso ser virtuoso”. [E2, 187]

Realizado el elogio de san José como varón silencioso y habiendo animado a vivir el silencio, como condición previa para llevar una vida espiritual y virtuosa pujante, el Abad advierte que hay ciertos silencios que no son virtuosos:

“Hay, sin embargo, una clase de silencio que es sospechoso; a saber, cuando uno guarda silencio por ira o susceptibilidad. Los franceses y las serpientes, cuando se enfadan, silban. Los susceptibles se vuelven taciturnos. Éste es el silencio más peligroso, porque estas aguas taciturnas penetran profundamente en la tierra hasta socavar casas enteras. Estas personas hacen imposible la convivencia pacífica tanto en el convento como en el mundo”. [E2, 187]

Menciona el Abad otra clase de silencio no virtuoso:

“Luego hay todavía otra clase de personas calladas que son aquellas que guardan silencio cuando entran en compañía. Y lo hacen para que nadie note su ignorancia; es decir, por falta de humildad”. [E2, 187]

Finaliza el Abad su sermón apelando una vez más al silencio de san José, como el verdadero y genuino silencio:

“El único y verdadero silencio nos lo enseña san José. Y este silencio le ha engrandecido. ¡Ojalá todos los hombres aprendiesen de él! Por un lado nosotros, pues seríamos entonces auténticos

trapenses; por otro lado la gente en el mundo, pues entonces no habría tanta miseria. Pues son los hombres mismos los que se preparan cada vez cruces más grandes y pesadas, porque hablan mucho de sí mismos o hablan mucho de otros o contra otros y porque no hacen más que quejarse. ¡Oh san José, enseña y muéstranos el verdadero silencio! Entonces alabaremos un día contigo y para siempre a Dios en el cielo y se alegrarán juntos cuantos han sabido guardar silencio”. [E2, 187]

3.3. San José, formador de religiosos

Es verdad que el abad Francisco no hace sino apuntar esta otra faceta del rico misterio personal de san José; pero aunque sólo quede indicada en sus escritos, es significativa y merece que se aluda a ella.

Cuando el abad Francisco se pone a pedir cosas a san José, sus peticiones abarcan el abanico entero de sus necesidades; por ello a san José se le pide ayuda para acometer empresas misioneras, obras materiales y la formación misma de novicios y novicias. Afirma el Abad:

“Ciertamente no es poco lo que le pido a san José: buenos novicios y novicias, buenos misioneros y mucho dinero”. [E4, 193]

Con meridiana claridad se lo cuenta a sus bienhechores:

“Nuestros lectores ven que atacamos el paganismo con gran energía y total seriedad. Y san José siempre está entre los protagonistas, no sólo como arquitecto y misionero, sino también como maestro de novicios; pues como tenemos tanta gente nueva, le he puesto a san José también como maestro de las novicias de las Hermanas Rojas”. [E4, 193]

Que san José sea experto formador de religiosos lo encuentra el abad Francisco justificado en que, cuando llegó a Egipto con Jesús y con María, falto de todo, tuvo que vivir como un ermitaño. Asegura:

“No decimos, por tanto, ningún disparate si afirmamos que san José ha fundado la primera ermita, o –puesto que vivía con su familia– el primer convento. ¿Se debe a esta circunstancia el hecho de que Egipto se poblara luego de tantos ermitaños y se convirtiera en la cuna de la vida monacal?” [E1, 181]

Cuando en 1888 el abad Francisco publicó el artículo titulado ‘San José, ahora es el momento’, sus lectores se enteraron de los proyectos de compras que tenía el Abad entre manos y del proyecto que albergaba su corazón de fundar una asociación, dependiente de la Trapa de Mariannahill, integrada por sacerdotes y laicos con vocación misionera. [Cfr. E4, 194-195] Significativo es que tanto lo primero como lo segundo se pone bajo la especial protección de san José.

[4]

SAN JOSÉ: PROTECTOR EN LA TIERRA Y GUÍA SEGURO HACIA EL CIELO



El sermón que el entonces prior Francisco predicó el 19 de marzo de 1885 terminaba así:

“Esperemos finalmente que el gran padre y tutor de la cristiandad y patrono de toda la Santa Iglesia nos ayude a bien morir. Amén”. [E1, 183]

El contenido de esta afirmación, expresada en forma de oración de petición, nos introduce de manera acertada en la última de las líneas que caracterizan su peculiar pensamiento sobre el misterio de san José. Considera ahora el Abad a san José como aquél que ayuda al navegante mientras dura la travesía y cuando ésta llega al puerto último y definitivo de toda navegación. La protección de san José se experimenta ahora mientras uno es peregrino, y en la hora de la muerte, cuando uno llega a la meta.

Pasamos ahora a presentar su pensamiento al respecto, que está genialmente recogido en una conferencia que el abad Francisco pronunció en la Sala Capitular del Monasterio de Mariannahill en abril de 1889 y que hemos identificado como *Escrito n° 5*.

Comienza la conferencia citando el siguiente versículo del Salmo 103:

“Éste es un mar grande y espacioso en el que hay reptiles sin número”.

Continúa señalando que hay dos clases de mares, los de la tierra y el gran océano de la eternidad:

“Todos hemos surcado en barco los primeros; el segundo nos espera aún”. [E5, 195]

Se centra ahora el Abad en el mar de la eternidad. La vida aquí en la tierra es como un viaje por un ancho río, lleno de rápidos y corrientes; salpicado de islotes y bancos de arena; poblado de muchos animales dispuestos a hundir el barco.

“Cuando finalmente, después de muchas aventuras, termina nuestro viaje, es decir cuando se acerca la muerte, se nos dice que tenemos que hacer trasbordo y subir a un gran crucero para atravesar el inmenso océano pacífico de la eternidad”. [E5, 195]

Explotando el filón de imágenes marítimas y de navegación, el abad Francisco recuerda que nadie está seguro si al llegar a la otra orilla

entrará o no en el puerto de la salvación; y que por ello se necesita contar con una mano experta que nos conduzca durante estos viajes:

“¿Quién es el práctico que nos guiará seguros, tanto en el río de la vida hasta el puerto de embarque, como en la travesía hacia la eternidad?... Pues, ¡este práctico es san José! Estamos de enhorabuena cuando él aparece. ¡Ay de nosotros si no nos ayuda! Necesitamos a san José como práctico de navegación, tanto para nuestra seguridad física como para nuestro bien espiritual”. [E5, 195]

Pasa ahora a recordar el Abad que san José también vela por la seguridad física de las personas y narra la protección que en tal sentido experimentaron los trapenses cuando él se encontraba en Bosnia fundando una Trapa, antes de ir a Sudáfrica a fundar Mariannahill:

“Que san José es también un buen práctico en cuanto a nuestra seguridad se refiere, ésto lo saben muy pocos, pero nosotros los trapenses, lo sabemos por experiencia, ya desde que estuvimos en Bosnia”. [E5, 195]

Y comienza a narrar el suceso. Ocurrió de noche; llovía y era en el tiempo de Adviento. El carro del Monasterio tenía que cruzar el río Vrbas, que venía muy crecido. El cable metálico, que de orilla a orilla sujetaba un pontón flotante por donde debía atravesar el carro, se rompió. Avisado el prior Francisco, nos dice:

“Miré por la ventana del dormitorio y no vi en la oscuridad de la noche más que una luz flotante deslizándose rápidamente río abajo. Era el pontón y encima los tres Hermanos y el carro. No pude hacer otra cosa que darles desde lejos la absolución”. [E5, 196]

Luego el prior Francisco pidió a los Hermanos en el Monasterio que salieran a auxiliar a los que estaban en peligro en medio del río. A los que se quedaron el Prior les dijo:

“Vamos a la capilla y acudamos a san José”. [E5, 196]

Y continúa el prior Francisco:

“Fui el último en irme a la cama y me dormí. A las 12 de la noche se oyó la campanilla de la puerta. Al preguntar yo desde mi ventana, alguien gritó: «los Hermanos están vivos. Los encontramos a dos horas de aquí. Están en medio del río»“. [E5, 196]

Se llevaron maderas y tablas para hacer una balsa con la que rescatar a los Hermanos. Y sigue el Prior con el relato:

“Cuando los que estábamos en casa nos levantamos como de costumbre a las dos para cantar los maitines, mandé que rezáramos juntos a san José. Lo mismo hice también en varias ocasiones a lo largo de la mañana”. [E5, 196]

Llovía torrencialmente y durante toda la mañana no tuvieron noticias de los Hermanos. Hacia las dos de la tarde llegó al Monasterio el primero de los tres Hermanos que habían estado en el pontón a la deriva y contó lo sucedido. El pontón, sin barandilla protectora, iba río abajo chocando con las rocas. La linterna se apagó y los Hermanos se quedaron sin ver nada. Sin saber cómo, el pontón se quedó atascado y los tres Hermanos se acostaron en un montón de paja. Durante la noche nevó y los Hermanos quedaron cubiertos por la nieve. Cuando oyeron los gritos y vieron las luces de los que iban a buscarlos, encendieron la paja. Nada se pudo hacer. Cuando llegó la mañana, medio congelados, los tres Hermanos fueron rescatados y llevados a la orilla. Y el Prior nos refiere cómo terminó aquella aventura:

“Pues de modo milagroso. Los barcos del pontón se encontraban enteros; el carro sin daño alguno y los Hermanos sanos y salvos. Los caballos estaban bien y volvieron derechos a casa. En verdad no fue sólo un milagro sino toda una serie de milagros en

cadena. Tenemos razón al afirmar que san José nos ha ayudado; que él hizo de práctico de navegación”. [E5, 197]

Y de la narración detallada de este suceso, donde el abad Francisco y los suyos experimentaron la protección prodigiosa de san José, pasa ahora el Abad a enumerar otros hechos más recientes donde san José aparece como el guardián y custodio de aquellos trapenses:

“De hecho experimentamos su ayuda ininterrumpidamente, pues durante ocho años nos ha traído por el mar a tantos Hermanos y Hermanas misioneros y hasta ahora ninguno sufrió daño ni perjuicio. Igualmente las innumerables cargas nos han llegado enteras y sin daño alguno desde Hamburgo o Londres a través de este «mare magnum et spatiosum» hasta Durban, nuestro puerto de mar. Por ello seguiremos venerando a san José como el gran práctico de nuestra vida. Le necesitamos durante todo el año, pues casi todos los meses hay gente nuestra viajando por el mar, viniendo para acá o yendo para allá”. [E5, 197]

Y finaliza el Abad su conferencia volviendo a dirigir la atención hacia san José, considerado ahora como patrono de la buena muerte:

“Quiero que todo el mundo se entere que san José es un gran marinero. Pero mucho más le necesitamos como práctico y guía espiritual. Como tal nos puede hacer un excelente servicio, pues es el mejor patrono de la buena muerte. Y es que de eso depende todo; de poder morir bien. Este es el viaje más importante cruzando el mar de la eternidad. ¡Oh eternidad, mar inconmensurable! O mare, quam magnum et spatiosum!... Deseo a todos nuestros amigos y bienhechores la asistencia de san José en la hora de la muerte como guía seguro hacia la eternidad”. [E5, 197]

[CONCLUSIÓN]

Cuatro fueron las preocupaciones del abad Francisco al acometer la aventura misionera de Mariannahill: la evangelización de los pueblos zulúes, la obtención de los medios materiales necesarios, la formación de buenos y santos monjes y hacer que todo ello quedara orientado hacia el cielo, hacia Dios. Y con el fin de poder atender estas cuatro preocupaciones el abad Francisco buscó y encontró en san José a su poderoso Protector.

El abad Francisco escogió a san José como protector de todas las empresas misioneras de Mariannahill, porque san José fue el primer misionero que llegó al continente africano cuando llevó al Niño Jesús a Egipto:

“San José, buscando refugio en tierra de Egipto, fue el primero que llevó a Jesús al continente africano... San José fue el primero que plantó el grano de mostaza del cristianismo en tierras africanas... San José llevó por primera vez al Salvador a los gentiles en el valle del Nilo”. [Cf. E1, 179-183]

El abad Francisco escogió a san José como protector de todas las obras materiales, de desarrollo social y de promoción humana de Mariannahill, como eran templos, conventos, hospitales, escuelas, talleres, establos y granjas, porque san José fue el que alimentó, vistió y cobijó al Niño Jesús en Nazaret:

“La gente dice que soy un exagerado a la hora de pedir dinero para los zulúes...; que soy un descarado... Con gusto me dejo llamar atrevido porque cada necesidad material se la encomiendo

a san José. En los últimos 19 años los negocios más redondos los he realizado con el carpintero de Nazaret... Comencé las edificaciones sin un centavo en el bolsillo y san José, mi constructor y arquitecto, me suministró siempre el dinero necesario para ello”.

[Cf. E4, 191-195]

El abad Francisco escogió a san José como protector de todas las tareas realizadas en Mariannahill tendentes a la formación de religiosos santos, porque san José fue el que formó y educó al Niño Jesús con el ejemplo de una vida santa, humilde y silenciosa:

“San José fue un hombre religioso y santo porque supo guardar silencio... Ser silencioso es tanto como ser santo. Un monje silencioso es humilde, paciente, no hace mal ni se queja... San José enseña a nuestros novicios a ser buenos religiosos porque les educa en el silencio interior”. [Cf. E2, 183-187]

El abad Francisco escogió a san José como protector de toda la vida y actividad desarrollada en Mariannahill porque, realizada la travesía, se necesita un experto marinerero y práctico que introduzca el barco en el puerto y san José es esa mano segura y experta que guía a personas y actividades hacia Dios, puerto feliz de toda navegación:

“Quiero que todo el mundo se entere de que san José es un gran marinerero. Pero, mucho más aún, le necesitamos como práctico y guía espiritual. Como tal nos puede hacer un excelente servicio, pues es el mejor patrono de la buena muerte. Y es que de eso depende todo, de poder morir bien. Este es el viaje más importante, el que cruza el mar de la eternidad. ¡Oh eternidad, mar inconmensurable! O mare, quam magnun et spatiosum!” [Cf. E5, 195-198]

Y recogiendo todas estas ideas, el abad Francisco compuso una bella y original *Letanía a san José*, que reza así:

“¡San José!

Tú que a María y Jesús les has construido la hermosa casita de Nazaret, ¡ruega por nosotros!

Tú que les has preparado en Belén un refugio, ¡ruega por nosotros!

Tú que has buscado para tu Hijo y su Madre un albergue en Egipto, ¡ruega por nosotros!

¡SAN JOSÉ, TÚ ERES NUESTRO ARQUITECTO!

¡San José!

Tú que has instruido a tu santo Hijo en todo lo bueno, ¡ruega por nosotros!

Tú que le has enseñado a llevar una vida ordenada, ¡ruega por nosotros!

Tú, que con Jesús y María, has vivido un recogimiento monástico, ¡ruega por nosotros!

¡SAN JOSÉ, TÚ ERES EL MAESTRO DE NOVICIOS PERFECTO!

¡San José!

Tú que has sido el primer predicador de la fe entre los africanos, ¡ruega por nosotros!

Tú que has sido el primero en hablar a los paganos de tu Hijo adoptivo Jesús, ¡ruega por nosotros!

Tú que has sembrado en los corazones de los africanos la primera semilla de mostaza del cristianismo, ¡ruega por nosotros!

¡SAN JOSÉ, TÚ ERES EL MISIONERO PERFECTO!

*¡Santo arquitecto, construye grandes casas para tu Hijo!
¡Santo maestro de novicios, forma buenos novicios
y novicias para tu Hijo!
¡Santo misionero, convierte muchos incrédulos y paganos
para que crean en tu Hijo!
¡San José, por nuestros zulúes, ruega por ellos!
¡San José, por nuestros queridos niños, ruega por ellos!
¡San José, protégelos como protegiste al dulce Niño Jesús!*

Amén". [E4, 191-192]





VIA CRUCIS

SIGUIENDO LA VIDA
DEL SIERVO DE DIOS
ABAD FRANCISCO PFANNER



Cruz pectoral del Siervo de Dios, abad Francisco Pfanner.

El abad Francisco labró con sus propias manos las estaciones del Via Crucis en la Misión de Emaús, donde pasó los últimos años de su vida.

En muchos aspectos, la misma vida del abad Francisco, marcada por la señal de la Santa Cruz, siguió también los pasos de Jesús camino del Calvario.

Las imágenes que acompañan a los textos de las estaciones son reproducciones del Via Crucis, tallado en madera en el Südtirol y que se encuentra en el Piusseminar de Mariannahill [Würzburg/Alemania]. Originalmente estuvo en la Casa General de los Misioneros de Mariannahill, cuando ésta estuvo ubicada en Inglaterra durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Las fotografías han sido realizadas por Rudolf Müller [Alemania].

*“Nunca me he sentido tan alegre y tranquilo como hoy.
Hoy se celebra la fiesta del hallazgo de la Santa Cruz.
Yo también he encontrado un trocito precioso de esta Cruz.
Me abrazo a él, lo beso y, agarrado del mismo,
quiero dejarme llevar hacia el Padre del cielo...
Sé que mi Redentor vive”.*

Abad Francisco



[Primera estación]

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

[Mt. 27, 22-23 y 26]

El abad Francisco fue suspendido y apartado de aquella obra que fue el amor de su vida: Mariannahill y sus misiones; siendo así sentenciado a la muerte de la inactividad.

Aceptemos que, a veces, nuestras mejores intenciones sean mal interpretadas; que la enfermedad u otras circunstancias nos puedan sentenciar a dejar de trabajar.



[Segunda estación]

JESÚS CARGA CON LA CRUZ

[Mc. 15, 20]

El abad Francisco se echó al hombro con decisión aquella cruz, que Dios mismo había escogido para él. En la misión de Emaús aceptó la cruz como la mejor herencia de su vida.

Aceptemos con talante misionero nuestra cruz personal y, con ella, sigamos las huellas del Nazareno. Quiere Dios seguir sacando mucho bien de todo ello.

[Tercera estación]

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

[Is. 53, 4-5]

El abad Francisco también se vino a tierra, rebelándose y quejándose, por las injusticias sufridas. Pero no se quedó en ello paralizado; se levantó y siguió su camino.

Cuando nos veamos caídos por el peso de nuestra frágil condición humana, no nos desanimemos. Nuestra fortaleza descansa en intentarlo siempre de nuevo.



[Cuarta estación]

JESÚS SE ENCUENTRA CON SU MADRE

[Lc. 2, 34-35 y 51]

El abad Francisco, para consuelo suyo, se encontró muchas veces con la presencia amorosa de la Madre en las diferentes etapas de la peregrinación de su vida.

Aprendamos a dar acogida en nuestra vida de fe a la Virgen María. Ella es la que mejor garantiza que nos mantengamos cerca del Señor, cumpliendo su voluntad.





[Quinta estación]

EL CIRINEO AYUDA A JESÚS

[Mc. 5, 21-22]

El abad Francisco siempre contó con colaboradores silenciosos, que le ayudaron a llevar la cruz, solidarizándose con su suerte e implicándose en su causa.

Debemos estar siempre agradecidos hacia los que salen al paso para ayudarnos. También nosotros estamos

llamados a ayudar a los demás, aunque por ello nos compliquemos.



[Sexta estación]

LA VERÓNICA LIMPIA EL ROSTRO DE JESÚS

[Sal. 27, 8-9]

El abad Francisco también contó con mujeres fuertes y valientes, que le limpiaron sus lágrimas, entendiendo que, al hacerlo, limpiaban el rostro de Cristo.

Nuestro apostolado misionero consiste en ir limpiando las heridas

de todos los que nos salen al paso, para que así quede impresa en nosotros la faz del Señor.

[Séptima estación]

CAE JESÚS POR SEGUNDA VEZ

[Lam. 3, 1-2, 9, 16]

El abad Francisco, fija la mirada en la colina del Calvario, con determinación y disciplina, se fue levantando de cada caída, silenciando sus quejas y protestas.

Cuando, queriendo vernos libres de nuestra ansiedad interior, las quejas y amarguras nos detengan, reemprendamos la marcha, mirando hacia el horizonte.



[Octava estación]

JESÚS ENCUENTRA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

[Lc. 23, 28-31]

El abad Francisco recibió de sus Hermanas Rojas la solidaridad de su apoyo y consuelo. A su vez, ellas sabían que en él encontraban un defensor, a modo de seguro baluarte.

A la vivencia de la caridad cristiana también pertenece hacer propia la pasión del otro, trabajar juntos en armonía, apoyándonos unos a otros en lo que hacemos.



[Novena estación]

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

[Lam. 3, 27-32]



El abad Francisco, en su desvalimiento espiritual y físico, queriendo vivir reconciliado con su suerte, nunca tiró la toalla y siguió luchando como campeón de Dios.

Aceptemos la precariedad de nuestra condición humana, llena de debilidades y desánimos, que nos hace ser dependientes de la ayuda de los demás.

[Décima estación]

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

[Mt. 27, 33-36]



El abad Francisco, desnudo de todo apoyo y calor, experimentó el escalofrío de quedarse expuesto a la burla. Desposeído de todo, quedó revestido de solo Dios.

Cuando pasemos por desolaciones, pérdidas y despojos, anticipos de la desnudez de la muerte, reconozcamos estar cerca de recibir el vestido de fiesta de la resurrección.

[Undécima estación]

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

[Mt. 27, 37-42]

El abad Francisco conoció el dolor de vivir asediado por las enfermedades. Vivió literalmente clavado a la cruz. Unas veces rebelde y, otras, obediente, se dejó hacer.



Cuantas veces nos vemos clavados a situaciones, de las que nos parece imposible escapar, recordemos que Cristo ha venido a liberarnos, soltando nuestras ataduras.

[Duodécima estación]

JESÚS MUERE EN LA CRUZ

[Mc. 15, 34. 36-37]

El abad Francisco murió solo en medio del silencio oscuro de la noche. Con una candela de luz en la mano, entregó la vida, entrando animoso en el país de la luz.

¿No tenía Jesús que pasar por todo ello para entrar así en la gloria? Es la meta, que nos aguarda, la que da sentido y justifica la dureza experimentada en el camino.





fiat de la Anunciación: Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.

[Decimotercera estación]

JESÚS EN BRAZOS DE SU MADRE

[Mt. 27, 54-55]

El abad Francisco sintió las lágrimas de los monjes, hermanas y fieles, que hicieron duelo por él. Fueron las lágrimas de María las que le hicieron despertar en Dios.

**¡Qué talla ejemplar la de María!
Ahora la vemos repetir sin palabras el**

[Decimocuarta estación]

JESÚS ES SEPULTADO

[Mt. 27, 59-61]



Las sepulturas creyentes aportan razones para seguir viviendo esperanzados, pues la vida nueva de la primavera ya está presente en la muerte del invierno.

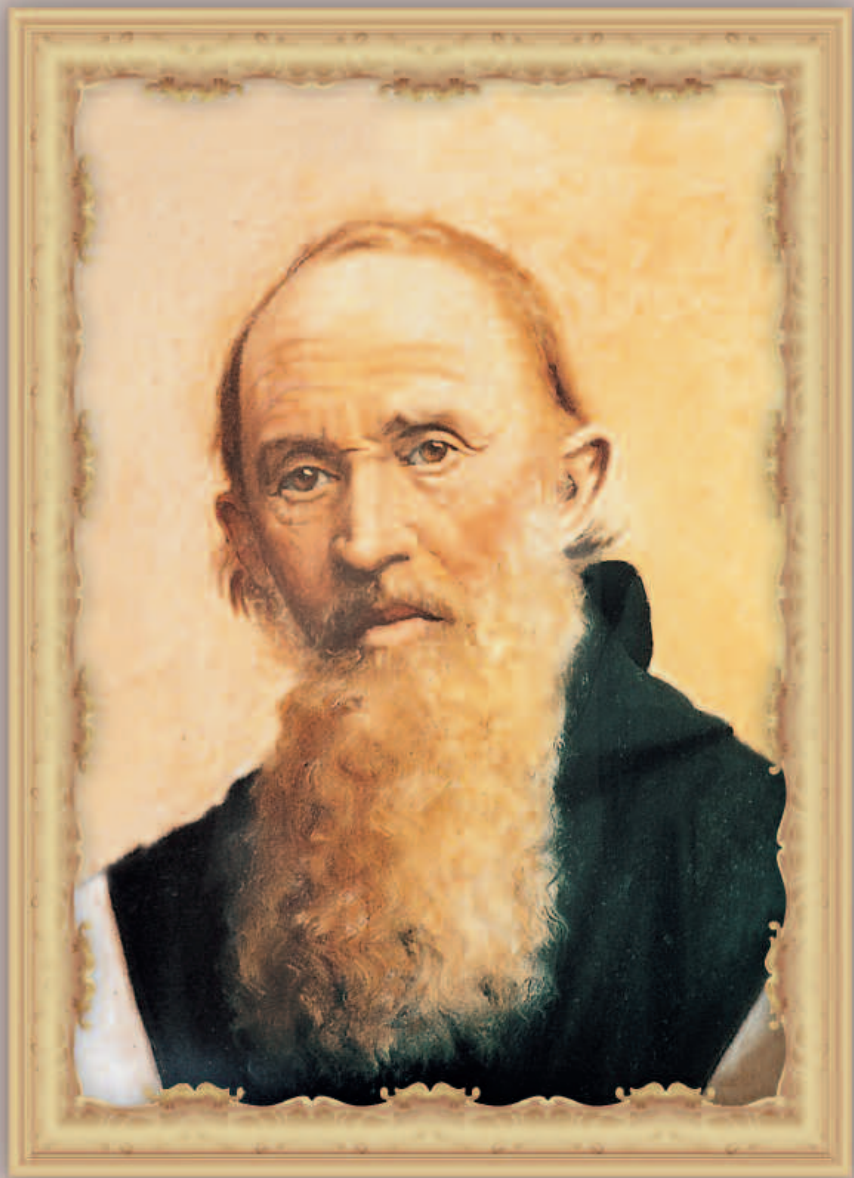
*“Ha pasado ya el escándalo del Viernes Santo,
la agonía del huerto,
el derramamiento de la sangre en la flagelación
y en la coronación de espinas,
la terrible crucifixión.
Ahora empieza su triunfo,
prenda y arras del nuestro”.*

Abad Francisco





NOVENA
AL SIERVO DE DIOS
ABAD FRANCISCO PFANNER



[Oración inicial]

Vosotros, Santos de Dios,
por los méritos de la Preciosísima Sangre de Cristo,
obtenedme la gracia de que pueda:
Hacer siempre la voluntad de Dios.
Estar siempre unido a Dios.
No pensar en otras cosas sino en Dios.
Hacer todas las cosas solamente por Dios.
Buscar en todas las cosas el honor y la gloria de Dios.
Entender perfectamente mi propia nada.
Conocer más y mejor la voluntad de Dios.
Mantener el recogimiento en Dios.

*[Oración que acostumbraba a decir diariamente
el Siervo de Dios, abad Francisco Pfanner]*

[Día Primero]

EL ABAD FRANCISCO CONFIÓ EN DIOS PADRE



scribe el Abad:

“¿No es, acaso, el amor y el poder de nuestro Dios, quien dispone cada cosa para nuestro bien? Por ello, nunca digáis: ¡No hay milagros! Abrid los ojos, vosotros que os creéis sabios y entendidos, y daos cuenta: El mundo entero es el gran milagro y vosotros mismos estáis rodeados de milagros; lo que pasa es que no queréis daros cuenta”.

La creación entera fue para el abad Francisco como un libro, en el que leyó y aprendió las lecciones de la ternura, sabiduría y poder de Dios. Las montañas y la nieve de su patria, los mares que surcó, las tierras africanas que pisó, le acercaron al Señor y en todo ello le encontró y contempló. Confiando en Él, el Abad se atrevió con empresas que desafiaban todo cálculo humano, para llevar a todos los hombres el Evangelio de la salvación. Al buscar primero el Reino de Dios, recibió de Él, por añadidura, todo lo demás.

Padre Bueno, por intercesión de tu siervo Francisco, te pedimos la gracia de saber descubrirte en el mundo creado y de confiar a tu mano providente todas nuestras necesidades. Danos celo para anunciar a todos los hombres que Tú eres el Creador del cielo y de la tierra y el Padre, que vela por nosotros y se cuida de todas nuestras necesidades. Amén.

[Día Segundo]

EL ABAD FRANCISCO AMÓ AL CORAZÓN DE CRISTO



scribe el Abad:

“Se salvarán y entrarán en el cielo solamente aquellos, que descubriendo la puerta lateral del Sagrado Corazón de Jesús, entren por ella. No hay otra puerta ni otra entrada que la herida del costado de Jesús. No hay otro corazón en el que podamos ser salvados, si no es en el Corazón de Jesús”.

El abad Francisco vivió el amor al Corazón de Cristo, permaneciendo unido a Él; vivió con la pasión de dar a conocer el amor universal de aquel Corazón hacia todos los hombres; vivió con la seguridad de que nada ni nadie podrán separar nunca a los hombres del amor de un Corazón tan fiel. El amor

del abad Francisco hacia el Corazón de Cristo le impulsó a evangelizar a los hombres y mujeres zulúes, quienes así pudieron conocer a Cristo en el misterio de su Corazón, fortalecerse con la comunión de su Cuerpo y lavar sus pecados en su Sangre preciosa.

Padre Bueno, por intercesión de tu siervo Francisco, haz que nuestro corazón sea cada vez más semejante al Corazón de tu Hijo, viviendo sus mismas actitudes. Danos celo para anunciar a todos los hombres el amor universal y eterno del Corazón de Cristo, escondido en el Santísimo Sacramento de su Cuerpo y Sangre. Amén.

[Día Tercero]

EL ABAD FRANCISCO VIVIÓ EN EL ESPÍRITU SANTO



scribe el Abad:

“Nuestra alma es espíritu y el Espíritu Santo es espíritu; por ello ambas realidades pueden fácilmente unirse la una a la otra. Pero en un alma llena de pecado el Espíritu Santo no puede habitar. Dicha alma es como una habitación llena de chatarra o de trastos, llena de humo o muy fría, llena de esculturas y cuadros horribles. En una habitación así nadie puede vivir. El Espíritu Santo quiere vivir en un alma limpia”.

El abad Francisco fue en verdad un hombre espiritual, porque llevó una vida en el Espíritu Santo, obedeciendo sus inspiraciones, trabajando con sus dones y dejando que en su vida produjese sus frutos. Impulsado por este mismo Espíritu Santo, el abad Francisco marchó a tierras africanas a predicar el Evangelio del Reino de Dios; a aplicar la Redención de Jesucristo, mediante la celebración de los sacramentos; a promocionar y pastorear a aquellos hombres y mujeres zulúes, que hoy le reconocen y le invocan como su apóstol.

Padre Bueno, por intercesión de tu siervo Francisco, te pedimos la gracia de llevar también nosotros una vida en el Espíritu Santo, viniendo a ser así, en verdad, hombres espirituales. Danos la valentía de ser testigos y misioneros ante los demás de todo lo que tu Hijo dijo e hizo por nosotros los hombres y por nuestra salvación. Amén.

[Día Cuarto]

EL ABAD FRANCISCO AMÓ A LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA



scribe el Abad:

“Gloriosa dicta sunt de te, Maria! ¡Maravillas se dicen de ti, Oh María! ¡Qué elevado es el lugar que ocupa María! Pensemos en cada cosa que se hizo en honor de María desde el comienzo de la Iglesia; lo que todavía se hace ahora y lo que en el futuro se hará hasta el fin de los tiempos: lo que será edificado, levantado, donado, decorado, pintado, esculpido en su honor”.

El abad Francisco amó tiernamente a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María. Toda su existencia transcurrió bajo su estrella, amable y luminosa: a diario meditaba en los misterios de su Rosario; todas sus fundaciones las fue poniendo bajo su amparo y protección. En su actividad misionera, al predicar el Evangelio y al celebrar los Sacramentos, se valió de María para seguir engendrando y dando a luz nuevos hijos e hijas de Dios. A la Casa del Padre se lo llevó María, en el día que es celebrada por la Iglesia como auxilio del pueblo cristiano.

Padre Bueno, por intercesión de tu siervo Francisco, te pedimos la gracia de amar con ternura a Nuestra Señora, la Santísima

Virgen María. Danos celo para anunciar a todos los hombres que en el cielo tenemos una Madre que, cual faro luminoso y seguro, nos protege y guía en la travesía de la existencia. Amén.

[Día Quinto]

EL ABAD FRANCISCO FUE UN HOMBRE DE ORACIÓN



scribe el Abad:

“Recuerda: si entras en un huerto, no es para coger hojas sino frutos. De la misma manera, en el huerto de la oración no te debes apagar a las hojas de los sentimientos naturales y de las consolaciones, sino que te debes empeñar en recoger frutos, imitando las virtudes de Jesucristo”.

El abad Francisco fue un hombre de oración. En la escuela monástica de San Benito aprendió de corazón aquella verdad evangélica, según la cual el sarmiento separado de la vid no da fruto. Buscó, por ello, en la oración el medio para mantenerse siempre unido al Padre. En el trato con Dios encontró luz sobre su vocación como cristiano, sacerdote, trapense y misionero. En la oración pidió fuerza para sus empresas misioneras y sus muchas fundaciones; en ella suplicó por el aumento de colaboradores y experimentó el consuelo de Dios.

Padre Bueno, por intercesión de tu siervo Francisco, te pedimos la gracia de la oración y haz que ésta sea humilde, auténtica y perseverante. Danos celo para anunciar a todos los hombres que es en la oración donde te encontramos y fortalecemos nuestra unión contigo, alcanzado así nuestra verdadera talla. Amén.

[Día Sexto]

EL ABAD FRANCISCO FUE UN APÓSTOL Y UN MISIONERO



scribe el Abad:

“La Iglesia Católica nunca hizo discriminación alguna por el color o la raza. Si alguna diferencia hizo, fue prefiriendo a los pobres y predicándoles a ellos primero el Evangelio. Ésta es la señal por la que reconocemos la verdadera Iglesia de Jesús. Nuestro campo de apostolado es una parte del Reino de Dios y éste no tiene fronteras”.

El abad Francisco, educado en el seno de un auténtico hogar cristiano y en coherencia con la fe recibida, quiso siempre compartir la redención de Jesucristo con aquellos que nada sabían de Él y de su obra de salvación. Su celo por la salvación de los hombres le impulsó primero a ser sacerdote; luego a ser monje, profesando la regla trapense y, por último, a acometer la gran obra misionera de Mariannahill en el corazón de las tierras africanas, ayudado siempre por sus hermanos y hermanas que, con idéntico entusiasmo misionero, colaboraron con él.

Padre Bueno, por intercesión de tu siervo Francisco, te pedimos la gracia de vivir en coherencia con la fe profesada y de saber apreciar la redención recibida de forma tan gratuita. Danos celo para ser apóstoles generosos y misioneros valientes de Jesucristo y de su obra de redención ante todos los pueblos. Amén.

[Día Séptimo]

EL ABAD FRANCISCO FUE PACIENTE EN EL SUFRIMIENTO



scribe el Abad:

“No permito que nada ni nadie entre en mi corazón. Llevo todos los sufrimientos en brazos. Sucumbiría, si no lo hiciera así. Hay lágrimas pecaminosas; también las hay inútiles; hay lágrimas, en cambio, que son santas”.

El abad Francisco sufrió mucho, pero con paciencia y en silencio. Las estaciones del viacrucis que, con sus propias manos, levantó al final de sus días en la misión de Emaús, son imagen del viacrucis personal de su vida, jalonada por enfermedades, incomprensiones y dificultades. Porque llevó en sus brazos el sufrimiento, no permitiendo que entrara en su corazón; porque lo vivió muy unido a Jesucristo; porque lo ofrecía por la salvación de los que evangelizaba...; por todo ello, nos asiste la certeza de que sus sufrimientos han sido para él causa de bienaventuranza.

Padre Bueno, por intercesión de tu siervo Francisco, te pedimos la gracia de descubrir la sabiduría encerrada en el misterio de la Cruz y de vivir nuestros sufrimientos unidos a tu Hijo crucificado. Danos celo para anunciar a todos los hombres la victoria de Aquel que reina desde la cruz y que no se asusta de nuestras cruces. Amén.

[Día octavo]

EL ABAD FRANCISCO OBEDECIÓ A LA VOLUNTAD DE DIOS



scribe el Abad:

“Todo lo que nos ocurre en la vida ha sido querido ciertamente por Dios. Dios conoció desde toda la eternidad todas las ad-

versidades, que nos iban a salir al paso. Él también conoce lo que está por ocurrir. Cuando algo nos pase, debemos pensar: Es voluntad de Dios. Si así hacemos, no nos impacientaremos fácilmente ni nos hundiremos, sino que aceptaremos las cosas con ánimo”.

El abad Francisco, imitando a san José y a santa Ana, se sometió en todo a la voluntad de Dios a lo largo de toda su vida. Al obedecer a sus superiores y a la autoridad de la Iglesia, sabía que era a Dios a quien obedecía. La autenticidad de su obediencia se puso de manifiesto en las muchas ocasiones de su vida, en las que tuvo que consumir el cáliz de la incomprensión. Porque cumplió con la voluntad de Dios, estamos seguros de que es de los íntimos de Jesucristo; que se encuentra entre el número de los dichosos; que vive ya en el Reino.

Padre Bueno, por intercesión de tu siervo Francisco, te pedimos la gracia de hacer que nuestro pensar, hablar y obrar obedezca en todo a tu voluntad y esté concorde con ella. Danos celo para anunciar a todos los hombres que la verdadera libertad y promoción humana está en obedecerte a Ti y cumplir tu santa voluntad. Amén.

[Día Noveno]

EL ABAD FRANCISCO PERSEVERÓ HASTA EL FINAL



scribe el Abad:

“Fíjate en el Cielo y alégrate. Alégrate, porque estarás delante de Dios y le verás. Vigilemos y oremos para llegar al Reino de los cielos. Luchemos y suframos con alegría, coraje y perseverancia hasta el fin”.

El abad Francisco se mantuvo hasta el fin de sus días unido a Dios; permaneciendo firme en la fe recibida y en el cumplimiento de sus mandamientos. En la lámpara de su vida conservó limpio y abundante el aceite de la fidelidad; por ello, al final de su vida y sujetando la candela de los moribundos en la mano, pudo decir una única palabra: Luz. Permaneció firme porque edificó su vida sobre la roca incommovible que es Dios; por ello, cuando se vio asaltado por el dolor, la dificultad, el desaliento y toda suerte de pruebas, se mantuvo seguro y fiel.

Padre Bueno, por intercesión de tu siervo Francisco, te pedimos nos ayudes a edificar nuestra vida en Ti, manteniéndonos hasta el final fielmente unidos a Ti, para así, después de la muerte, descansar en Ti. Danos celo para anunciar a todos los hombres que tu probada fidelidad es una invitación a nuestra fidelidad. Amén.

[Preces finales]

Dios, Padre bueno, te pedimos:

- que todos los pueblos te conozcan y en Jesucristo se salven;
- que los llamados a la misión, respondan con generosidad;
- que ayudes a nuestros misioneros y misioneras;
- que bendigas a nuestros familiares, amigos y bienhechores;
- que recompenses con la vida eterna a nuestros difuntos.

Oh Dios, que inflamaste el corazón de tu siervo Francisco para la salvación de los hombres y le llamaste a ser apóstol de los pueblos africanos. Te rogamos que glorifiques a tu siervo Francisco y suscites entre tu santo pueblo hombres y mujeres para renovar tu Reino en la Tierra y difundirlo más y más para tu mayor gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.





ABAD FRANCISCO

ATHLETA CHRISTI



[LA VIDA DEL ABAD FRANCISCO]



u grito fue: **“Sic currite ut comprehendatis”** (*Corred, pues, de modo que lo alcancéis*). Él fue el primero de los atletas misioneros de Mariannahill, porque fue el que comenzó esta carrera misionera por Cristo y porque siempre marchó por delante de todos. Tenía prisa por hacer más cosas; tenía prisa por llegar a más gente; tenía prisa por enrolar a más participantes en la misma carrera. Y ello, porque lo que de verdad le urgía era predicar el Evangelio de Cristo. Decía:

“Nuestro campo de trabajo es una parte del Reino de Dios y éste no tiene fronteras”.

Con espíritu deportivo, emprendedor y superador de dificultades, el abad Francisco comenzó la aventura de Mariannahill a sus 54 años. Cuando murió, veintisiete años después, su monasterio contaba con más de trescientos monjes misioneros y de aquella casa madre dependían casi una treintena de estaciones misioneras.

El pelo rojo de su cabeza delató desde niño la fogosidad de su corazón. La práctica de deportes como la lucha y el alpinismo, los trabajos realizados en la labranza familiar, la autodisciplina que durante su vida practicó ayudaron a forjar en él ese espíritu deportivo, emprendedor y superador de dificultades que nunca perdió. La oración, la disciplina y la penitencia trapense, las fatigas apostólicas, los sufrimientos físicos y las humillaciones morales mantuvieron siempre tonificado su espíritu.

Con la candela de los moribundos en la mano, a modo de testigo en la carrera de relevos, y gritando **“Luz”**, pisó la línea de meta y entró en aquel estadio, donde se oyen los aplausos que de verdad valen y cuentan. Alcanzó así la corona de gloria que no se marchita. Había dejado escrito:

“Fíjate en el cielo y alégrate. Alégrate porque estarás delante de Dios y le verás. Luchemos y suframos con alegría, coraje y perseverancia hasta el fin”.

No podía hablar de otra manera el que vivió como esforzado atleta de Cristo.



[LA MUERTE DEL ABAD FRANCISCO]

Del P. Joseph Biegner OCR/CMM, fiel compañero del abad Francisco desde los tiempos de la fundación en Bosnia y que estuvo a su lado en la misión de Emaús durante los últimos cuatro años de su vida, tenemos la constancia de cómo fue su muerte, acaecida en la madrugada del 24 de mayo de 1909, a los 84 años de edad.

Quince días antes de que ésta ocurriera, el Abad se vio obligado a permanecer en cama. Conociendo su voluntad férrea, aquel hecho fue la señal cierta de que su fin estaba ya próximo. Diez días antes de la muerte, el P. José le administró por última vez el sacramento de la Unción. Hacia el mediodía del domingo 23, el P. José, después de rezar los salmos penitenciales, tuvo que salir para bautizar a un niño en peligro de muerte. El lugar estaba a una hora de camino de la misión. De vuelta a casa, el P. José se perdió y sólo pudo llegar a la misión hacia las 3.30 horas de la madrugada. El abad Francisco, acompañado por las hermanas y por los hermanos, había fallecido unas dos horas antes.

La hermana Angela Michel CPS, que acompañó al Abad en sus últimos quince años de vida, nos dice que murió en sus brazos; que su agonia duró unos quince minutos; que unos cinco minutos antes de su muerte miró a todos; que agarró con fuerza la cancela de los moribundos y que, después de tres respiraciones profundas, expiró.

La comitiva fúnebre llegó al monasterio de Mariannahill el 26 de mayo, hacia las 11.00 horas. Las exequias tuvieron lugar al día siguiente y se le dio cristiana sepultura en el lugar por él mismo indicado:

“He escogido para mi sepultura un trozo de tierra a la sombra de las enormes ramas de una higuera que se encuentra entre el convento y el monasterio. Allí he decidido encontrarme con mi querido Señor y Salvador el día de la resurrección. Así tendré a mano un árbol, por si me tengo que subir a él, como le ocurrió a Zaqueo”.

Y allí está enterrado su cuerpo, que descansa en la paz mientras su gloria pervive entre nosotros.



[LA HERENCIA DEL ABAD FRANCISCO]



La herencia del abad Francisco hay que buscarla en la obra misionera que nos dejó, en sus escritos, en el ejemplo de su vida, en el desenlace de su muerte. Del Abad nos interesa todo. Nos interesa el mandato misionero que nos encomendó: lo que hizo y lo que no hizo. Pero también identificar bien cómo lo hizo: el modo y la manera de su quehacer y padecer. Y, aún más, nos debería interesar conocer el espíritu que le animaba y el pozo de donde bebía: sus más radicales y últimas motivaciones.

La herencia que el abad Francisco ha legado a la entera Familia Mariannahill y a los que, con el paso de los años, hemos venido a ser sus hijos e hijas, es una riqueza que nos ha sido dada con el fin de hacerla permanecer en el tiempo, sacando partido de sus muchas virtualidades. No recibimos esta herencia para dejarla guardada o enterrada sino para ponerla a trabajar y a producir. Se podría decir que la misma es, a la par, un reto que debe ser asumido con decisión.

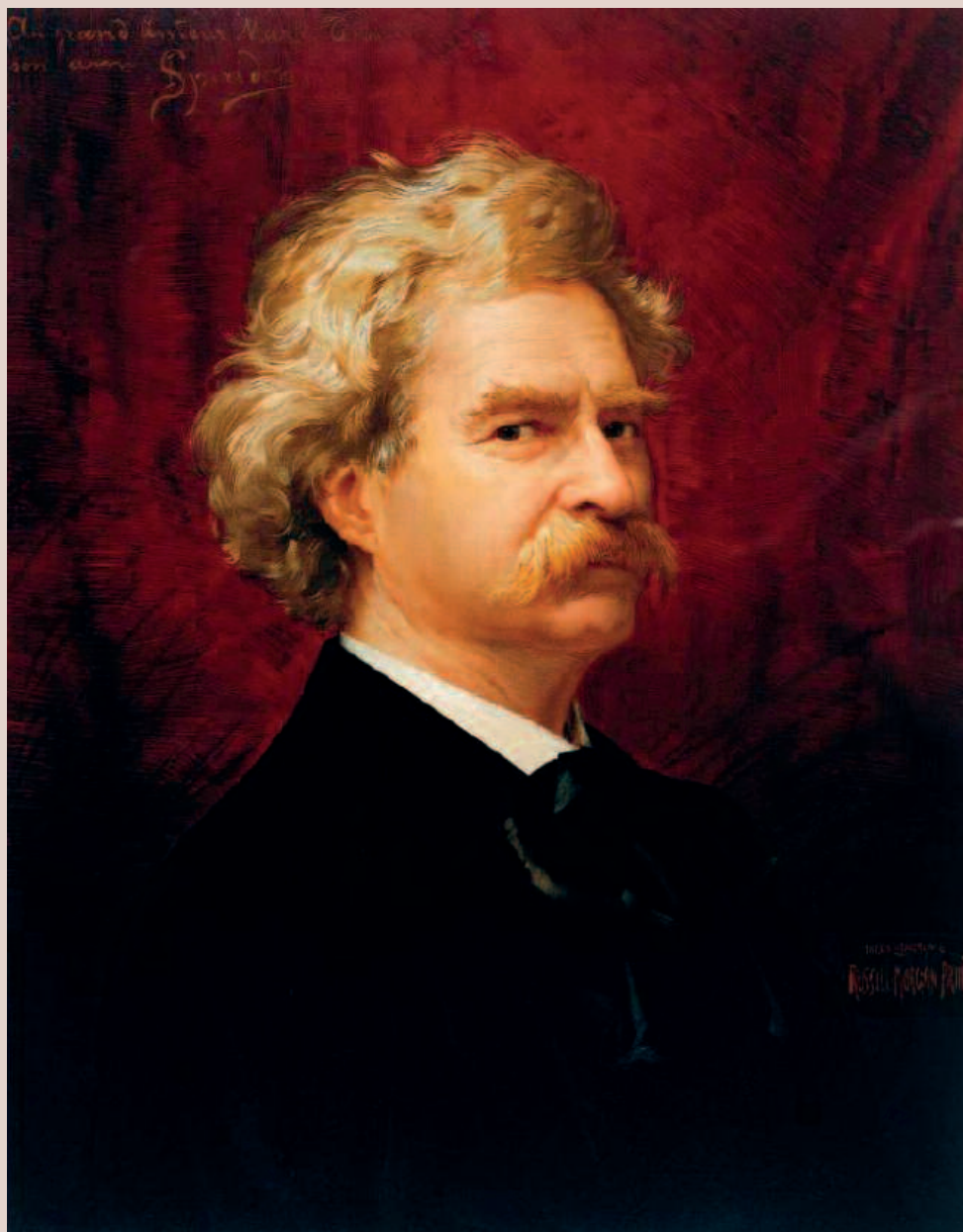
Hoy, el número de los que aún siguen sin creer o de los que han dejado de creer en Cristo no disminuye. El mandato misionero de Cristo sigue en vigor. La Iglesia sabe bien que se juega su identidad en el cumplimiento fiel de dicho mandato. Por todo ello, la entera Familia Mariannahill se ve urgida a seguir evangelizando con el mismo empeño e idéntico talante que nuestro Abad.

Bien sabemos que Mariannahill es solo una manera de colaborar con la misión universal de la Iglesia en bien de la humanidad. Los hijos e hijas del abad Francisco somos un pequeño grupo de trabajadores en la viña del Señor. Ello no nos desanima. Lo que nos debe importar es que cuando vuelva el Señor nos encuentre trabajando en su viña, multiplicando los talentos que nos dio. La memoria de nuestro Abad nos estimula a seguir siendo esforzados y diligentes obreros, merecedores de la recompensa que Dios da a los que le son fieles.





TESTIMONIOS SOBRE EL
ABAD FRANCISCO
Y SU OBRA MISIONERA



[MARK TWAIN EN MARIANNHILL]



Mark Twain es el seudónimo de Samuel Langhorne Clemens [1835-1910]. Periodista, conferenciante, viajero, humorista, es uno de los exponentes más señeros de la narrativa norteamericana del siglo XIX. Algunas de sus obras más conocidas son: *Vida en el Mississippi*, *Las aventuras de Tom Sawyer*, *Huckleberry Finn*, *Un yanqui en la Corte del Rey Arturo*.

Reproducimos ahora lo que este autor escribió a propósito de la visita que realizó al monasterio trapense de Mariannhill el 9 de mayo de 1897. Este texto que recoge sus impresiones sobre aquella visita se encuentra en el capítulo 65 de su obra *Viaje alrededor del mundo, siguiendo el ecuador*, según la edición en castellano realizada en noviembre de 1992 por la editorial Laertes [pp. 56-59].

Escribe Mark Twain:

“A dos horas de Durban hay un importante monasterio de trapenses alemanes, al que se accede por sendas rurales. Fui a visitarlo con el señor Milligan y el señor Hunter, director general de los ferrocarriles estatales de Natal, que conocía al prior.

Entre sus claustros todo transcurría tal y como uno lo lee en los libros y no acierta a creer que sea verdad. Me refiero al trabajo penoso y rudimentario, los horarios imposibles, el parco sustento, los raídos hábitos, los toscos jergones de Maryborough [Australia] y el tabú de la comunicación humana, del trato social, la relajación, la diversión, el asueto y las incursiones femeninas en los establecimientos de los hombres. Todo estaba presente. No era un sueño, ni tampoco una fábula. Y sin embargo, con los hechos ante los ojos, tangibles, continuaba siendo increíble. Cuesta asimilar una represión tan atroz de los instintos humanos, una extinción tan total del hombre como individuo.

‘La Trappe’, como por asimilación se ha dado en llamar al fundador de la orden, debía conocer bien a la especie humana. La regla que inventó deli-

mita todo aquello que un hombre ambiciona o valora, con un único objetivo: negárselo. Por lo que vi, no hay un solo detalle que pueda ayudar a hacer la vida deseable que no haya sido escrupulosamente verificado y puesto fuera del alcance del monje trapense. Sin duda 'La Trappe' sabía que existían hombres capaces de gozar con tales miserias; pero, ¿cómo llegó a averiguarlo?

Si hubiera consultado al lector o a mí, le habríamos dicho que en su sistema faltaban demasiados alicientes; que era inviable; que jamás prosperaría. Pero aquel cenobio era una prueba irrefutable de que su conocimiento de los humanos era mayor que el que pueda tener la humanidad misma. Pisoteó toda aspiración que podamos abrigar los mortales, y no obstante su proyecto salió a flote, ha florecido durante dos siglos y, estoy convencido, seguirá floreciendo hasta la eternidad.

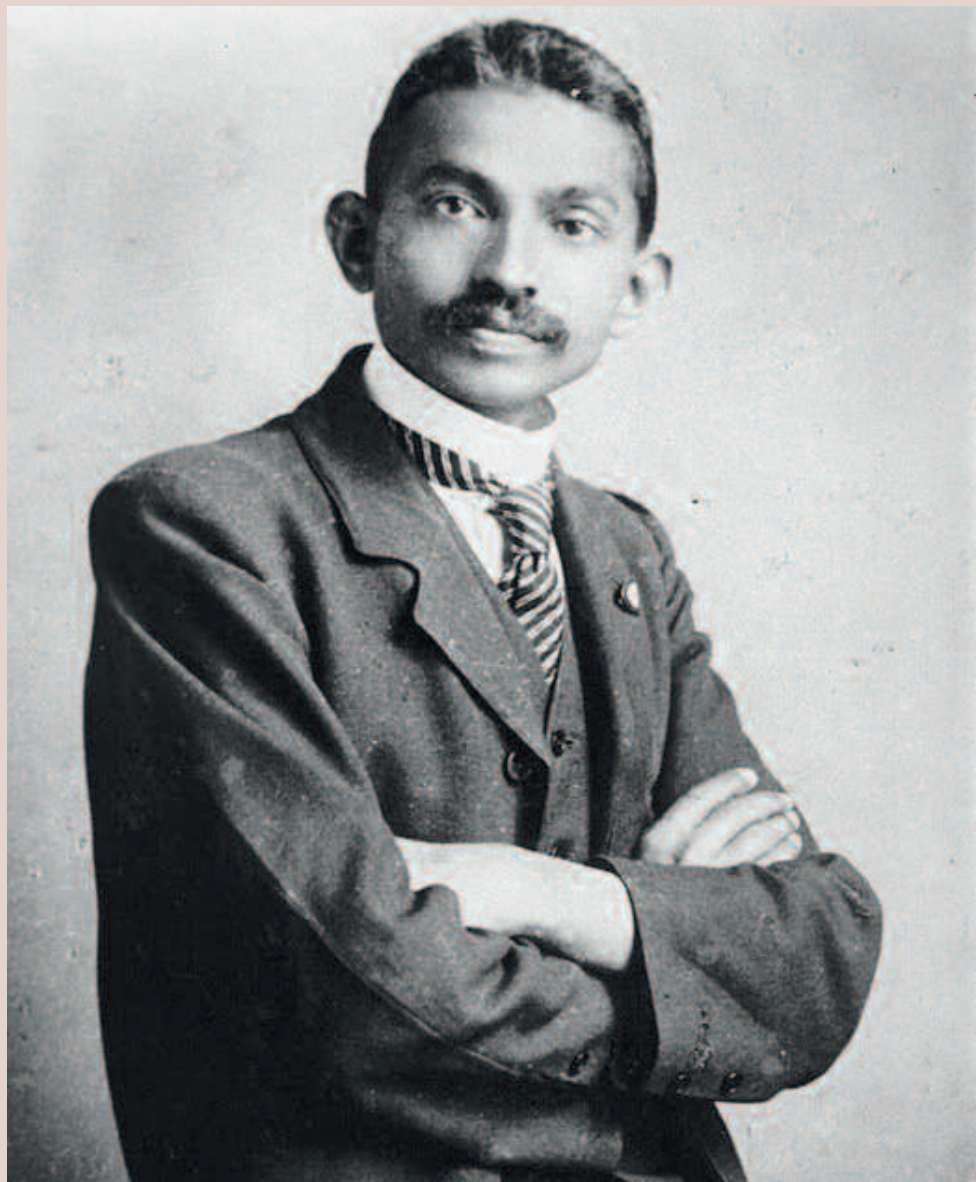
A los hombres corrientes les gusta la distinción personal: en el monasterio ha sido suprimida; les gustan los manjares succulentos: allí se toman habichuelas, pan y té, y ni siquiera en raciones suficientes; les gusta también yacer en lechos mullidos: en el convento se acuestan sobre colchones de arena y tienen almohada y manta, pero nunca sábanas; cuando comen en una compañía que les es grata, disfrutan riendo y charlando: los monjes trapenses leen los libros sagrados en el refectorio durante las comidas, y nadie habla ni se ríe; cuando un hombre está rodeado de mil amigos, sobre todo por las noches, le encanta pasarlo bien y prolongar la velada: en clausura ese hombre y los demás se recogen silenciosamente en sus celdas a las ocho de la tarde y, encima, a oscuras; no tienen más que un holgado sayo marrón, sin reemplazarlo por la camisa de dormir; así que la luz es superflua; a las personas del común siempre les apetece remolonear en la cama: estos religiosos se levantan un par de veces en plena noche para desempeñar alguna misión, e inician definitivamente la larga jornada a las dos de la madrugada; nosotros solemos buscar las tareas livianas o la ociosidad: allí se labora todo el día en el campo, en la herrería o en los otros talleres destinados a los oficios menestrales, tales como zapatería, talabartería, carpintería y similares; el seglar alterna con damas y damiselas: a éstas les está vedado el acceso al monasterio; es feliz rodeándose de sus hijos, acariciándoles, y jugando con ellos: los clérigos no tienen descendencia; el hombre de la calle es aficionado al billar: en las estancias cenobiales no hay mesas; todos practicamos deportes al aire libre y asistimos a funciones de teatro, recitales de música y fiestas sociales: los trapenses jamás celebran nada; hacemos apuestas con cualquier excusa: apostar, o así me lo dijeron, es pecado entre estos religiosos; cuando una persona normal se sulfura,

intenta desahogarse: en el monasterio se prohíben tales abusos; queremos a los animales domésticos y los adquirimos: allí no los hay; fumamos: el tabaco parece estar reñido con los hábitos; leemos ávidamente las noticias: ni periódicos ni revistas entran por el torno; si nos ausentamos, procuramos enterarnos de cómo les van las cosas a nuestros padres y hermanos, y de si nos echan de menos: los hijos de 'La Trappe' nada pueden saber de sus familias. ¿Quién no ansía tener una casa bonita, con bonitos muebles, bonitos adornos, bonitos colores, bonito esto o aquello? los miembros de esta estricta orden no admiran sino la árida desnudez de las paredes y una lóbrega penumbra. Y hay más: nombre el lector mismo todo aquello que le agrade: sea lo que fuere, se hallará ausente de este sórdido lugar. Y, si no me engañaron, lo único que consiguen los monjes a cambio de tanto sacrificio es la salvación de sus almas.

Como decía, resulta muy raro, inverosímil, imposible. Pero La Trappe conocía a sus congéneres. Conocía la poderosa atracción de lo horripilante, conocía bien nuestra naturaleza, sabía que no puede imaginarse ningún régimen de vida, por indigente y aborrecible que sea, que no esté dispuesto a adoptar alguna criatura.

Este centro monástico germano entró en actividad hace quince años, con una comunidad foránea, pobre y sin ningún apoyo: hoy estos monjes poseen seis mil hectáreas donde cultivar cereales y frutales, elaboran vinos, confeccionan toda clase de objetos y acogen en sus talleres y escuelas a aprendices nativos, que cuando se gradúan saben leer y escribir, además de estar bien equipados para ganarse la vida ejerciendo una profesión.

La aún joven institución ha fundado en Sudáfrica nada menos que once subseces, y en ella cristianizan, educan y enseñan a mil doscientos muchachos de ambos sexos los oficios mecánicos de mayor porvenir. La labor misional protestante es enjuiciada con frialdad por los negociantes blancos, imbuidos de ateísmo, que son los más, y que motejan a sus profesos como 'cristianos del arroz' o, en legua inteligible, ineptos desocupados que se adhieren a la Iglesia solamente para vivir de la renta; pero pienso que les sería difícil encontrar un fallo en el trabajo de estos monjes católicos, aunque no creo que se haya materializado la voluntad de hacerlo." ■



[GANDHI SOBRE MARIANNHILL]



Gandhi, siendo aún un joven abogado, vivió desde 1893 hasta 1914 cerca de la ciudad de Durban [KwaZulu-Natal/Sudáfrica]. En 1895 visitó por primera vez el Monasterio Trapense de Mariannhill, que dista unos 18 kilómetros de Durban. Gandhi dejó por escrito un relato pormenorizado sobre tal visita en el periódico *The Vegetarian*.

En dicho artículo alude también al Misterio de la Cruz en el seno de la Iglesia Católica, por el que quedó, según parece, muy impresionado. Afirma: *“La característica que más llama la atención en el lugar –Mariannhill– es que la religión se hace visible en cada rincón. Hay un crucifijo en cada habitación y una pila pequeña con agua bendita a la entrada de la misma. Basados en su experiencia, los monjes sostienen, aunque no lo profesan como parte de su fe, que la dieta vegetariana les ayuda mejor a crucificar su carne”*. [M. Gandhi, GW 1, 222-228]

Probablemente fue después de otra visita a Mariannhill cuando Gandhi, evocando la misma, escribió lo siguiente al P. Bernard Huss CMM:

“Padre, el trabajo que hace aquí me sorprende. He oído mucho de la explotación de los nativos por los misioneros. ¡Qué mentira! Yo lo he visto por mí mismo y tengo que admitir que no puede haber otro método mejor para la educación de los nativos de África del Sur que la que se aplica aquí. Usted sabe que yo una vez dije que me gusta Cristo y su doctrina, pero no los cristianos. Hoy yo deseo corregir esta afirmación. Padre, si yo hubiera encontrado más personas como usted, pienso que me hubieran gustado los cristianos también. Adiós, P. Bernard Huss. Desearía que todos mis amigos visitaran a los monjes de Mariannhill y vieran con sus propios ojos lo que he visto. Pienso que ellos cambiarían su opinión sobre el problema de los nativos en África del Sur. Lo que nos hará libres tanto a los hindúes como

a los bantúes será sufrir con paciencia. Padre, su cruz predica una gran verdad al mundo”.

Kurt Reinelt, quien en 1989 trabajaba bajo el profesor A. Gäsler en la Universidad Católica de Eichstätt [Alemania], escribió un trabajo académico, titulado: *‘La discusión de Mahatma Gandhi con el cristianismo’*. En dicho estudio llega incluso a sostener que el Misterio de la Cruz fue para Gandhi la inspiración y el exponente máximo de su propia filosofía sobre la no violencia. Afirma: *“La cruz empieza para Gandhi en la lucha humilde y no violenta contra las leyes perversas y contra el mal de la sociedad”*.

En relación a la fascinación de Gandhi cuando estuvo delante de las estaciones del Viacrucis en el claustro del Monasterio de Mariannahill, Kurt Reinelt señala: *“Según mi parecer el encuentro con los monjes trapenses de Mariannahill ha influido en Gandhi mucho más de lo que normalmente se indica en todos los estudios acerca de Gandhi... Y puede ser incluso posible que la contemplación del misterio de la Cruz fue el giro decisivo de la actitud de Gandhi hacia la no violencia y el sufrimiento y, en cierto modo, hacia el camino de la auto-redención”*.

Ela Gandhi es una nieta de Mahatma. En su día ofreció un testimonio sobre el impacto que causó en su abuelo el encuentro con la comunidad monástica de Mariannahill, influyendo aquel encuentro de manera decisiva en su vida entera. Afirma en dicho testimonio:

“Cuando mi abuelo Gandhi visitó el Monasterio de Mariannahill vio a los monjes, las monjas y los que se estaban formando, todos ellos trabajando juntos en los campos. Lo que más le impresionó fue que los trabajos se realizaban entre todos, ya fuera limpiando el patio, o los retretes, o trabajando en la granja. Todos trabajaban mancomunadamente, evitándose así la desigualdad a la hora de hacer las tareas. Hoy, por el contrario, podemos comprobar cómo la gente más pobre o con menos formación es la que se dedica a los trabajos poco agradables y con mucha menor remuneración, tales como barrer las calles, limpiar los baños, como si hubiera una jerarquía de tareas. Olvidamos que esas tareas son importantes para nuestra supervivencia. Sin su trabajo no podríamos vivir, porque alguien tiene que limpiar, alguien tiene que hacer todas estas cosas, alguien tiene que cui-

dar del mantenimiento de nuestro entorno. Aun dependiendo tanto de ellos, no los valoramos ni valoramos las tareas que realizan para el bien de la sociedad. Por eso Gandhi quedó impresionado al ver que allí las tareas se realizaban entre todos, sin ningún tipo de reparo, turnándose a la hora de hacerlas.

Mi abuelo quedó también gratamente impresionado por el hecho de no percibir ningún tipo de subordinación entre los monjes y las monjas, los hombres y las mujeres o las diferentes razas, porque, ya fueran negros o blancos, todos comían el mismo alimento, se sentaban a la misma mesa y llevaban el mismo tipo de ropa. Al no percibir en el complejo monástico ningún tipo de diferencia en términos de raza, sexo, color ni nada por el estilo, Gandhi se maravilló de aquella igualdad total. Mariannahill era una isla en medio de un país que por aquel entonces era radicalmente racista.

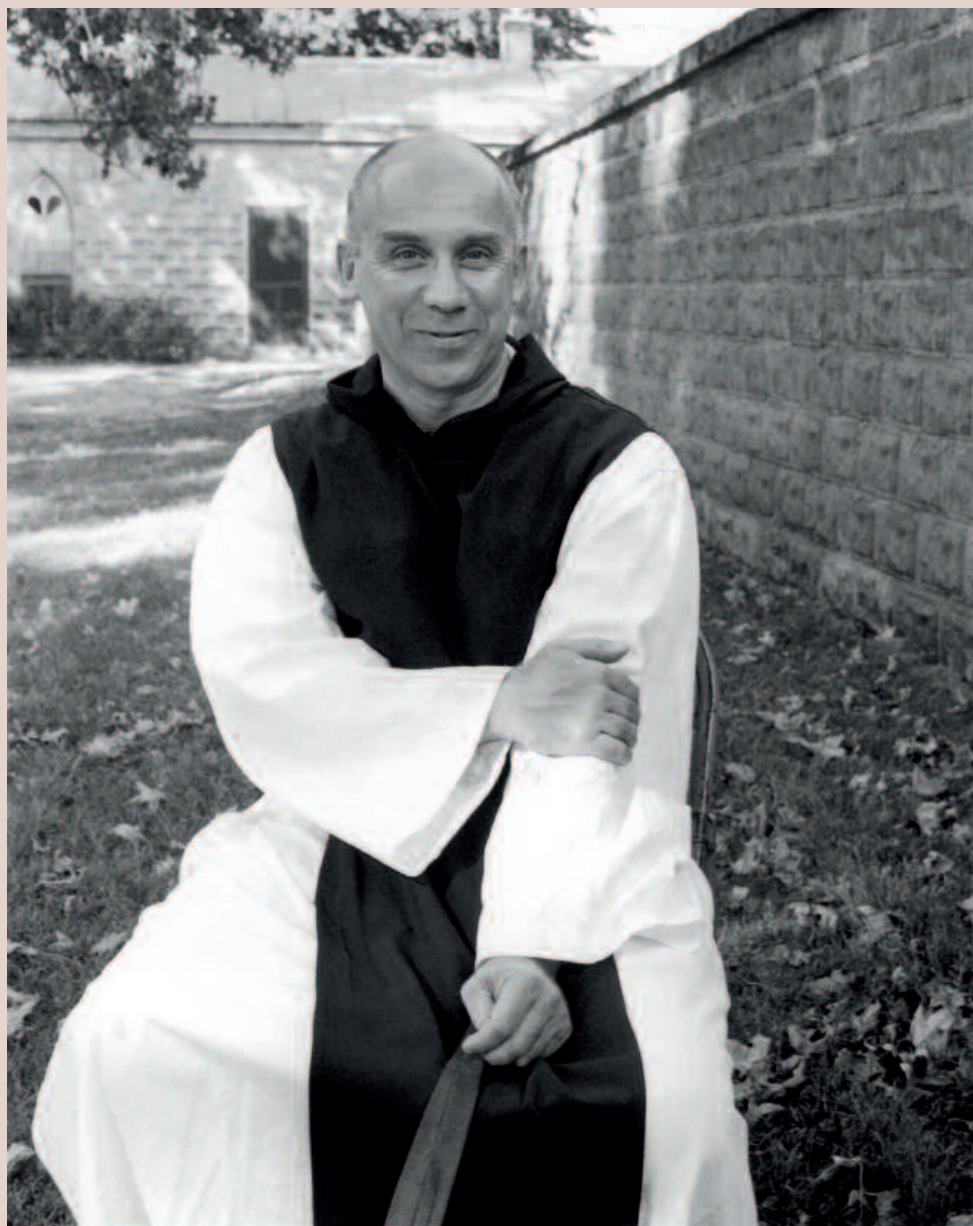
Se asombró de la importancia que en Mariannahill se daba al trabajo manual. En aquel monasterio se enseñaba carpintería, el curtido de las pieles, costura y todo tipo de habilidades que la gente podía hacer con sus propias manos, lo que les capacitaba para ser autosuficientes. De tal manera que ellos mismos podían proveer a sus necesidades de comida, ropa, calzado y demás, dado que todo ello se confeccionaba en el monasterio. Así, cuando uno se hace auto-suficiente, pudiendo hacer las cosas por sí mismo, ya no tiene que depender de las tiendas de las ciudades o de otras personas.

Por aquel entonces, mi abuelo era un joven abogado que apreciaba su condición de tal, que se tenía por una persona culta, al que le gustaba la buena ropa y todo eso. Al ver cómo se vivía en el monasterio, le surgió de inmediato la inspiración de cambiar de vida. Fue entonces cuando tuvo lugar la transformación de Gandhi en ‘Gandhiji’.

Puede uno mirar las fotografías de mi abuelo de aquel tiempo y ver cómo vestía: traje, corbata, etc. Fueron tomadas en los últimos años del siglo XIX. Fue por entonces, al realizar las visitas al monasterio, cuando comenzó a pensar cómo podía cambiar su vida y qué debía de hacer para ello. Adquirió entonces un pequeño terreno –su primer ‘ashram’ en Sudáfrica– y allí se deshizo de todos los lujos de la vida urbana: dejó de usar ropas caras y de diseño y comenzó a usar ropa sencilla y a comer de lo que crecía en la granja.

Mi abuelo fue un adelantado a su tiempo y creo que su mensaje es un legado permanente, válido para las personas de todos los tiempos. Su mensaje de amor, de compasión, de autenticidad, de honradez, de vivir una vida sencilla y no de acumulación, de no ser consumistas, es un mensaje llamado a durar en el tiempo. Cuando la gente comience a darse cuenta de que la acumulación excesiva de riquezas es la causa real de muchos de los problemas del mundo actual, las cosas comenzarán a cambiar.

Creo que muchos de los problemas, en general, y de los problemas económicos, en particular, e incluso de los problemas medioambientales, surgen por la avaricia de la gente. Son personas que quieren hacer cada vez más dinero, no encontrando satisfacción incluso después de lo mucho que hayan podido conseguir. Están dispuestos a pisotear a todo el mundo, sin preocupación alguna por el medio ambiente, por la gente, por los animales o por las generaciones futuras. ¿Qué clase de mundo vamos a dejar para la próxima generación? Todas estas eran las preocupaciones de mi abuelo.” ■



THOMAS MERTON SOBRE EL ABAD FRANCISCO Y MARIANNHILL



Thomas Merton, de controvertida trayectoria vital, fue un monje norteamericano de la trapa de Getsemaní [USA] que, hacia mediados del siglo XX, gozó de cierta influencia en variados ambientes católicos. En uno de sus libros, titulado “Las aguas de Siloé”, tiene unas páginas dedicadas al abad Francisco y Mariannahill. [Cf. Thomas Merton: *The waters of Siloe - A Harvest* / HBJ Book-Harcourt Brace Jovanovich Publishers, San Diego, New York, London 1979, pp. 154-159]. Escribe:

“Mariannahill nació como resultado de una combinación de fuerzas dinámicas. Los trapenses, desde Alemania, habían realizado una fundación en Bosnia, cuyo crecimiento fue rápido, alcanzando tremendas proporciones. Este nuevo y gran monasterio de Mariastern, hacia el final del siglo XIX, llegó a tener más de doscientos monjes y hermanos. Sin duda alguna era la casa más grande que los cistercienses hayan tenido jamás desde los tiempos de su edad de oro; aunque su tamaño no supusiera una ventaja. Al contrario, la casa era simplemente demasiado grande. Suponiendo que todos sus moradores tuvieran genuina vocación, cien religiosos son demasiados para cualquier superior de una comunidad contemplativa. No podían ser guiados. Con tal cantidad cualquier monasterio se vuelve ruidoso, concurrido y lleno de actividad, lo que hace difícil que su vida pueda transcurrir suavemente por los cauces normales. Mariastern, sin embargo, estaba en manos de un abad que combinaba el genio germano para el liderazgo y la energía con un poderoso y profundo idealismo religioso. Dom Francisco Pfanner parecía un profeta del Antiguo Testamento. Sus ojos, como los de un visionario, le ardían inflamados en su semblante alargado y aguileño; y sus labios sensitivos, que se escondían en su barba profética, estaban siempre listos y preparados para ordenar nadie sabe qué cruzadas. Pasados los años, la imagen que reflejaba Dom Francisco quedaba caracterizada por

unos cabellos largos y grises que, peinados hacia atrás desde su frente despejada, caían en profusión sobre sus hombros. Pero para entonces sus ideales y energía le habían alejado bastante de la Orden Cisterciense.

En Mariastern Dom Francisco era el patriarca de lo que más se asemejaba a una pequeña ciudad que a un mero monasterio. La vasta ocupación de su comunidad se afanaba no en un solo taller sino en varios; y por añadidura tenían que trabajar en vastas extensiones de terreno. Contaban con un taller textil, una tenería, una fábrica de quesos, una cervecería y un orfanato. Y todo esto no sería nada en comparación con lo que iba a surgir cuando Dom Francisco hallara el campo donde realmente pudiera ir a trabajar y expresar sus ideales.

Un día, antes de que la Orden Cisterciense fuera unificada, recibió una invitación para realizar una fundación en Sudáfrica. Trasladó el proyecto al Capítulo General de la segunda más grande y estricta de las congregaciones existentes, la de Sept-Fons, a la que él pertenecía. Estamos en el año 1879. Él siguió adelante, pertrechado con permisos y bendiciones, para levantar en el Natal, en las colinas pardas situadas unas cuantas millas hacia el interior desde Durban, un nuevo monasterio. El nombre de Mariannahill lograba reverenciar tanto a Nuestra Señora como a Santa Ana.

Dom Francisco y sus hombres, tan pronto como encontraron el sitio apropiado, se pusieron a trabajar con toda su acostumbrada energía. El clima era excelente, aunque subtropical. La riqueza del suelo pronto empezó a producir en abundancia café, caña de azúcar, piñas, bananas y muchos otros vegetales y hortalizas. Un hermano lego, dotado de muchos talentos y habilidades, diseñó el nuevo monasterio y, muy pronto, no sólo contaban con un claustro y con todas las dependencias regulares terminadas y en uso, sino que habían levantado una multitud de talleres, junto a la herrería, la carpintería y aquellos otros talleres que uno espera encontrar en un monasterio trapense. También había una imprenta y un estudio fotográfico. Más aún, los hermanos, haciendo uso de su energía, no dejaban de abrir caminos hacia el interior y de trazar puentes sobre los torrentes de las montañas.

Y ¿cuál era el sentido de todo esto, de la imprenta y de la construcción de carreteras? La respuesta se debe buscar en la jubilosa bienvenida que los monjes habían recibido de parte de los nativos del lugar. Amistad, sinceridad y alegría, junto con inteligencia y vigoroso talento artístico, combinados con la energía natural y la versatilidad, hicieron de los habitantes

del lugar sujetos idóneos e ideales para la clase de formación y capacitación que Dom Francisco Pfanner podía ofrecerles.

En el espacio de unos pocos meses Mariannahill se había extendido más allá de los fantásticos sueños misioneros de Dom Urban Guillet. Los bantúes, no solamente aceptaron la oportunidad de enviar a sus niños a la escuela abierta por los monjes, consintieron también en acudir de buena gana a la iglesia parroquial que había sido establecida para ellos. Empezaron a invadir literalmente la propiedad, a moverse como hormigas entre los monjes y se metieron de lleno en la vida de trabajo y de oración de los mismos monjes, con todo celo y fervor. Muy pronto en la imprenta se prepararon cientos de catecismos para los zulúes y las carreteras trazadas hacia el interior empezaron a señalar las rutas para que los monjes comenzaran largos viajes a caballo adentrándose en las montañas. Muy pronto jefes de tribus distantes empezaron a pedir a Dom Francisco que enviase sacerdotes a sus poblados con el fin de empezar escuelas y de construir iglesias.

El resultado fue uno de los capítulos más grandiosos en la historia de las misiones católicas. Mariannahill estableció misiones filiales en el Natal, Transvaal, Basutoland, Bechuanaland, la Colonia del Cabo e, incluso, cientos de millas hacia el norte en la costa de la alemana África del Este. El reclutamiento de personal para todos estos puestos no era posible realizarlo en la misma Sudáfrica y Dom Francisco empezó un seminario en Würzburg [Franconia/Alemania] con el fin de atraer y de formar sujetos para su enorme aventura sudafricana.

Ante nuestros ojos tenemos el impresionante espectáculo de una misión trapense en la que unos monjes contemplativos habían conseguido en unos pocos años un éxito más espectacular de lo que muchos se hubieran atrevido a soñar en una orden religiosa activa. Y los Cistercienses de Estricta Observancia se dieron cuenta de que la unificación de las congregaciones les había llevado a tener una Orden dentro de la Orden. Había más energía y prosperidad exterior en las casas que habían salido de esta fundación sudafricana que la que se pudiera hallar en cualquier lugar de la Orden.

Lo más impresionante acerca de esta nueva misión estribaba en que estaba operando desde unas líneas puramente benedictinas. Era un apostolado de oración y de trabajo, de liturgia y de labranza. Lo que estaba ocurriendo en las filiales establecidas por Dom Francisco Pfanner fue exactamente el mismo proceso que había marcado cientos de años antes la

cristianización de Alemania y de todo el norte de Europa por los mismos monjes benedictinos.

Cada misión filial era un pequeño monasterio con varios sacerdotes y con media docena o más de hermanos. Junto a ellos había una pequeña comunidad de hermanas, pertenecientes a una nueva Congregación fundada por Dom Francisco para que enseñaran en las escuelas que él iba construyendo. Alrededor de cada iglesia y escuela se fue levantando todo un poblado de cristianos africanos, con una casa para huéspedes y toda clase de talleres. Los monjes enseñaron a los nativos todas las artes y oficios que uno se puede imaginar y les instruyeron en la pintura, la música, la fotografía y demás. Los africanos que más prometían fueron preparados para el sacerdocio en un seminario en Mariannahill. La mayor parte de la población trabajaba la tierra en extensas granjas cooperativas. La belleza de la vida no estaba simplemente en su productividad material, sino en el hecho de que todo esto estaba centrado en torno a la Iglesia y encontraba su expresión más culminante en las grandes fiestas litúrgicas que tanto alegraban el corazón de los africanos. Llenaban las iglesias y cantaban con sus afinadas voces y formaban grandes procesiones y en masa recibían los sacramentos, con tal fervor que se quedaban admirados los mismos sacerdotes que se los administraban. Pronto la sabana sudafricana quedó salpicada de colonias monásticas, llamadas con los mismos nombres de famosos santuarios en Europa: Reichenau, Einsiedeln, Monte Cassino, Lourdes, Czenstochau, Clairvaux, Citeaux... y muchos otros.

Clairvaux, por ejemplo, era un grupo de familias agrupadas alrededor de una iglesia, bajo algunos árboles de cedro o de eucalipto en el corazón mismo de un valle rocoso. Citeaux era una pequeña capilla en una pelada ladera, frente a la delgada línea de una distante sierra montañosa. Lourdes anida en medio de un paisaje amigable de bosques y campos y las dos torres de su iglesia, que tiene algo de las proporciones de una pequeña catedral, dominaba fértiles huertos y plantaciones y una colonia de escuelas de ladrillo y casitas de campo. La bendición de Dios sobre este trabajo nos lleva a no dudar de su carácter providencial, pero queda por decir una cosa obvia e importante: el día en que salió a la luz el primer catecismo de la imprenta de los hermanos y el día en que se puso la primera piedra para la iglesia de la misión de Reichenau, los monjes de Mariannahill dejaron de ser puros contemplativos.

La Regla de san Benito, las costumbres de Citeaux no eran sino un

sueño en aquella colmena de laboriosos apóstoles, que se pasaban viajando a caballo días y noches, enseñando y predicando por toda Sudáfrica. El silencio fue olvidado; el Oficio dejó de hacerse cantado, excepto los domingos; las fiestas con dos misas existían solo en teoría; e incluso en los días ordinarios los monjes estaban tan ocupados diciendo misas para los africanos, que un sacerdote secular fue algunas veces llamado a cantar, o mejor dicho, a decir la Misa Conventual para la comunidad. Aunque los africanos realizaban una gran parte del trabajo manual bajo la guía de los hermanos y de las hermanas, los monjes estaban demasiado ocupados siendo misioneros como para tener tiempo alguno para los huertos y los campos. En cuanto al ayuno, tan alejados estaban de su observancia que tenían dos refrigerios, cuando para el resto de la Orden solo quedaba permitido uno o ninguno.

La Orden Cisterciense no pudo por menos de preocuparse sobre el estado de la situación. Dom Francisco hacía tiempo que había decidido retirarse y vivía en una misión llamada Emaús, que era tan pequeña que bien podría ser calificada como una ermita. Pero no fue hasta 1904, el año en que murió Dom Sebastian Wyart, el primer abad general de la nueva Orden, que los Cistercienses tomaron medidas con el fin de descubrir lo que realmente estaba pasando en Mariannahill y determinar si podrían hacer al respecto alguna cosa.

Esto nos lleva, por último, a destacar la conexión entre Mariannahill y Getsemaní. Hay una gran distancia desde Kentucky al Natal; pero la misma fue varias veces recorrida por el cuarto abad de Getsemaní, que es la abadía primada norteamericana. Él fue nombrado administrador apostólico de Mariannahill por la Santa Sede y su tarea consistía en intentar ver si los misioneros no podrían ser persuadidos para que mantuvieran lo suficiente de vida contemplativa como para poder seguir siendo llamados cistercienses.

Pero, por aquel entonces, las cosas habían llegado demasiado lejos y la tarea era imposible. Mariannahill se había perdido para la Orden y vino a ser una congregación misionera independiente, que de hecho, desde entonces, ha continuado prosperando y llevando a cabo su magnífico trabajo en África.

El hombre que tenía la misión de intentar encontrar un arreglo entre Mariannahill y Cîteaux iba a venir a ser uno de los hombres más importantes y valiosos, al dedicar sus dones y carismas al servicio de la reconstituida Orden Cisterciense en los comienzos del siglo XX. Él era Dom Edmond Obrecht". ■



P. JOSEPH BIEGNER CMM: CRÓNICA DE LA MUERTE Y POSTERIOR SEPELIO DEL ABAD FRANCISCO*



res semanas antes de que falleciera nuestro venerable Padre, se desprendió un enorme peñasco de la montaña, conocida entre nosotros como 'Monte Calvario', donde nuestro Padre había labrado las estaciones del Viacrucis con sus propias manos. El peñasco rodó ladera abajo, provocando un ensordecedor estruendo, para venir a pararse junto a la capilla de la misión. Un hermano fue testigo del suceso y todos nosotros salimos rápidamente para contemplar aquella formidable roca. Lo que más nos extrañaba era cómo había sido posible que se desprendiera por sí sola, para venir a pararse luego en aquel lugar. El venerable P. Francisco contempló admirado el fenómeno, pero no dijo nada. Inmediatamente algunos pensamos que aquel extraño incidente podría tener algún significado, como si fuera un aviso del cielo para hacernos saber que algo serio iba a ocurrir. Y allí sigue todavía el enorme peñasco cerca de nuestra capilla, como un permanente recordatorio de nuestro venerable Padre, quien, desde aquel día, guiado por la mano de Dios, se fue encaminando hacia la meta eterna para –así lo creemos– darle alcance.

Días después de aquel extraño suceso, pasó por la misión un hombre proveniente de Rhodesia. Iba de camino hacia el Natal y permaneció con nosotros un par de días. Decía ser un experto en toda clase de remedios naturales contra las enfermedades, llegando a predecir incluso que a nuestro

*Cf. FN 1/84, pp. 6-11: El padre Joseph Biegner fue el fiel compañero del abad Francisco durante cuarenta años.

venerable P. Francisco le quedaban diez o quince años más de vida. Así fue como se ganó la confianza de nuestro Padre. De hecho, el tratamiento que le aplicó parecía ser eficaz, dado que el venerable Padre pudo moverse por la habitación él solo, sin necesitar la ayuda de nadie. Pero aquello fue solo el último destello de su vitalidad. Tan pronto como aquel hombre se marchó, la condición del P. Francisco empeoró aún más y tuvo que guardar cama. ¡El P. Francisco en la cama! Quienes conocimos la energía y voluntad de hierro de este hombre, sabíamos lo que aquello significaba. Verdad es que nuestro venerable Padre había estado enfermo y físicamente quebrantado durante años, sin embargo, siempre se las arreglaba para mantenerse en pie y moverse. Ahora la cosa parecía irreversible y sus días estaban contados.

El viernes, 14 de mayo, oí al P. Francisco en confesión, le administré la extremaunción y le di la absolución general, leyéndole luego la famosa oración del Papa Pío X para encomendar el alma a Dios, que lleva aneja la indulgencia plenaria en la hora de la muerte. En posesión de todas sus facultades iba repitiendo detrás de mí cada frase y lo hacía con gran devoción. A la mañana siguiente recibió la Sagrada Comunión como viático.

Desde entonces fue ya muy poco lo que habló. Se encontraba tranquilo y, aceptando la voluntad de Dios, lo sufría todo con mucha paciencia. Nunca salió de su boca una sola palabra de queja. Cada mañana, muy temprano, recibía con mucha devoción la Sagrada Comunión. El 23 de mayo, domingo, una vez más le llevé la Sagrada Comunión como viático. Fue la última vez que comulgó. Tenía ya la lengua paralizada y solo fue capaz de abrir la boca lo suficiente como para tomar una pequeña partícula de la Sagrada Hostia.

Aquel mismo día comenzó la agonía. Todavía tuvo que sufrir mucho. Durante horas fuimos testigos de su combate contra la muerte. Sus órganos vitales, tales como corazón y pulmones, se encontraban en perfecto estado. A pesar de sus 84 años conservaba todas las piezas de la dentadura. Fue la arteriosclerosis la que puso fin a su vida. Le di una vez más la absolución general y recité las oraciones que se acostumbra a rezar por los moribundos, pero parece que ya no entendía nada. El lunes, 24 de mayo, a las 2:05h. de la madrugada expiró. Con paz y tranquilidad entregó su alma a Dios. R.I.P.

Bendije su cuerpo en la celda y celebré la misa por su eterno descanso a las 4:00h. de la mañana. Tuvimos entonces que organizar todo lo necesario para el traslado de su cuerpo a Mariannahill, ya que había quedado dicho que deseaba ser enterrado en la Casa Madre, por él fundada. Pusimos

su cuerpo en una caja de cinc, fabricada por los hermanos, y ésta, a su vez, la metimos en un precioso ataúd de madera, traído de la cercana misión de Lourdes. El féretro fue trasladado a la capilla, donde bendije sus restos mortales por segunda vez.

Cuando se terminaron todos los preparativos, llevamos el cadáver a la misión de Lourdes. Fue una despedida triste. ¿Quién sería capaz de contar las lágrimas derramadas entonces, en especial por las hermanas que él había fundado? Los últimos quince años en la misión de Emaús, ya en el atardecer de su vida, los había pasado rodeado de algunas de estas hermanas. Una vez en la iglesia de Lourdes, el cuerpo fue bendecido por tercera vez. Dado que el viaje continuaba hasta Riverside, la comunidad de Lourdes acompañó los restos mortales de nuestro querido difunto durante buena parte del viaje, mientras las campanas no dejaban de tocar. Salimos de Lourdes a las 15:30h. de la tarde y llegamos a Riverside a las 23:00h. Esta estación de ferrocarril se encuentra en la frontera del Natal. A la mañana siguiente, miércoles 26 de mayo, continuamos el viaje en tren hasta Pinetown, vía Maritzburg. En esta población, su Excelencia el Obispo, Dr. Henry Delalle, y dos sacerdotes Oblatos se unieron a la comitiva.

El mismo miércoles el cuerpo llegó a Mariannhill a las 23:00h. El abad Gerard Wolpert había llegado desde la misión de Centocow el día antes. El Superior actual, Rvdo. P. Isembard Leyendecker, junto con el P. Salesius, nuestro ecónomo, y varios hermanos habían salido a recibir el cuerpo en Pinetown.

Desgraciadamente ocurrió entonces un pequeño accidente. En la estación de Pinetown los caballos del carromato del Hno. Nivard se espantaron y, desbocados, empezaron a galopar en dirección a Mariannhill, hasta que finalmente chocaron contra un árbol y se detuvieron. Las dos ruedas traseras del carro quedaron dañadas. El mismo Hno. Nivard quedó bajo el carro y, quitando una luxación en el brazo izquierdo, no sufrió otras heridas de mayor importancia. Como si nada le hubiera ocurrido, siguió ayudando e, incluso, al día siguiente insistió en llevar a hombros el cadáver a la sepultura. Dado que el carro del Hno. Nivard quedó dañado y era el que tenía que llevar a seis personas de la comitiva a Mariannhill, los dos sacerdotes que venían con nosotros desde Maritzburg se vieron obligados a ir andando desde Pinetown a Mariannhill. Mientras tanto se buscó acomodo para el señor obispo en otro carromato.

Llegados al monasterio, el cadáver fue colocado en una de las habitaciones del nuevo pórtico de Mariannahill. Dos hermanos velaron su cuerpo toda la noche. El solemne traslado del cadáver hacia la iglesia comenzó al día siguiente, a las 8:00h. de la mañana. El Rvdo. P. Isembard ofició el rito, estando presentes los religiosos de coro, los hermanos, las hermanas y los alumnos de la escuela.

Antes ya de que comenzara el traslado del cadáver a la iglesia, habían llegado desde Durban con el primer tren de la mañana más sacerdotes oblatos y hermanas. El gobernador, Sir Mathew Nathan, envió como representante suyo al alcalde Molyneux, católico, quien trajo consigo un precioso arreglo floral para el féretro. Estampa emocionante era la que ofrecía el elegante ataúd con sus seis agarradores de plata, cubierto de hermosas coronas de flores, colocado bajo la gran arcada del nuevo pórtico de acceso al monasterio. ¿No era acaso el que reposaba en aquel ataúd el fundador de Mariannahill, el de las Hermanas Misioneras, el padre espiritual de todos nosotros? Humanamente hablando, sin el abad Francisco no existiría Mariannahill. Aquí, al igual que en las demás misiones, no eran pocos los convertidos que se decían: ‘Sin este hombre, quizá nunca habiéramos llegado a alcanzar la gracia de la fe verdadera’.

Y comenzó la procesión del traslado del féretro hacia la iglesia abacial, llevado por los hermanos, mientras las campanas no dejaban de tocar y el coro de cantar.

Una vez en el templo, a fin de que el presbiterio estuviera lo más despejado posible para las ceremonias de la Misa Pontifical, los restos mortales de nuestro fundador fueron colocados en el coro de los monjes sobre un catafalco entre seis cirios. En el presbiterio se habían situado el abad Gerard Wolpert, con mitra y báculo, y numerosos sacerdotes oblatos, revestidos con sobrepelliz. El alcalde Molyneux, representante del gobernador, se colocó en el coro de los monjes, cerca del altar de San José, donde se le había preparado un reclinatorio.

Llegó entonces el obispo, Dr. Delalle, acompañado de sus levitas, diácono y subdiácono, y después de una breve adoración ante el Santísimo Sacramento, se dirigió al trono, que se encontraba decorado con palmas. A su alrededor ocuparon sus lugares muchos acólitos. El P. Crisóstomo Ruthig actuó como maestro de ceremonias.

El solemne Requiem se desarrolló según las emotivas ceremonias de nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica. Al final de la misa, el féretro fue llevado al presbiterio, donde se continuó con la solemne absolución. El obispo se situó a los pies del ataúd, con cuatro sacerdotes revestidos de sobrepelliz, estola y capa, dos a cada lado. La primera absolución la impartió el obispo Delalle, mientras el coro trapense cantaba los responsos de costumbre según el hermoso canto cisterciense. La segunda absolución fue dada por el P. Isembard, superior entonces del monasterio. La tercera por el abad Wolpert, la cuarta por el P. Chauvin, superior de los oblatos en Maritzburg, y la quinta por el subprior. Sobre las diez de la mañana terminó la ceremonia. Mientras tanto se habían incorporado a la celebración otros invitados: el Rev. P. Matheu desde Oakford con dos religiosas dominicas, la Madre Provincial de las Hermanas de la Sagrada Familia, como también otras de sus hermanas procedentes de Durban y Bellair, la Madre Superiora de la Casa de Nazaret y otros más. Aunque no pudieron participar en el solemne Requiem, sí que pudieron asistir al entierro que tuvo lugar a las dos de la tarde.

Esta última ceremonia fue también singularmente bella, a pesar de su seriedad y carga emotiva. Primero el obispo Delalle, rodeado de sus asistentes levitas y de muchos sacerdotes, leyó la última absolución sobre el cuerpo en el presbiterio de la iglesia del monasterio. Entonces, seis sacerdotes, todos ellos hijos espirituales del fallecido abad Francisco, cargaron sobre sus hombros el ataúd y lo llevaron al atrio de la iglesia, mientras los monjes del coro entonaban el salmo 'In exitu Israel de Aegypto'. Se fue organizando poco a poco la comitiva fúnebre. En el atrio del templo, el féretro pasó a ser llevado por seis hermanos.

El cortejo procesional era largo, lleno de color y muy impresionante. Abrían camino nuestros numerosos alumnos, acompañados de cruz y estandartes; seguían unas ochenta de nuestras hermanas misioneras con las representantes de las hermanas dominicas, las de Nazaret y las de la Sagrada Familia. Venían luego los novicios, los profesos y los sacerdotes, que no dejaban de cantar salmos. El tañido de las campanas, sin embargo, acallaba nuestras voces.

Tan pronto como las campanas de nuestra iglesia abacial dejaron de tocar, empezaron a hacerlo las de la nueva iglesia de San José y no pararon hasta que la comitiva fúnebre llegó al cementerio situado cerca del convento

de las hermanas. Justo delante del féretro iba el abad Gerard con mitra y báculo, el obispo con sus dos levitas y los sacerdotes oblatos con sobrepelliz, así como el P. Francis Mayo, misionero de Maritzburg, y el P. Hartmann, jesuita que se encontraba predicando unos ejercicios en Mariannahill. Seis jóvenes africanos, con coronas fúnebres, caminaban a la derecha e izquierda del féretro. Detrás iba el alcalde Molyneux, en calidad de representante del gobernador. La corona mortuoria que había traído era tan grande que tuvo que ser llevada por dos jóvenes. Nuestros hermanos y numerosos fieles cerraban el cortejo, que duró un cuarto de hora.

A la entrada del cementerio, el féretro fue de nuevo tomado por seis de nuestros sacerdotes. Mientras era llevado hacia la sepultura, la nueva banda de música interpretó marchas fúnebres muy solemnes. El lugar definitivo de reposo de los restos mortales del abad Francisco está ahora a la derecha de la sepultura del venerable abad Amando, bajo la famosa higuera que, con sus enormes ramas, cubre con su sombra buena parte del cementerio.

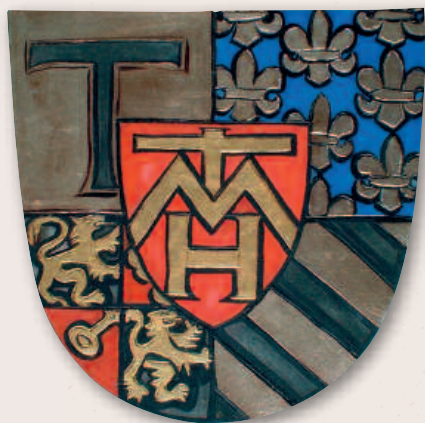
Mientras el obispo realizaba las ceremonias de costumbre de acuerdo con el ritual cisterciense, los niños africanos cantaban himnos en zulú, acompañados por la banda de música. Luego, el coro trapense entonó el emocionante himno 'Chorus Angelorum'. Por último, todos de rodillas cantamos por tres veces: 'Domine, miserere super peccatore', según costumbre de nuestra orden. En el camino de vuelta a la abadía, el coro de los monjes recitó los siete salmos penitenciales.

El funeral fue, en efecto, una bella celebración, profunda e impresionante, que permanecerá imborrable en todos nosotros. Agradecemos sinceramente a nuestro reverendísimo obispo, Dr. Delalle, a su excelencia el gobernador, a todos los sacerdotes y hermanas, venidos algunos desde muy lejos, que nos acompañaran. Nuestro agradecimiento a todos ellos por haber venido a dar el último adiós a nuestro venerable Padre y Fundador, el abad Francisco Pfanner. RIP". ■



LA HISTORIA DEL
ABAD FRANCISCO
Y DE SU OBRA EN ESCUDOS

APÉNDICE I



[I]

Ensayamos en este apéndice la presentación de la historia del Abad y de su obra, ayudándonos de algunos de los escudos que se encuentran en la Casa General de los Misioneros de Mariannhill en Roma [Italia] y que fueron realizados en los años setenta por la misionera de la Preciosa Sangre, Hna. Pienza Selhorst CPS. Las fotografías fueron realizadas por el P. Arnold Schmitt CMM [Papúa-Nueva Guinea].



[II]

San Benito, padre del monacato occidental, estableció en Monte Cassino, en el año 529, su primer monasterio, dando origen así a la Orden Benedictina. En este monasterio escribió su famosa Regla, caracterizada por la sabia combinación de la oración y el trabajo. Los monjes benedictinos evangelizaron Europa haciendo de sus monasterios centros de culto, cultura y agricultura.



[III]

Hay que situar el origen de la Orden Cisterciense en la Borgoña francesa, cuando en el año 1098 el monje Roberto de Molesmes, seguido de un grupo de monjes con inquietudes reformadoras, se retiró a un pequeño y remoto lugar, llamado Cîteaux, con el deseo de recuperar la pureza original de la Orden Benedictina. El crecimiento de esta nueva orden monástica fue portentoso, alcanzando un prestigio nunca visto.



[IV]

El impulsor del gran desarrollo de la Orden Cisterciense fue el monje San Bernardo de Claraval (1090-1153). Su rica y arrasadora personalidad hizo que viniera a ser una de las personalidades más influyentes de su tiempo, tanto dentro de la Iglesia como en el campo social y político. Fomentó la regeneración de la vida cristiana, el canto gregoriano, la arquitectura gótica y una tierna devoción a la Virgen María.



[V]

Con el paso del tiempo, la Orden Cisterciense fue conociendo diversas reformas. La más importante fue la promovida en 1664 por un monje llamado Rancé en el Monasterio de la Trapa (Francia). El Monasterio de Mariawald en Alemania, dedicado a la Virgen Dolorosa, es el monasterio trapense, en el que ingresó en 1863 el sacerdote Wendelin Pfanner, a la edad de 38 años, empezándose a llamar desde entonces P. Francisco.



[VI]

En 1867, debido a un contencioso con los superiores de su Orden, el P. Francisco se encuentra en Roma. Mientras se resuelve el caso, que duró dos años, el Papa le encarga reconstruir el Monasterio de Tre Fontane, que se encontraba en ruinas. Situado cerca del lugar donde San Pablo fue decapitado, el P. Francisco no sólo lo reconstruyó sino que saneó todos sus alrededores plantando cantidad de eucaliptos.



[VII]

El proceso se resolvió a favor del P. Francisco. Los superiores entonces le encargaron la fundación de un nuevo monasterio en Bosnia, entonces parte del Imperio Turco. En 1869 el P. Francisco funda el Monasterio Trapense de Mariastern. En poco tiempo creció de tal manera que se convirtió en uno de los mayores de su Orden, viniendo a ser un centro de desarrollo agrícola, de promoción cultural y de evangelización.



[VIII]

En 1879, durante un Capítulo General de la Orden, en el que la Trapa de Mariastern iba ser elevada al rango de Abadía, el P. Francisco Pfanner se ofrece voluntario para fundar una nueva Trapa en África del Sur. Al año siguiente, con 54 años edad y con la ayuda de un grupo de monjes, el P. Francisco funda un monasterio en Dunbrody. Por varias razones la fundación resultó ser un fracaso. Pero Dios sabe cómo hace las cosas.

[IX]



Lejos de desanimarse por el fracaso de Dunbrody, el prior Francisco emprende una nueva aventura fundacional: la Trapa de Mariannahill. Era el día después de Navidad del año 1882. El monasterio, situado sobre una colina, fue dedicado a Santa Ana y a su hija, la Virgen María. En poco tiempo llegó a ser la Trapa más grande del mundo y un centro misionero clave para la evangelización del Natal.

[X]

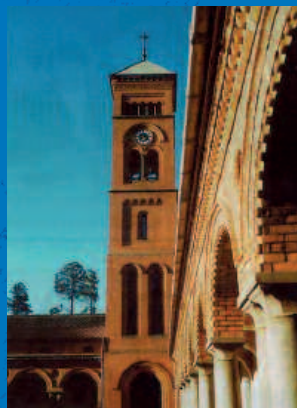


El día de la Candelaria del año 1909 el papa San Pío X firma el decreto por el que el Monasterio de Mariannahill queda separado de la Orden Trapense y sus monjes vienen a formar una nueva familia religiosa: La Congregación de los Misioneros de Mariannahill. Estos misioneros, de tradición benedictina e inspirándose en el ejemplo del abad Francisco, colaboran con su trabajo en la misión universal de la Iglesia.



LA CASA DEL
ABAD FRANCISCO

APÉNDICE II



Estas fotos nos muestran desde diversas perspectivas el campanario y el claustro del Monasterio de Mariannhill, fundado por el abad Francisco en 1882.

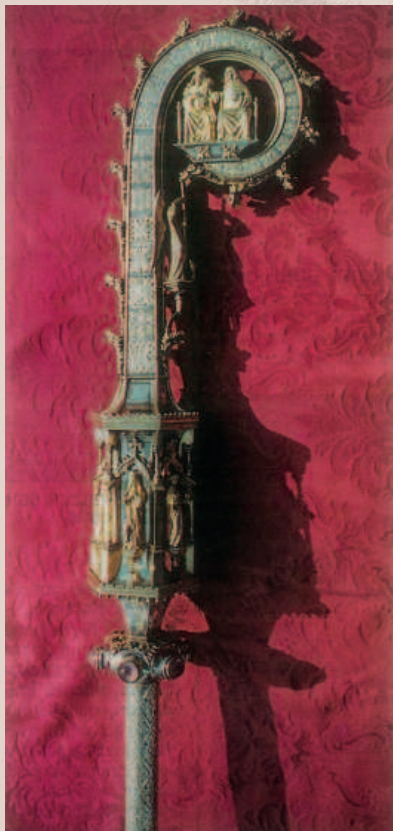
Los grandes edificios de Mariannhill: el monasterio y su iglesia, la catedral, el convento de las hermanas, los talleres y aquellos otros de sus misiones filiales, fueron construidos por los monjes de Mariannhill, bajo la dirección del monje arquitecto, el Hno. Nivard Streicher.

Gozan todos ellos de un estilo arquitectónico propio, cuyo elemento básico es el ladrillo. Cada vez son más los arquitectos, estudiosos y encargados de la conservación del patrimonio, que se acercan a Mariannhill, atraídos por el estilo de sus edificaciones, al que denominan el *fenómeno Mariannhill*, y no son pocos los turistas que en el programa de su viaje a Sudáfrica tienen apuntada una visita al monasterio.



LAS COSAS DEL
ABAD FRANCISCO

APÉNDICE III





En el archivo y museo que se encuentra en la Casa General de los Misioneros de Mariannahill en Roma, se conservan y guardan escritos, hábitos, ornamentos litúrgicos, objetos y recuerdos que pertenecieron al abad Francisco.

Las fotos muestran algunas de sus cruces pectorales, su cáliz, reloj y báculo abacial. En la ampliación de la cabeza del báculo se puede apreciar el conjunto formado por santa Ana, la Virgen y el Niño Jesús.

Éstas son algunas de las cosas del abad Francisco que, por haber sido suyas, son tan queridas para nosotros.





UNA LECCIÓN DE
ARQUITECTURA

APÉNDICE IV



Representación pictórica de la providencia de Dios sobre Mariannhill:
San Benito, san Bernardo y san Pío X, Padres de la Congregación,
bendicen al abad Francisco y la obra misionera de Mariannhill entre los zulúes
de África del Sur.



*Uno de los más grandes, más antiguos y más sólidos entre tales edificios espirituales es la Orden de san Benito, con sus ramas cisterciense y trapense... La piedra angular, el cimiento es el mismo Cristo. Sobre este fundamento san Benito puso tres pilares de probada solidez, que son la castidad, la pobreza y la obediencia... Pero no era suficiente para san Benito. Para que dichos pilares no temblaran, les dio un pilar de soporte que es el voto de estabilidad... y sobre esta gran cimentación colocó siete columnas. Este número sagrado significa los muchos instrumentos para las buenas obras, que aparecen mencionados en el Capítulo Tercero de su Regla... Y toda esta maravillosa estructura de columnas la rodeó con una valla, que le sirvió de protección: la santa soledad de la clausura... Y, por último, para que la lluvia no entrara en este maravilloso edificio... puso el gran tejado impermeable del santo silencio. Como corona del edificio puso una cruz, que dice a todos los moradores del mismo: Ahí está la Salvación... La Sabiduría se construyó una casa con las manos de san Benito. La eterna Sabiduría formó las columnas y las vigas, y bajo la dirección de san Benito, constructor hábil e ingenioso, todo quedó ensamblado... Que Jesús, el arquitecto eterno y sabio, nos conceda construir en África un edificio tal, que sea digno de ser admitido en la Jerusalén celestial...”**

* Cfr. Segunda Alocución que el prior Francisco Pfanner dirigió a su comunidad de Dunbrody el 1 de agosto de 1880. Esta alocución fue publicada en el *Salzburger Kirchenblatt* [Neue Folge-XX (1880)], pp. 302 s. Actualmente está recogido en el libro: *Our Spiritual Father Abbot Franz speaks to us*, I [Mariannahill, 1999], pp. 12-18.



ALGO MÁS QUE
UNA VIDRIERA

APÉNDICE V





sta vidriera se halla en el presbiterio de la iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús en la misión de Centocow (Natal/Sudáfrica), fundada en 1888 por el abad de Mariannahill, Francisco Pfanner. La vidriera fue encargada en junio de 1911 a la empresa del Dr. Henry Oidtmann, con sede en Linnich en el bajo Rhin. Tiene un radio de 2,60 m.

Si contemplamos con detenimiento dicha vidriera, podemos ver en el centro de la misma a María, Reina y Madre de Mariannahill, que protege bajo su manto a todos aquellos que tuvieron que ver con el nacimiento de Mariannahill y su obra misionera.

A la derecha de la Virgen aparece el mismo abad Francisco, fundador y primer abad de Mariannahill. El sacerdote africano y el cardenal no son personajes de los que se pueda asegurar su identidad. Sí lo son, en cambio, el segundo abad de Mariannahill, Amandus Schölzig, el abad Francisco, que curiosamente aparece de nuevo, y el hermano Phillip Ettl, uno de los pioneros. Del resto de los personajes que aparecen en este lado no se puede asegurar su identidad.

A la izquierda de la Virgen, exceptuando el Papa san Pío X y el obispo Charles Jolivet, del resto de los personajes, como son las dos hermanas de la Preciosa Sangre y los africanos, tampoco se puede asegurar su identidad.

Esta composición es en verdad algo más que una vidriera, pues en ella queda representada plásticamente la dimensión misionera de Mariannahill y su inserción nítidamente eclesial y todo ello bajo la mirada protectora de la buena Madre de Mariannahill.



ABAD
FRANCISCO PFANNER

[1825-1909]

DATOS SOBRE SU VIDA
Y SU OBRA

APÉNDICE VI



[1825]

Wendelin Pfanner nace [20/IX], como hijo del matrimonio formado por Francisco Antonio Pfanner y Ana María Fink, en Langen-Hub [Austria].

[1837]

Comienza sus estudios de Latín.

[1850]

Es ordenado sacerdote por el obispo Galura en la Catedral de Brixen [28/VII] y es nombrado cura ecónomo de Haselstauden [Austria].

[1863]

Ingresa en el monasterio trapense de Mariawald [Alemania] el 9 de octubre. Recibe el nombre de Francisco al inicio de su noviciado.

[1864]

Emite sus primeros votos religiosos [24/XI]. Es nombrado Subprior y maestro de novicios.

[1867]

Recibe el encargo de fundar un monasterio en territorio austro-húngaro y se despide de Mariawald [23/VII].

[1869]

Funda la Trapa de Mariastern [21-VI] cerca de Banialuca [Bosnia].

[1879]

En el Capítulo General de los Trapenses, reunidos en Septfons [Francia], el P. Francisco se declara dispuesto a levantar un nuevo monasterio en Sudáfrica, atendiendo la petición del obispo de Grahamstown [Unión Sudafricana].

[1880]

El P. Francisco Pfanner llega con sus monjes a Dunbrody [Colonia del Cabo/Sudáfrica].

[1882]

Funda la Trapa de Mariannahill cerca de Durban/Natal [26/XII].

[1884]

Los primeros bautizos de zulúes en Mariannahill.

[1885]

Funda las Misioneras de la Preciosa Sangre en Mariannahill [8/IX] / Es consagrado como primer Abad de Mariannahill [27/XII].

[1890]

El abad Francisco llega a ser Vice-vicario General de la Orden para Sudáfrica.

[1892]

El abad Francisco Strunk de Olenberg [Alsacia/Francia] inicia la visitación canónica en Mariannahill. El abad Francisco Pfanner es suspendido [13/X] por un año.

[1893]

Roma acepta la dimisión del abad Francisco.

[1895]

Primeros intentos de evangelización de los trapenses de Mariannahill en Triashill/Rhodesia [actualmente Zimbabwe].

[1897]

Los trapenses de Mariannahill llegan a Tanganica.

[1898]

Los seminaristas, enviados años antes a Roma por el abad Francisco Pfanner, regresan ordenados sacerdotes.

[1906]

S.S. el Papa san Pío X aprueba [2/X] las Constituciones de las Hermanas Misioneras de la Preciosa Sangre [Misioneras de Mariannahill].

[1909]

S. S. el Papa san Pío X separa [2/II] el monasterio de Mariannahill de la Orden Trapense, viniendo sus monjes a formar la Congregación de los Misioneros de Mariannahill.

El P. Francisco Pfanner fallece en Emaús [24/V] y es enterrado en el cementerio de Mariannahill [27/V].

[1963]

Se introduce el proceso de beatificación del abad Francisco.

*“He escogido para mi sepultura un trozo de tierra
a la sombra de las enormes ramas de una higuera,
que se encuentra entre el convento y el monasterio.
Allí he decidido encontrarme con mi querido Señor y Salvador
el día de la resurrección.
Así tendré a mano un árbol, por si me tengo que subir a él,
como le ocurrió a Zaqueo”.*

Abad Francisco Pfanner



Escultura del Siervo de Dios, abad Francisco Pfanner, sobre su sepultura en el cementerio de Mariannhill [KwaZulu-Natal/Sudáfrica]

[ÍNDICE]

[Presentación]	5
Un cristiano llamado Wendelin	5
Sacerdote de Cristo	6
Monje trapense	6
Misionero cincuentón	7
[Tras los pasos del Abad Francisco]	9
El sacerdote Wendelin Pfanner	11
El trapense Francisco Pfanner	15
El trapense Francisco Pfanner se convierte en misionero	19
El Abad Francisco Pfanner, fundador de Mariannahill	23
[Tras las huellas del Abad Francisco]	25
Fuerte en la Fe	27
Seguro en la Esperanza	29
Constante en la Caridad	31
Se hizo pobre	35
Casto por el reino	36
Aprendió, sufriendo, a obedecer	37
Sabio a los ojos de Dios	39
Perseveró hasta el fin	40
Como un niño en brazos de su madre	42

[Textos del Abad Francisco]	43
Todo un Corazón: el de Cristo	45
Dios se deshace en ternura	45
Urgidos por el amor de Dios	46
En la Pascua florida y luminosa	46
Es preciosísima, porque no tiene precio	47
Hablemos de lágrimas	48
Se ha declarado un incendio	48
El que no corre, vuela	49
Es hora de ir haciendo balance	49
Oración a la Madre	50
[La Virgen María en la vida del Abad Francisco]	51
[El Abad Francisco y Santa Ana]	59
Una idea del Abad Francisco	61
Buscando una razón	62
La grandeza de Santa Ana	63
La belleza de una leyenda	65
El culto a Santa Ana	67
Oración a Santa Ana, patrona de Mariannahill	68
[La protección de San José sobre Mariannahill, según el Abad Francisco]	69
Introducción	71
San José: El primer misionero de África	72
San José: Arquitecto, administrador y financiero	76
San José: Modelo de santidad, maestro espiritual y formador de religiosos	84
San José: Protector en la tierra y guía seguro hacia el cielo ..	101
Conclusión	106

[Via Crucis siguiendo la vida del Siervo de Dios, Abad Francisco Pfanner]	111
[Novena al Siervo de Dios, Abad Francisco Pfanner] ..	123
[Abad Francisco, <i>athleta Christi</i>]	135
La vida del Abad Francisco	137
La muerte del Abad Francisco	139
La herencia del Abad Francisco	141
[Testimonios sobre el Abad Francisco y su obra]	143
Mark Twain en Mariannahill.....	145
Gandhi sobre Mariannahill.....	149
Thomas Merton sobre el Abad Francisco y Mariannahill.....	155
P. Joseph Biegner CMM: Crónica de la muerte y posterior sepelio del Abad Francisco	161
[Apéndice I. La historia del Abad Francisco y de su obra en escudos]	167
[Apéndice II. La casa del Abad Francisco]	173
[Apéndice III. Las cosas del Abad Francisco]	175
[Apéndice IV. Una lección de arquitectura]	179
[Apéndice V. Algo más que una vidriera]	183
[Apéndice VI. Abad Francisco Pfanner [1825-1909]: Datos sobre su vida y su obra]	187



*Aquellas personas que crean haber recibido alguna gracia
o favor por la intercesión del Siervo de Dios, Abad Francisco Pfanner,
se ruega lo comuniquen a una de las siguientes direcciones
de los Misioneros de Mariannahill en España:*

C/ Arturo Soria, 249, Bajo A-B – 28033 MADRID
Tfno.: 91 359 07 40

C/ Los Zúñiga, 2 – 37004 SALAMANCA
Tfno.: 923 22 18 85

www.mariannahill.es

Aceptó la voluntad de Dios en su vida, manifestada en no pocas incomprendiones y enfermedades y, poniendo la mano en el arado, perseveró hasta el final. Puso todas sus misiones bajo la protección de la Virgen María.

En la madrugada del 24 de mayo de 1909, relevado de todos sus cargos, moría en la pequeña misión de Emaús. Había dejado escrito: “Fíjate en el cielo y alégrate. Alégrate porque estarás delante de Dios y le verás. Luchemos y suframos con alegría, coraje y perseverancia hasta el fin”.

El abad Francisco había nacido el 21 de septiembre de 1825 en Langen [Austria]. Siendo universitario sintió la llamada de Dios al sacerdocio. El 28 de julio de 1850 fue ordenado sacerdote. Después de trabajar como párroco y capellán de religiosas, ingresó el 9 de octubre de 1863 en la Trapa de Maria Wald [Alemania]. El 21 de junio de 1869 fundó en Bosnia la Trapa de Maria Stern. Su causa de beatificación, iniciada el 9 de marzo de 1964, se ha reabierto recientemente.

Aquellas personas que deseen más información sobre la vida del Siervo de Dios, abad Francisco Pfanner, o que crean haber recibido alguna gracia o favor por su intercesión, se ruega lo comuniquen a una de las siguientes direcciones de los Misioneros de Mariannahill en España:

**C/ Arturo Soria, 249 Bajo A-B
[28033 MADRID]
Tfno: 91 359 07 40**

**C/ Los Zúñiga, 2 [37004 SALAMANCA]
Tfno: 923 22 18 85**

www.mariannahill.es



NUESTRO CAMPO DE TRABAJO
ES UNA PARTE DEL REINO DE DIOS
Y ÉSTE NO TIENE FRONTERAS

MARIANHILL ESPAÑA

ISBN: 978-84-09-30077-8

